



La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director Fundador: José Aricó (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula - ISSN 0328-221X - N°46, Buenos Aires, Primavera-Verano 1996 \$7

¿Cuál es el papel del FREPASO?

Una fuerza para el gobierno de concertación
Edgardo Mocca

La clave es una buena institucionalización
Carlos Auyero

Desde Madrid

A Carlos A.Brocato,
maestro y amigo
Javier Franzé

Reflexiones

John Rawls y su nuevo Liberalismo Político
Roberto Gargarella

Intelectuales, lugar y experiencia
Marín Plot

Ensayo
Sobre el discernimiento político
Isaiah Berlin



El desempleo a escala mundial

John Eatwell

América latina, ausente de la era Clinton II

Guillermo Ortiz

Cazadores de utopías y la violencia de los 70

Sebastián Etchemendy

Las coaliciones son el futuro de la política

Gianfranco Pasquino

La oposición y las instituciones

Natalio R. Botana

Poner en marcha una alianza posmenemista

Juan Carlos Portantiero

En este número

Gran parte del peso del número lo define el tema de la oposición. En especial la hipótesis de articulación de acuerdos, alianzas y coaliciones para poner en marcha una fuerza capaz de enfrentar desde una mejor posición política y electoral la era del posmenemismo. Los artículos de Auyero y Mocca aluden a la cuestión al considerar específicamente la situación del FREPASO, mientras Botana -en su primera intervención para *La Ciudad Futura*- y Portantiero analizan el margen de juego de la oposición, a la luz del entrampado institucional y de la lógica de la política, respectivamente. Tam poco son ajenas a este capítulo las opiniones del italiano Gianfranco Pasquino, entrevistado por nuestro staff. Destaca también el ensayo, donde Isaiah Berlin se ocupa de la singularidad de lo político a la hora de pretender el establecimiento de reglas de apariencia científica para ese



campamento. Preocupación que también es abordada por Plot a propósito de la relación de los intelectuales con la experiencia local. El desempleo y su manifestación en el privilegiado Grupo de los 7 es encarado por John Eatwell, mientras Ortiz explica por qué fue reelecto Clinton y qué debe esperarse de su nuevo mandato. Análisis que es complementado por la mirada que hace Plot desde Nueva York sobre los datos de indiferenciación programática demócrata-republicana, polarización identitario-cultural y escasa participación, que él resalta de las elecciones norteamericanas. Etchemendy impugna el punto de vista desde el cual la película *Cazadores de utopías* pretende recordar y valorar el pasado, proponiendo, en cambio, un trabajo serio y responsable sobre la memoria, con especial detenimiento en lo que fue la violencia de la década del 70. (OP)

Sumario

Política

Carlos Auyero: La clave es una buena institucionalización

3

Edgardo Mocca: Una fuerza para el gobierno de concertación

4

Javier Franzé: A Carlos A.Brocato, maestro y amigo

6

Agenda

Natalio R.Botana: La oposición y las instituciones

7

Juan Carlos Portantiero: Poner en marcha una alianza posmenemista

10

Internacional

Guillermo Ortiz: América latina, ausente en la era Clinton II

12

Llamamiento europeo: Para una ciudadanía y una economía plurales

15

Economía

John Eatwell: El desempleo a escala mundial

18

El artista: Egon Schiele. Nació en Viena, el 12 de junio de 1890; murió el 31 de octubre de 1918.

La Ciudad Futura, Registro de la Propiedad Intelectual N°192675. Bv. Mitre 2094 - 1º (1039) Buenos Aires, Argentina - 935-1581.

Director fundador: José Aricó (1931-1991). **DIRECTORES:** Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula. **Consejo de redacción:** Gerardo Adrogó, Javier Arigles, Alejandro Blanco, Fabián Bosco, Sergio Bufano, Franco Castiglióni, Sebastián Etchemendy, Hugo Farussi, Javier Franzé, Julián Gadan, Miguel Ángel García, Julio Godío, Marcelo Leirás, Antonio Marimón, Ricardo Mazzorin, Edgardo Mocca, Guillermo Ortiz, Osvaldo Pedroso, Martín Plot, Ernesto Semán, Pablo Semán, Lucrecia Teixido. **Comité asesor:** Emilia de Ipólita, Jorge Dottili, Rafael Filippelli, Oscar R.González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Marcelo Losadas, Ricardo Nudelman, Oscar Terán.

Maqueta original: Juan Pablo Renzi. **Diagramación y armado:** Viviana Mozzì.

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo N° 167, Sucursal 12, (1412) Buenos Aires. **Impresión:** Gráfica Integral, José Bonifacio 257, (1424) Buenos Aires. **Distribución:** en la Capital Federal: Trapac, Balcarce 458 - 1º oficina 2, (1092) Buenos Aires. **Distribución** en otros países: Fernando García Cambeiro, box 014, Skyyway, USA, 7331, N.W., 35th St., Miami, Florida 33122; oficinas: Cochabamba 244, (1150) Buenos Aires, Argentina. Teléfonos 361-047393. **Suscripción anual:** Argentina, U\$S 40.- Exterior, U\$S 60.- Bibliotecas e instituciones, U\$S 80.- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.

POLÍTICA

La clave es una buena institucionalización

Los señalamientos de Franco Castiglioni son tan certeros que no es necesario que abunde en ellos. Quisiéra agregar, no obstante, algunos matices.

Carlos Auyero

En primer lugar, el desgaste radical provocado por el Pacto de Olivos fue una de las oportunidades estratégicas que el Frente aprovechó parcialmente; pero también desaprovechó otras no menos importantes. Actualmente, la centrifugación de la alianza menemista, el retorno de la ingobernabilidad y la creciente intolerancia social ante el ajuste, abren nuevas oportunidades al FREPASO, que desafían su voluntad y eficacia política precisamente por el déficit institucional interno, independientemente del estancamiento o resurrección de la UCR. Si el Frente no se extiende como compleja y densa red institucional que garantice una presencia pública cotidiana y asegure que los mejores referentes externos o internos no serán excluidos o vapuleados por los conocidos vicios de la política convencional, nuestros problemas, antes como ahora, persistirán al margen de los aciertos o errores de los competidores en el campo de la oposición.

En segundo lugar, los referentes externos, sociales o profesionales, no siempre están ahí disponibles para su incorporación. Y si están ahí no siempre tienen una mínima predisposición a respetar la lógica de la política. Creo más bien que estos referentes deben ser propulsados a partir de la aplicación de un diseño institucional que, debe reconocerse, ha sido demorado. En el surgimiento de nuevos dirigentes, locales, provinciales y nacionales, la institucionalidad carece de sustituto funcional. Temporariamente una fuer-

za emergente puede arreglárselas con figuras convocantes extrapolíticas, pero su consolidación como partido depende del juego democrático interno. Al respecto, la disyuntiva no es entre apartheid y movimentismo, sino entre una mala y una buena institucionalización. Existe un catálogo de innovaciones institucionales al que se puede recurrir, que va más allá de las obvias ventajas de estar territorialmente organizado en todo el país: un partido como institución que incorpore con

¿Cuál es el papel del FREPASO?

Tras los comicios del 30 de junio en la ciudad de Buenos Aires, Franco Castiglióni publicó un artículo en el diario *Página/12* con apreciaciones e interrogantes sobre el papel que se asigna al FREPASO en la actual etapa y las dificultades que afronta para constituirse efectivamente como fuerza alternativa. Luego, en nuestra edición anterior, esa intervención fue complementada por un nuevo artículo de Castiglióni y respondida por Ernesto Semán, iniciando un debate oportuno, imprescindible, casi, en el campo de la izquierda y el progresismo. Hoy se suma a esa polémica Carlos Auyero y Edgardo Mocca.

bre problemas dilemáticos, tanto públicos como partidarios, y que serían respondidas individualmente luego de deliberar en reuniones locales acerca de las soluciones alternativas. Quienes ocupamos ocasionalmente roles dirigentes no representamos un obstáculo irresistible para todo ello. Ciertamente que a veces minimizamos la significación estratégica de los mecanismos institucionales, esperamos que la gente se organice espontáneamente, o tenemos que el montaje de una maquinaria costosa e incontrolable imponga rigideces inútiles en la toma de decisiones. A ello se agrega la falta de tiempo. Urgidos por la inmediatez perdemos de vista las tareas de largo plazo, las que requieren mayor paciencia pero también las de mayor rendimiento político. Presionados por la coyuntura puede desciudarse el futuro. Enfascados en la proyección personal se relegan esfuerzos colectivos y el ensemble de múltiples iniciativas, cuya imaginación y creatividad se pierden en el camino a raíz del déficit organizacional. De todos modos, no hay ninguna concepción o postura interna que se oponga a un catálogo así de innovaciones y éstas no tardarán en imponerse.

Si se militantes, parlamentarios, afiliados y técnicos ejercen una presión persistente en tal dirección. □

Una fuerza para el gobierno de concertación

La reflexión sobre el futuro del FREPASO no puede sino inscribirse en la necesidad y posibilidad de gestar una alternativa progresista a la política actualmente en curso. Esa necesidad impone, además, los tiempos del debate y de la práctica.

Edgardo Mocca

En efecto. No se trata de discutir un "modelo de partido" abstracto o solamente pensado en relación con las prácticas sociales de fin de siglo; hace falta asegurar la presencia de un partido capaz de intervenir concreta, activa y eficazmente en la disputa de poder que se desarrollara en los tres años que nos separan de la decisiva elección de 1999. En consecuencia, la discusión vale la pena si se considera que tal partido es necesario -o, por lo menos, útil- para acceder a esa gestión política alternativa.

Así planteado el problema, el debate deja de ser una "discusión de comité", en la que el derecho a intervenir queda vinculado a la posesión de un carnet o al reconocimiento de una pertenencia partidaria plena. Es una discusión que interesa a todo el espectro político opositor y especialmente a aquellos que no se resignan a un esquema de división del espacio político construido según clivajes y referencias sociales que difícilmente puedan considerarse vigentes.

Que lo planteado por Castiglioni en el número anterior de *La Ciudad Futura* ("FREPASO: apuntes para el debate") no es simplemente un conjunto de reflexiones académicamente interesantes sino también políticamente perturbadoras lo demuestra no sólo las repercusiones directas del artículo sino su inequívoca relación con las tensiones internas que vive la fuerza con motivo de los movimientos dirigidos a

impulsar una alianza electoral de oposición para las legislativas del año próximo. En efecto, el gran tema que hoy parece atravesar al FREPASO es el de la "identidad". Con comillas o sin ellas, se trata de una reacción defensiva que brota recurrentemente cada vez que una propuesta político-organizativa amenaza con relativizar la primacía de las estructuras vigentes en los partidos de la confederación y sus sistemas de distribución de poder o una iniciativa política insinúa la "llicuación" del Frente en una empresa política superior. No son muy distintas las actuales preocupaciones por la identidad de las que saudieron al Frente Grande en oportunidad de la reunión de El Molino y la apertura a la alianza con el entonces senador Bordón.

Identidad

Estamos, pues, en un debate que no es de simple "técnica organizativa"; ni siquiera hablamos de "modelos de partido". Nos estamos preguntando cuál puede ser el lugar del FREPASO en el sistema de partidos de la Argentina y a corto y mediano plazo y mucho dependen de las respuestas que se sugieran los pasos que convenga dar en dirección a su institucionalización.

La idea del partido chico que crece, que avanza a cada elección y que se institucionaliza hacia dentro está necesariamente asociada a una perspectiva evolutiva que apuesta al desgaste "natural" de la credibilidad de los dos grandes partidos tradicionales y confía en la existencia de un lugar duradero para un "tercer en discordia". La institucionalización, así pensada, tiene un norte poco menos que excluyente aunque no declarado: el de proveer de reglas de juego estables y previsibles a las luchas por la distribución de puestos electivos casi exclusivamente limitados a las bancas legislativas en diferentes niveles. Por cierto que esta organización es un paso adelante respecto del vacío institucional predominante

y que la competencia según reglas claras por los espacios de poder no merecen de parte de quien esto comenta ningún juicio descalificador.

Utilizando los términos de Castiglioni en el mencionado artículo, puede decirse que hace falta un partido "ligero" y de "opinión" porque es necesario pensarlos como "partido de gobierno". Y este último lleva inevitablemente a los dilemas tácticos, a los problemas de cointuación. ¿Es viable actuar con vistas a un gobierno "monocolor" del FREPASO hacia 1999? ¿Se identifica la idea de una alternativa progresista al triunfo exclusivo de esta fuerza? ¿Se considera al FREPASO "lo otro" frente a dos fuerzas inhabilitadas por corrupción y/o ineficiencia para gobernar en la próxima etapa?

Si las respuestas a esos interrogantes son positivas la idea del partido flexible y de opinión merece lógicas objeciones. Parecería prioritario, en ese caso, incentivar la propia identidad casi hasta la obsesión, fortalecer las estructuras de la fuerza y accentuar el nivel de confrontación con los otros dos grandes partidos. Nótese el parecido de familia de esta perspectiva con la clásica reclamación de la izquierda tradicional contra el "bipartidismo" o "los partidos del sistema". Claro que, mirado con más profundidad, el enfoque actual es, en muchos casos, la autolegitimación "ideológica" de estratos -aunque legítimos como tales- intereses particulares.

Esta perspectiva de "defensa de la identidad" -sea contra la idea del partido "liviano" o contra una estrategia de alianzas amplias, programáticas y de gobierno- tiene un notable y paródico efecto estabilizador conservador del bipartidismo que dice combati. En la práctica puede llevar al FREPASO a "consolidarse" como una fuerza de oposición, control y testimonio permanente. Es probable que se trate de la defensa de una identidad autodefinida en el interior de la fuerza

y no de una interpretación adecuada, y de un esfuerzo de reformulación, de la identidad que el difuso apoyo social recibido en estos años ha ido configurando. Los defensores de la identidad contra toda impureza deberían explicar por los menos de hechos: uno es la decisión de una importante franja del electorado porteño de consagrarse una coalición en la práctica entre el radicalismo para el gobierno y el FREPASO para la Estatuyente (inevitablemente asociados a los candidatos presentados para cada caso por ambos partidos) y el otro el marcado ascenso de la presencia y la simpatía popular hacia el FREPASO en oportunidad del apagón organizado en común con la UCR, NuevaDirigencia y otras fuerzas políticas y sociales. **¿Nos sería identidad, la de los mejores candidatos, las iniciativas más oportunas y los gestos más generosos y plurales la que está dispuesta a apoyar el elección, disconforme con la actual orientación política?**

El partido flexible, de opinión y de gobierno es la continuidad de un camino abierto el 10 de abril de 1994 en la elección para convencionales constituyentes y profundizado en la reunión de El Molino a mediados de ese mismo año. Es la convicción de que, para la sociedad, el FREPASO es algo distinto y superior a la suma de grupos y subgrupos que lo conforman y gozan de un alto grado de desconocimiento para los propios electores de la fuerza. En la práctica, el Frente ha sido un poderoso impulsor renovador de las prácticas políticas en nuestros pais; ha promovido el debate y el reagrupamiento interno de los dos partidos tradicionales; ha "liberado" el voto cautivo de un tercio de la población subiendo las exigencias a los políticos.

Institucionalización

Sería válido preguntarse si el FREPASO puede, a partir de estos logros trascendentes, ser también un impulsor decidido y decisivo de un nuevo reagrupamiento de fuerzas políticas en el país. De una división del espacio político que dé cuenta de las



promoción de un partido exclusivamente "mediático". No estaría mal, sin embargo, reconocer que los medios de comunicación han sido el canal principal a través del cual emergieron las figuras que aseguraron un salto espectacular de la fuerza en el terreno electoral. Si lo que nos preocupa es reivindicar la militancia política, lo mejor que podemos hacer es dejar de identificarla de modo exclusivo con un sistema de asignación y distribución de poder, penetrado en muchos casos de la lógica clientelista de la política tradicional. Tal vez de lo que se trate sea de reconvertir la práctica militante dotándola de recursos ligados al conocimiento y estudio de áreas concretas de la realidad social, de capacidad comunicativa y aptitud de liderazgo social efectivo. De ese modo estaríamos permitiendo que la transversalidad que las votaciones del FREPASO han ido mostrando en grandes escalas puedan expresarse en planos territoriales y sociales más pequeños, superando así las graves carencias del Frente en el terreno local. Esta orientación presupone, sin duda, una clara centralidad de los bloques de representantes del Frente a distintos niveles, con vistas a articular esos aportes militantes en iniciativas aptas para intervenir en la discusión de las políticas públicas.

En síntesis: no hay duda respecto de que es necesaria una institucionalización que supere la ausencia de reglas de juego internas. A partir de ahí se abren diversas líneas de desarrollo organizativo que parecen estar muy vinculadas a la autopercpción del lugar del FREPASO en la vida política argentina. A la idea de una fuerza alternativa en sí misma a los partidos clásicos supuestamente agotados parece corresponder una organización estructuralmente rígida y que paradójicamente reproduciría las lógicas clientelares de tales partidos. A la idea de un partido o confederación concebida como instrumento para la concreción de un gobierno de concertación progresista a partir de 1999 tiene que corresponder el proyecto de partido flexible, de opinión y con cultura de gobierno que propone Castiglioni en su artículo.□

Esta concepción de la construcción e institucionalización del FREPASO no debería ser interpretada como la negación de la figura del militante o la

Desde Madrid

A Carlos A. Brocato, maestro y amigo

Ahora Carlos A. Brocato ha muerto. Lo conocí hace poco más de diez años. Eran los días de 1985, un tiempo que parecía haber sido hecho para tener veinte años, porque uno comenzaba a desandar un oficio -el del artículo- justo cuando la sociedad se hacía con su propia vida. Era una época de entusiasmos, pero no de fervor cómodo sino de ese que se murmura. Ese que sabe también de sinsabores, que conoce la imposibilidad de la fiesta. Al menos en política, claro. Para los que la mayoría de edad nos había llegado ya en plena democracia, era normal haber conocido a Brocato por la radio. En sus programas-tertulias de la noche, que gustosamente abrían sobre la madrugada, otros Carlos, Rodari este, sacó al aire a Brocato, que acababa de publicar *La Argentina que quisieron*.

Escuchar a Brocato era como escuchar a un republicano español. Y eso constituyó toda una rareza en la vida política argentina, abotargada de populismo y de nacional-izquierdismo. Entonces el mensurio en el que trabajaba me brindó la coartada: había que pedirle una entrevista. Y allí fuimos con Guillermo Ortiz, a reafirmar nuestras convicciones. Aquella entrevista acabó siendo la primera de una larga y entrañable gitanada de reuniones. Siempre a media tarde, siempre en su departamento de la avenida Córdoba, siempre alrededor de un cuidadoso café que Brocato nos preparaba. Nosotros, que, como dije, queríamos refinar nuestras convicciones y, si era posible, ir más allá, aprendimos con Brocato. Leyéndolo, aprendimos a escribir. Leyéndolo, aprendimos a pensar.

Los demonios familiares de Brocato eran dos. Uno, la independencia del intelectual. El otro, la ética política de la izquierda. En cuanto al primero, recuerdo que se reía de sus ilusiones juveniles de vivir de los derechos de autor. Brocato resguardó siempre su autonomía intelectual, lo que lo alejó de los circuitos académicos, editoriales, partidarios y de fundaciones. Esta búsqueda de un trabajo lo más incondicionado posible no sólo le restó circulación a su producción, sino que lo obligó a hacerse con ganapanes. Para él, la independencia era el alimento de la crítica, de la crítica sin remilgos ni dbleces. En fin, de la labor del intelectual.

En cuanto a su otro demonio, el de la ética y la izquierda, hay que decir que lejos de él estaba cualquier pretensión de resolver la cosa fácilmente: digamos, con el Sermón de la Montaña en la mano. Su brillante crítica del foquismo setentista y de toda la cultura política que rodeó aquella experiencia no se asentaba en un simple "no matarás". Era la violencia como juego de fin de semana, como atajo de una impaciencia personal, fin, como aventurero, lo que despertaba sus críticas. La coartada de silenciar la crítica porque ésta "hace el juego al enemigo", o de subordinarla al reconocimiento del sacrificio personal de los militantes caídos, hábitos tan a la moda en el "progresismo" argentino de los 80 y 90, no lo distrajeron.

Creo que otro elemento que vertebró su pensamiento fue la capacidad de combinar radicalidad y realismo. Brocato no

valoró la democracia renacida en la Argentina de los 80 porque, digamos, participara de un ideario socialdemócrata. Ni la criticó, por supuesto, desde el terreno populista, por su supuesta insustancialidad o formalidad. Brocato valoró ese paso adelante de la sociedad civil sin perder de vista la limitación que la democracia representativa conllevaría en cuanto tal, además de las inconsecuencias que a ella le añadía la propia sociedad argentina. Brocato, como dije, era una suerte de republicano español. Quería mucho a España, donde había vivido. Siempre recordó el símil de la chapa de la Calle de Alcalá que pendía del lado interior de la puerta de su casa. Y que ahora, para mí, resulta tan familiar. Cuando la veo, es aquella chapa simulada la que está ante mí.

Brocato tenía mucho de ese afecto convencido de los españoles por la tertulia. Porque la tertulia puede ser un lugar de dramatismo, pero nunca de solemnidad. Ese discurre es en el fondo una tomadura de pelo colectiva que todos celebran. Brocato me contaba con regocijo cómo las manifestaciones obreras españolas siempre terminaban en el bar, cerveza y pincho en mano, para quitarle magnificencia a todo. Y también tenía Brocato algo de esos gestos del anarquista, como por ejemplo cuando escribió e hizo circular de mano en mano, amparado en un forzoso anonimato, un texto contra la Guerra de Malvinas, en pleno conflicto y en Argentina. Se llamaba "¿La ética o la mística nacional?".

Me parece que lo que le atraía de la vida española era la ética civil, como decía él. También en París lo había comprobado. Porque si algo amargaba a Brocato era la degradación de la vida civil argentina de las últimas décadas, el reino de la picareza, la glorificación del vivo, la burla como arma. Eso me atrajo mucho. Es que una empezaba a vivir en el trabajo, en la universidad, en la calle y, claro, sentía los primeros modos arbitrarios, violentos, iracionales, que mellaban el disfrute de la vida cotidiana. Brocato había vivido en Barcelona y creo que nunca se repuso de su vuelta forzada por motivos personales a la Argentina. Porque ni siquiera el "tú" se le había interpuesto.

Se reprochaba el tener su obra retrasada, como decía. Había militado durante mucho tiempo; y las horas se le habían ido entre las manos. Brocato era feliz escribiendo. Había escrito poesía, había hecho del artículo su don y hasta se había inventado un alter ego, Cayetano Bollini, para recrear la prosa de un pensador reacionario. Como Bollini publicó tres obras, la última en los 80, titulada *¿Quién quemó la Iglesia?* Nos anuncio la publicación de esta obra con un alborzado "le publican a Bollini..."

Brocato puso de acuerdo su vida con sus valores. Vivió como pensó. Fue una enseñanza en ambos terrenos. Ni un atisbo de alarde de ese lo vi en los más de diez años en que lo conocí. El insuficiente reconocimiento a su obra y a su ética civil no es más que otro signo de la vida pública argentina.

Ahora no sé a quién agradecerle por haberlo conocido.
Javier Franzé

AGENDA

Hace dos años, en la convicción de que en la Argentina comenzaban a tomar cuerpo los aires del posmenemismo, inauguramos esta sección señalando que "nuestra revista ha apostado siempre, y hoy con mayores ánimos, a la posibilidad de surgimiento de una nueva fuerza en la que puedan converger, transversalmente, historias y personas comprometidas con una seria transformación social y política, construida sobre horizontes de gobernabilidad y no meramente sostenida sobre rebeldías

testimoniales". Y nos proponíamos entonces a abrir estas páginas a "la discusión sobre una agenda imprescindible de temas y problemas [...] que tiendan a colocar los ejes sobre los que podamos mirar, desde lo político, a este país que se viene". Con ese espíritu participan hoy Natalio Botana y Juan Carlos Portantiero, acercándonos desde ángulos diversos, aunque complementarios, sus reflexiones sobre el horizonte que se dibuja ante la oposición en el actual escenario institucional y político.

La oposición y las instituciones

Natalio R. Botana

S e me ha invitado a que exponga para los lectores de *La Ciudad Futura* unas pocas reflexiones acerca de las condiciones institucionales en que el gobierno y la oposición dirimen hoy diversas competencias electorales. El punto no es banal por varias razones. En su aspecto formal, las instituciones no constituyen ni absorben por entero el sistema político, pero por ello deben ser vistas como una suerte de genio intrascendente, ajeno al juego real de la política.

En una democracia (ya lo dijó Bobbio), haciendo éco de la tradición ilustrada, las leyes y las reglas de procedimiento, junto con los derechos y libertades que aquéllas representan, son el punto de partida para la realización de la justicia. Un punto de partida opaco -me atrevería a señalar- en cuya instalación histórica las pasiones e intereses de los poderosos (la ambición y el cálculo) que tanto temía Rousseau tiñen con su propia coloración ese horizonte normativo.

¿Dónde estamos entonces en esta

materia? Veamos las cosas desde el ángulo de la oposición. El primer dato parece hoy irrefutable. La oposición ya no se conjuga en singular sino en plural: frente al justicialismo se afilan varias oposiciones (algunas nacidas de su propio tronco), en un arco amplio que va de la derecha a la izquierda. El segundo dato es, en cambio, mucho más discutible y conviene expresarlo en forma de interrogante: a quién favorece el contexto institucional actualmente vigente? mejor, ¿qué tipo de comportamientos puede seleccionar la oposición en función del contexto institucional aludido?

La Constitución reformada en 1994 y las leyes electorales aplicables a los comicios nacionales nos ofrecen una primera respuesta. Según los artículos 90, 97 y 98, en la Constitución se han adoptado dos criterios básicos. Por el primero, en contra de lo prescripto en la emblemática N°XXII de la Constitución de Estados Unidos, la norma establece un régimen reeleccionista mitigado, según el cual un ciudadano pue-

de ser elegido una tercera y cuarta vez mediante un intervalo de cuatro años ("el presidente y vicepresidente, reza el artículo 90, duran en sus funciones el término de cuatro años y podrán ser relegidos o sucederse recíprocamente por un solo período consecutivo. Si han sido relegidos o se han sucedido recíprocamente no pueden ser elegidos para ninguno de ambos cargos, sino con el intervalo de un período").

Estamos, pues, frente a un régimen que no corta las alas de ningún liderazgo, como por cierto ocurre en el sistema norteamericano donde al cabo de dos períodos, o de un primer luego del cual ha sido derrotado, el presidente no vuelve más a la acción política. Va de suyo que tampoco este régimen elimina en un presidente en ejercicio la tentación, tantas veces repetida en la vieja república regida por la Constitución 1853-1860, de imaginar un sucesor dócil que le cuide el cargo durante un resultado de cuatro años.

Por otra parte, los artículos 97 y 98 fijan el contorno de un régimen de

doble vuelta para elegir al presidente y vicepresidente en elecciones directas, que también está mitigado por dos limitaciones al esquema del *ballottage* clásico. Primero, el nivel de la mitad más uno de los sufragios válidos emitidos se reduce al 45 por ciento; segundo, una fórmula puede consagrarse con el 40 por ciento de los votos si median más de diez puntos porcentuales con respecto a la fórmula que le sigue en la carrera.

Todo este andamiaje presidencialista está coronado por un régimen de representación proporcional de listas bloqueadas y por la novedosa presencia de una tipica figura de los regímenes parlamentarios, regulada por los artículos 100 y 101, como es la del jefe del gabinete de ministros con responsabilidad ante el Congreso de la Nación.

Delimitado de este modo el territorio, las tendencias que erosionan el sistema bipartidista no han dejado de accentuarse. Esta es, por cierto, una variable independiente en extremo significativa. Al partido Justicialista, a la UCR y a la periferia de partidos provinciales se ha sumado el FREPASO y una ostensible fragmentación en el bloquismo que niembla que se conformó a partir de 1989. Con esto quiero aducir que las estrategias para elaborar futuras coaliciones o alianzas están abiertas según la perspectiva que ofrece un multipartidismo distribuido tanto en el orden nacional como en las provincias (la presentación proporcional con listas bloqueadas accentúa esta fragmentación sobre todo en los distritos grandes y medianos).



Sin embargo, lo que importa dilucidar aquí no es tanto esta tendencia hacia la variedad partidista cuanto el formato que, hasta el presente, ha adoptado esa configuración. Es un diseño sociológico, forjado a lo largo de trece años, que, por el momento, favorece al justicialismo, cuyo piso electoral, situado en torno del 40 por ciento, calza adecuadamente con lo prescripto en los artículos 97 y 98. Dado el modelo de *ballottage* adoptado, los escenarios posibles que habrán de plantearse en las elecciones nacionales de 1997 y 1999 estarán obviamente vinculados con la capacidad de que pueda hacer gala el justicialismo para retener ese caudal electoral. ¿Hasta qué punto la diáspora que se aceleró desde las filas del justicialismo en 1995 prosegirá explorando un rumbo autónomo? ¿Hasta qué punto una cultura política originariamente afín al movimiento ha dejado de lado algu-

na razón táctica que la induzca a volver al redil?

Por el flanco de la oposición el condicionamiento normativo no es menos evidente. El piso electoral de estos partidos es, en efecto, más bajo; de donde resulta que las opciones de cualquier alianza opositora deriven en parte de la necesidad de quebrar en una primera vuelta la barrera del 40 por ciento, sin la cual es imposible intentar una recuperación en una segunda vuelta o alcanzar el 45 por ciento que otorga la consagración definitiva.

Franco Castiglioni fue el primero de nuestros colegas que alertó acerca de este condicionamiento. El régimen clásico del escrutinio mayoritario a doble vuelta (la experiencia francesa a partir de 1965) es un espléndido laboratorio de pruebas para ese objeto) promueve coaliciones que se van gestando en el curso del proceso electoral. Las exigencias de superar el 50 por ciento en la primera vuelta permiten que en aquella ronda preliminar se manifieste una representación descriptiva de partidos y tendencias que, en la segunda vuelta, deberán condensarse necesariamente mediante una opción entre dos candidatos.

Este juego de expansión y concentración de preferencias no es tan fácil de vaciar en el molde de la Constitución reformada de 1994. Aun en un esquema multipartidista, si una fórmula alcanza el 40 por ciento y la oposición dividida no logra acortar la brecha de los diez puntos porcentuales, entonces la victoria recaerá sin remedio en esa primera minoría. Como bien

puede advertirse, lejos de responder al principio mayoritario, el sistema se inclina hacia el de la pluralidad: un régimen de pluralidad, dicho sea de paso, que, para quebrar aquella limitación normativa, debería inspirar en la oposición la concertación de alianzas previas a la primera vuelta electoral.

Podemos denominar este tipo de alianza **coalición preelectoral**. Tiene, por cierto, la ventaja de ofrecer de entrada, en la primera vuelta, una alternativa definitiva, al precio de una negociación que tiene la desventaja de no contar con un escrutinio previo de las preferencias. Toda coalición supone un cálculo de poder y una convergencia de pretensiones de liderazgo. Más sencillamente es calcular esos liderazgos sobre la base de datos que sobre la base de presunciones o de encuestas (por eso se especula con realizar elecciones primarias). Por otra parte, no hemos incorporado en el país, particularmente en los distritos grandes, ninguna experiencia que permita forjar coaliciones para elegir diputados mientras se tramita el proceso electoral. No hay regímenes de doble vuelta de carácter uninominal capaces de alentar pactos partidarios de apoyo recíproco entre el primero y el segundo turno, ni tampoco posibilidades inmediatas de reformas en ese sentido. El jefe de gabinete puede significar una prenda de negociación entre partidos afines para superar este obstáculo frontal, de inmediato, se levanta una segunda valla. Si el justicialismo no interviene en esa hipotética alianza, el peso de su mayoría en el Senado gravitará por lo menos hasta el mes de diciembre del 2001, según lo estipulado por la cuarta disposición transitoria de la Constitución reformada. Sólo a partir de esa fecha comenzarán a practicarse elecciones directas para renovar un tercio de la cámara alta.

Todas estas maniobras, que no por imaginarias dejan de tener algún asidero en la realidad, giran en una atmósfera donde el pasado se entre-



mezcla con las inéditas transformaciones de estos largos trece años de democracia. Más allá del sombrío paisaje que arroja la exclusión social en las ciudades, asociada con el desempleo y la microviolencia urbana, la Argentina está aprendiendo a convivir políticamente, pero ignorando aún el valor de la alternancia pacífica en el ejercicio del poder.

Por un lado, la convivencia es un hecho innegable en perspectiva histórica que genera resultados ambiguos. La tolerancia recíproca entre viejos adversarios no ha reforzado la credibilidad de la clase política porque en aquel hecho, sin duda auspicioso, se ha introducido la cuña de la desconfianza frente a la sociedad civil (la conciencia pública acerca de la corrupción corre en paralelo con un descrédito de la dirigencia que oscila, según encuestas confiables, entre 35 y 40 por ciento de las muestras). Por otro lado, la alternancia entre gobierno y oposición llegó en 1989 casi como una necesidad impuesta por el clima asfixiante de la hiperinflación mientras aún sigue pendiente una tarea que exige racionalidad en el mediano y largo plazo.

Por ahora se ha buscado echar las bases de ciertos presupuestos

(estabilidad monetaria, crecimiento, eficiencia en los servicios públicos), sin los cuales no hay economía posible, al paso de una política de acumulación de poder basada en el control hegemónico e ininterumpido del Poder Ejecutivo durante el período más largo (si se cumplen los diez años y medio previstos) que registra nuestra historia desde los tiempos de la organización nacional. Hoy vivimos en una democracia sin temple institucional, con un Estado invertido, donde la atribución de legitimidad sigue centrada en el Poder Ejecutivo, con mucha presencia en el campo de las comunicaciones y escasa deliberación en el terreno de la representación política, con un desborde de la opinión en los estratos con acceso a los medios y una razón pública que no logra todavía hacer valer su voz para convertir las libertades en derechos. Hay, en resumen, mucha acción y poca estructura.

Si estos cimientos me parecen difíciles que la democracia se perficie, pues una política dispuesta a combatir graves distorsiones ocasionadas por una desigualdad creciente, debe descansar sobre esas estructuras firmes que delimitan las instituciones del Estado y ofrecen al sistema político las palancas necesarias para obrar con autonomía. La crisis de mediación, de la que tanto se habla, proviene en gran medida de esta circunstancia de virtual confusión entre gobierno y Estado, donde no es fácil distinguir las facciones enquistadas en el aparato estatal, con su secuela de comportamientos mafiosos, de la responsabilidad que le cabe al orden republicano de la democracia para asegurar el bien público gracias, precisamente, a la calidad de las instituciones.

Los condicionamientos expuestos han abierto acaso una brecha difícil de franquear, pero, al mismo tiempo, ofrecen a la oposición democrática una oportunidad para fijar objetivos compartidos de reconstrucción institucional. □

Poner en marcha una alianza posmenemista

Juan Carlos Portantiero

Si un hecho parece caracterizar a la sociedad argentina de hoy es la aceleración de los tiempos de la política. Las rutinas que el tandem Menem-Cavallo instalaron entre principios del 91 y finales del 95 han entrado en sobresalto y la imagen victoriosa de la estabilidad se ha esfumado. Entre las incertidumbres sociales que plantea la marcha de la economía, la perplejidad indignada con que es recibido el aluvión de denuncias sobre la corrupción oficial y los tembladeras en los que el gobierno chapotea para dirimir la sucesión presidencial, el cuadro de la Argentina contemporánea toma la forma de un vértigo inquietante.

Quizás el centro desde donde se desatan todos los conflictos que saluden al oficialismo es, precisamente, ese tema de la sucesión que pudo haber estallado ya en 1994 de no mediar la reforma constitucional que permitió la reelección. Sordo, escondido tras fingidos abrazos públicos, el conflicto entre Menem y Duhalde o al menos hasta hoy la separación notoria de sus proyectos, condensa el nudo principal de las contradicciones. Está claro que el gobernador de Buenos Aires no está dispuesto a aceptar que su futuro político se vea cuestionado por los actuales habitantes de la Casa Rosada, así como éstos, con Menem a la cabeza, aun aceptando que una segunda reelección resulta a esta altura imposible, no habrán de abandonar pacíficamente el manejo de los recursos del poder.

No es difícil pronosticar que, pese a su reconocida astucia política, es Menem quien más tiene que perder, quien más está perdiendo ya. En disputa con Duhalde, con un Cavallo alzado en una cruzada de denuncias que cada vez lo toca más

de cerca, enfrentado al sindicalismo y a un parlamento menos obediente, sólo parece quedarle -cuando sus niveles de popularidad son día a día más bajos- la solidaridad de parte del *establishment* y la esperanza, incierta, en que una mejora de los indicadores macroeconómicos pueda derramarse sobre la población.

Con su desmedida capacidad tradicional para ocupar todo el espacio del sistema político, de albergar a la vez oficialismo y oposición y por lo tanto de colocar a sus pujas internas en los límites del estallido de ese mismo sistema, los movimientos espasmódicos del peronismo en el poder van más allá, como la historia lo



memoria trágicamente, de una disputa en el interior de una formación partidaria. Pueden tentar a la oposición, además, a desdibujar su papel conduciéndola, por prudencia institucional, a transformarse en garante del sistema y a deslucir su función crítica, como le sucedió a Balbín durante los años 1974 y 1976.

Es cierto que ése no es, literalmente, el caso en estos días, aunque el acelerado desgaste del menemismo sea preocupante. No hay amenaza militar a la vista y el temor, más que al colapso, es de una descomposición paulatina que arrastre a la sociedad a una actitud de impotencia. Por eso mismo es distinta la responsabilidad de la oposición: para garantizar la democracia su papel es construirse y consolidarse como alternativa orgánica y creíble frente a una población cada vez más escéptica.

Desde estas páginas y hace ya tiempo venimos insistiendo en esa articulación para modificar una relación de suma cero, como la que se ha venido estableciendo entre UCR y FREPASO, convirtiéndola en otra de suma positiva. Superar los obstáculos que impiden esos acuerdos estratégicos entre ambos es hoy la tarea central de la democracia argentina, no porque con ellos se agote la capacidad de acumulación política de fuerzas progresistas, sino porque esa articulación de las dos principales corrientes opositoras es la única condición para ampliarla a otros sectores y para crear un estado de movilización colectiva.

Es mucho lo que se ha avanzado desde el apagón y el cacerolazo del 12 de setiembre pasado, la participación en el paro sindical y la constitución del foro multisectorial. Pero preocupa que ese impulso inicial no mantenga su ritmo, desacelerado,

quizás, por la convergencia involuntaria tanto de quienes pretenden abortarlo cuanto de quienes quieren apresurarlo, en los dos agrupamientos.

Es evidente que hay sectores en el FREPASO y en la UCR que por desconfianza, prejuicios o competencias por el liderazgo no ven con entusiasmo el proceso de convergencia. Pero es cierto también que antes del recambio presidencial del 99 se presentan las elecciones parlamentarias del 97 y eso genera problemas supplementarios. ¿Es posible o aun deseable un acuerdo de candidaturas para esos comicios? La meta me parece innecesaria y demasiado costosa: hay mejores caminos intermedios, aunque es verdad que la historia del 99 deberá comenzar a escribirse en el 97. Por ejemplo, un acuerdo explícito y público de iniciativas parlamentarias que sean el germe de un programa de gobierno, que acerque equipos especializados, que agrupe alrededor de la acción parlamentaria a organizaciones sociales y que provoque procesos de movilización de demandas e intereses.

Todo esto en el camino hacia la elección presidencial, con la posibilidad de que los acuerdos de cúpula se transformen en iniciativas de mayorías, probadas en el espacio público como confluencia de programas de acción que además permitan ampliar progresivamente el campo de las alianzas.

Construir una alianza posmenemista capaz de rotar a la fórmula

que presente el justicialismo es una tarea compleja por el monto de recursos de poder, locales y externos, que esa coalición ha reunido y que se resistirá fieramente a perder. Se trata de una empresa múltiple e imaginativa, en tanto la superación del menemismo no puede significar un retorno a políticas populistas, pero requiere la subordinación de la economía a la política para la satisfacción de demandas sociales urgentes, para la consecución del máximo de autonomía regional posible en este mundo globalizado y para la reconstrucción del Estado, penetrado hasta el hueso por los intereses privados y por la corrupción.

Para esta política de reconstrucción el testimonio de la Convergencia chilena aparece como el ejemplo más válido, con la ventaja para nosotros de no tener la hipoteca militar

de los comicios presidenciales y nada parecer alterarlo para el próximo futuro. ¿Por qué no comenzar a discutirlo abiertamente ya en la Argentina, distinguiendo las etapas del 97 y del 99, pero ubicándolas en una continuidad estratégica, no dejando caer el impulso de la actividad de la Multisectorial, discutiendo propuestas de movilización pública y anticipando ya la acción parlamentaria conjunta? La receta para esta agenda, más práctica que teórica, podría sacar a la oposición de sus dilemas y encolumnar a la opinión social en un debate abierto, sin relegarla a la condición de espectadora de una discusión entre cúpulas. □



INTERNACIONAL

América latina, ausente en la era Clinton II

El segundo mandato de Clinton se caracterizará por la articulación que surge de la necesidad de mantener las prestaciones del Welfare State y el consenso en torno a achicar aun más el déficit fiscal. La estrategia geo-económica girará en torno al área de mayor crecimiento del planeta: Asia-Pacífico. Latinoamérica, entre tanto, seguirá marcada por la "ilateralidad".

Guillermo Ortiz

William Jefferson Clinton se convirtió en el último presidente del siglo de la única superpotencia en pie tras el fin de la guerra fría. Es también el primer demócrata en ser relegado desde Franklin Delano Roosevelt en 1944. Lo que no es poco.

Su segundo mandato en la Casa Blanca está llamado a tener un significativo impacto geopolítico en un país que busca rediseñar su papel internacional -en un momento de profunda mutación de la naturaleza del poder mundial- y que, al mismo tiempo, ensaya respuestas para un vasto abanico de problemas "domésticos", leíse seguridad-atentados indiscriminados en su territorio, lucha contra el crimen, droga, milicias ultra-, infraestructuras, salud y crisis del sistema de representación, este último, expresado en la creciente ola de desconfianza hacia la "burocracia" de Washington.

La prueba está en el hecho de que la compusa estuvo signada por un índice de participación de poco menos de 50 por ciento de los 190 millones de norteamericanos habilitados para votar, el menor porcentaje desde 1924 -

cuando sólo votó 48.7 por ciento, luego de haberse registrado 55 por ciento en 1992 cuando Clinton derrotó a George Bush, paradójicamente el "héroe" de la Guerra del Golfo, poco antes.

Claves de una victoria a medias

Convivencia bipartidaria

Si bien Clinton aumentó aproximadamente en seis puntos su caudal electoral con relación a la elección de hace cuatro años, no logró revertir el predominio opositor en el Congreso, dominado por un Partido Republicano que aún no terminó de unificarse su discurso desde el fin de la guerra fría. Lo cierto es que Clinton debe convivir, cooperar y apostar, básicamente, a consolidar un consenso que es anterior al 5 de noviembre y que pasa por achicar el déficit fiscal, descentralizar políticamente el país y, al mismo tiempo, moderar la presión republicana por desmantelar el sistema de bienestar. Se abre un difícil juego de ajechar que, por lo pronto, lo llevará a "compartir" el poder en el sentido más estricto del término. Esto es, abriendo las puertas de su gabinete a partir del alejamiento de sus principales colaboradores y asesores, el secretario de Estado, Warren Christopher, el jefe del Pentágono, William Perry, y el secretario de Comercio, Mickey Kantor, entre otros.

Demandas de seguridad interior

Clinton debió hacer un curso acelerado de Casa Blanca tras su experiencia como gobernador de Arkansas. Llegó a Washington con un grupo de políticos jóvenes e inexpertos y no es precisamente un visionario, aunque sí se mostró como un político con algún "instinto". Sus vacilaciones se notaron en el manejo de la política internacional: recordar la intervención en Haití, la falta de decisión en los Balcanes, donde Francia debió tomar la iniciativa, los problemas con la gestión de

Boutros Ghali en Naciones Unidas y el estriudo fracaso "humanitario" de Somalia. Para su segundo mandato buscará dar un "golpe de efecto" (tener su propio Camp David) y piensa en un acuerdo con Israel-Siria, aunque por el momento se contenta con intervenir "humanitariamente" en la frontera Zaire-Ruanda.

Su administración fue la que más sufrió escándalos políticos desde la de Richard Nixon y su elección se produjo en medio de denuncias de presuntas aventuras extramatrimoniales y manejos inmobiliarios y financieros no del todo claros en Arkansas, a lo que se agregaron dudas sobre el financiamiento de su campaña; pero este último tema salpicó también a los republicanos, por lo que desapareció rápidamente de escena.

El dato relevante es que su reconciliación con la opinión pública se produjo, promediando su mandato, luego de la gran tragedia que significó la bomba en el edificio federal de Oklahoma. Allí demostró calma, en un momento en que la opinión pública comprobaba su vulnerabilidad en un "aprendizaje" iniciado con el atentado en las torres gemelas del World Trade Center. Incluso, la oposición demócrata a las demandas de la Asociación Nacional del Rifle, favorable a la portación de armas, fue decisiva, más aun en un tiempo en el que están muy activas distintas milicias rurales, ultraconservadoras, como la de Michigan, que desconocen la Constitución de EU y se niegan a pagar impuestos.

Por aquellos días los republicanos, comandados por el impulsivo speaker de la Cámara de Representantes, autor del polémico "Contrato por América" y artífice de la marea republicana en las elecciones de medio término, Newt Gingrich, obligaron a cerrar el gobierno a raíz de la disputa por el presupuesto. Allí, las "acciones" de Clinton volvieron a subir. La razón fue sencilla: la

medida dejó a la oposición claramente como responsable de una paralización administrativa sin precedentes en la historia del país, que afectó servicios básicos. Si a esto se suma la ausencia de un candidato carismático del lado republicano, la victoria estaba "cantada". El veterano senador Bob Dole tiene 24 años más que Clinton, escaso carisma y, más allá de su intervención en la Segunda Guerra Mundial, apareció como hombre de "otra época". Además, no cumplió una regla básica: ganar en New Hampshire. Ningún candidato republicano que haya resultado derrotado en las primarias de su partido en aquél Estado, logró acceder a la Casa Blanca. En este caso, Dole perdió frente al ultraconservador animador televisivo, Pat Buchanan.

Una estrategia de campaña centrada en la apropiación de la agenda republicana

Tanto en la cuestión fiscal -fue el primer presidente en lograr equilibrio presupuestario- como en los temas de seguridad y "valores familiares", Clinton fue relegido con un programa de conservadurismo fiscal, dureza frente al crimen y reforma del sistema de seguridad social (Welfare State). Y tuvo un dato a favor: supo respetar los consejos del presidente de la Reserva Federal, Allan Greenspan, de acompañar estrictamente la etapa de auge de la economía norteamericana con una reducción sistemática del déficit fiscal. Era de 290.000 millones de dólares en 1992 y hoy es sólo de 107.000 millones. El resultado evidente es que las tasas de los títulos del Tesoro a 30 años pasaron de una banda que oscilaba entre 6.85 y 7.25 por ciento a otra de 6.85 a 6.65 por ciento, lo que provoca una extraordinaria liquidez en los mercados financieros internacionales. Hay más: la consigna central de Clinton en las últimas semanas de campaña fue *"It's morning in América"* ("Amanece en Estados Unidos"), precisamente la que utilizó Reagan en 1980 y 1984. El relativo abandono de las posiciones tradicionalmente *liberal*, refleja lo que sucede en el "ojo" de la sociedad norteamericana. Una encuesta de *New York Times/CBS News* realizada en plena

campaña electoral, reveló una tendencia de fondo en EU: sólo 16 por ciento de los norteamericanos se consideran *liberal*, 44 por ciento moderados, 34 por ciento, conservadores y 6 por ciento, de cien. **Salud macroeconómica**

Generalmente, una buena economía, significa reelección. Y en los últimos cuatro años, la tasa de desempleo en EU se redujo de 7.3 a 5.2 por ciento, el crecimiento económico se mantuvo estable en torno a 3 por ciento y la inflación alrededor de 3 por ciento. Los últimos registros del superindice revela aumento en el consumo privado y en las ventas de bienes durables.

Triunfo en estados clave y papel de las minorías

Si triunfo en Estados conservadores como Florida -baluarte republicano, donde opera con singular éxito el *lobby* cubano anticristiano y no triunfa un demócrata desde 1976-, Indiana -sin victoria demócrata desde 1964- y Arizona -con predominio republicano desde 1948-, le permitió alcanzar 291 electores sobre un poco más de un centenar de su rival republicano. De algún modo, la derrota en Florida significó un durísimo golpe para las fuerzas republicanas y aquí hay que detenerse en un segundo punto: el rol de las minorías. La comunidad hispana, en especial, la de origen cubano, esta vez respondió a las promesas de fomento social del presidente. La importancia del voto latino fue creciendo con el

tiempo, al ritmo de los flujos migratorios, legal e ilegal, con la ayuda que significó la recesión económica mexicana desde 1995. Además, se aceleró el proceso de naturalización de los inmigrantes legales y se simplificó el proceso de registro para votar, un punto muy importante en una población con escaso dominio del inglés y un bajo nivel de instrucción escolar. Incluso, hay que observar el hecho de que la mayor disposición de los hispanos a adoptar la ciudadanía tiene que ver con algunas y recientes iniciativas republicanas de carácter discriminatorio, entre ellas una polémica Propuesta 130, impulsada por el gobernador californiano, Pete Wilson, que contempla la abolición de los beneficios sociales a los hijos de inmigrantes.

Pero el dato que más favoreció un homogéneo voto latino está dado por el creciente clima antiinmigrante que se respira en EU en general y entre los republicanos duros en particular. Además, se trata de un voto concentrado: tres de cada cuatro latinos en EU habita en California, Texas, Nueva York, Florida o Illinois. Incluso, Clinton también logró volcar la balanza en Colorado.

Los números cantan: 74 por ciento de los votantes hispanos, 83 por ciento de los negros y 55 por ciento de las mujeres votaron por el candidato demócrata. En el caso de las mujeres hay que recordar el antíabortedo del sector republicano duro, Susan Molinari, una de las principales oradoras de la con-



vención republicana, representante de Nueva York, hizo un discurso *pro-choice* (a favor de la libertad de elección de la mujer), que causó comoción entre sus compañeros de partido.

Voto industrial y clase media suburbana y blanca

También Clinton logró triunfar en Ohio, un centro industrial considerado desde siempre un test clave para consagrarse presidente. Ningún candidato republicano llegó a la Sala Oval sin triunfar en Ohio. Y en estas elecciones allí ganó Clinton. Incluso, el cambio socioeconómico; por ejemplo, en Arizona, un Estado tradicionalmente de jubilados, el promedio de edad es hoy de 37 años, y a ese sector se dirigió el mensaje de Clinton. La clave es que la revolución informática -con sus consiguientes saltos de productividad- modificó la economía y los protagonistas de este cambio silencioso son gente de entre 30 y 40 años, que comienzan a formar sus familias, comprar sus casas, pensar en el jardín, las tarjetas de crédito, sus dos autos y los *shoppings*. Lo dijo Clinton: "hay que pensar en los ciudadanos que trabajan, pagan sus impuestos, mandan a hacer deportes a sus hijos y miran televisión". Son aquellos que no quieren ser excluidos del "sueño americano", pero que temen por su seguridad.

La mutación tecnológica de los 80, responsable del auge de la productividad fabril, impulsó empleo, lo que explica el "dualismo estructural" de la economía de EU y un *boom* de marginalidad que afecta también a la baja clase media a partir de la oleada de despidos en el sector servicios. Pero Clinton mostró los números de creación de empleo en los últimos años, si bien precario, y convenció.

Mirando al futuro

América latina

En líneas generales, no se esperan cambios profundos en la política de Bill Clinton hacia América Latina. En primer lugar, hay una apuesta geopolítica que apunta a Asia-Pacífico, donde están las más altas tasas de crecimiento del mundo y el vasto mercan-



do chino.

La prioridad es equilibrar el déficit comercial con Japón y aumentar el intercambio con China, que recuperará Hong Kong el año próximo y avanza en la reunificación de Taiwán, nuevamente considerada "Nación más favorecida", por lo que Washington decidió dejar para otra oportunidad el reclamo sobre violación de derechos humanos.

Clinton tampoco tendrá incentivos claros para alentar la inclusión de Chile en el NAFTA y en el nuevo Congreso hay cuatro miembros anti-Nafta más que pro-Nafta. Además, los sindicatos pusieron mucho dinero en la campaña y tampoco se muestran demasiado seducidos por el libre comercio. Hay que tener en cuenta también la continuidad de la política de *downsizing* (reducción de personal) en grandes empresas, que afecta a los trabajadores de "cuero blanco" y ejecutivos, lo que daría un nuevo impulso a tendencias proteccionistas.

Ese mismo Congreso, dominado por los republicanos, tiene la llave de la política hacia Cuba, sobre la que pende la polémica Ley Helms-Burton, que endurece el embargo a la isla y afecta a las compañías extranjeras que invierten y comercian con bienes previamente expropiados a ciudadanos o empresas norteamericanas en Cuba. Un informe del Bank of Boston señala que 57 por ciento de la población se opone a la firma de pactos comerciales

con cualquier país latinoamericano y en caso de desaceleración, el clima político norteamericano -de aparente conformidad de la población- puede cambiar rápidamente.

El Congreso y el nuevo núcleo de decisiones

De ahora en más importa observar un hecho: abolida la amenaza exterior que significaba la URSS, la presidencia perdió relevancia en el sistema político de EU. Convergen motivos de orden interno para este reacomodamiento. El ritmo de la revolución tecnológica y la naturaleza específica que adquieren las decisiones en la economía global en los últimos años convirtió -como sostienen algunos expertos- a EU en una realidad "demasiado compleja" para ser conducida por un solo centro de decisión, aunque sea esa "presidencia imperial" de la Casa Blanca, salvo en caso de catástrofe o guerra externa.

Como efecto de la nueva era, se multiplican en forma incesante los centros de decisión y EU no es la excepción a esta regla; es más, debe ser el precursor si atendemos a aquella máxima de que es precisamente EU el lugar donde el futuro ocurre primero. De ahí que la dinámica política de este segundo mandato esté sellada por el equilibrio. El Congreso empujará al presidente a una reducción aun mayor del déficit y Clinton procurará evitar que este "movimiento" profundice la brecha social. De todos modos, todo indica que la disminución del déficit fiscal que tuvo lugar en los últimos tres años, se transformará en eliminación sostenida a partir del 2002. Es lo pactado, y puesto en ejecución, por Clinton y los republicanos que controlan el Congreso, antes del martes 5 de noviembre. Precisamente, la primera reunión de Clinton con Gingrich fue positiva en cuanto a afirmar un compromiso bipartidario que incluso puede reduplicar en el nombramiento de ciertas figuras de la oposición para el gabinete Clinton II. El ex jefe del Estado Mayor Conjunto de las FA, Colin Powell, corre en punta, aunque esto es lo menos importante. Lo que sí vale es que el siglo XXI puede albergar una superpotencia con un nuevo patrón de decisiones. □

con las élites de su disciplina, universidad, sindicato, partido o asociación. De todos modos, casi ninguna información circula de un país al otro y ningún debate de amplitud europeo puede por lo tanto manifestarse. Todo esto impide tener fuerza frente a la internacionalización de los mercados y de la política económica y financiera europea. Además de las dificultades técnicas materiales, el principal obstáculo a la impugnación de los dogmas nuevos radica en la ignorancia y la desconfianza. Ellas impiden a los autores no ortodoxos aunar esfuerzos, aun teniendo muchas cosas en común.

Una iniciativa exitosa en Francia podría servir de base o punto de partida a un reagrupamiento europeo de todos los intelectuales, expertos, responsables políticos y socioeconómicos que comparten como mínimo estas dos convicciones:

1º) es ilusorio esperar la solución de los males causados por el desempleo masivo en un simple retorno al crecimiento; 2º) una gestión ultraliberal de la crisis sería catastrófica para una Europa profundamente ajena al modelo social de los Estados Unidos y de todos modos imposibilitada de aprovechar las ventajas que confiere a este país su posición mundial dominante.

Con esta intención, treinta y cinco personalidades, conocidas en Francia por sus ideas o su acción en la materia, aceptaron enviar a segundo plano sus divergencias, a menudo importantes, y

Llamamiento europeo

Para una ciudadanía y una economía plurales

Hacia la formación de una red europea de resistencia de intelectuales, responsables socioeconómicos y políticos ante el aumento del desempleo y la dogmática del *laissez-faire*

• Invitación

Señora, señor:

Europa conoce hoy un desempleo sin precedentes. Asiste a la descomplicación progresiva de todas las instancias de regulación social, económica y política que, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, le permitieron civilizar y domesticar el capitalismo, compartiendo con la mayoría los frutos de su desarrollo. Frente a esta situación, nuestros gobiernos son incapaces de imaginar soluciones que no pasen por la aplicación de políticas ultraliberales con más posibilidades de ocasional una baja importante de los salarios y de la actividad económica que de contribuir eficientemente a la reducción del desempleo. Lo más inquietante es que ninguna fuerza organizada, moral, política, sindical o intelectual, parece estar en condiciones de oponerse eficazmente a esta evolución que sacrifica el mediano y largo plazo a los imperativos de una gestión monetaria, financiera y fiscal de muy pocas miras.

En esta situación particularmente alarmante, una responsabilidad incumbe a todos los intelectuales, sociólogos, economistas o responsables sindicales y asociados que, en ocasión de sus escritos o de su acción colectiva, fueron llevados a reflexionar sobre la mutación en curso de la relación entre economía y sociedad. En efecto, sólo un movimiento de opinión extendiéndose a nivel de toda Europa y basado en los análisis de expertos o de autores conocidos no adheridos a la nueva religión ultraliberal, parece ser capaz de encender contrafuegos y hacer renacer el debate necesario sobre las vías económicas y sociales que se abren a Europa. La principal dificultad a superar reside en la dispersión de los análisis y de los programas no ortodoxos.

Este es un documento que, lanzado el año pasado en Francia, hoy circula en todo el mundo, intentando aglutinar voluntades en la resistencia al fundamentalismo de mercado y en la búsqueda de vías alternativas de signo progresista. Al difundirlo, *La Ciudad Futura* expresa su adhesión a tales propósitos.

y propuestas, independiente de los partidos y sindicatos, bajo el nombre de **Llamamiento europeo para una ciudadanía y una economía plurales**.

La constitución de grupos de este tipo parece ser, en efecto, la única manera de obtener los medios para intervenir en la contienda pública. Esto, desde luego, no es suficiente, y será preciso en breve plazo preguntarse cómo asociar a esta iniciativa los múltiples grupos, asociaciones o individuos que se identifiquen con ella. En lo inmediato, lo más urgente es trabajar en la formación, entre los intelectuales y los analistas económicos y

sociales, de una dinámica europea de resistencia a la desviación ultraliberal -de aquí en más hegémónica- a la que hoy asistimos.

Conociendo sus análisis y la posición que ocupan en el debate que se lleva a cabo en su país, les pedimos tener a bien adherirse al Llamamiento, publicado primero en Francia, y cuya versión abreviada reprodumos a continuación. Pensamos que tendrán numerosas críticas para aportar. Pero lo más importante, en primer lugar, es integrarse. Desde luego, el movimiento que tratamos de formar frascasaria si quedara marcado por sus orígenes franceses. Necesitará volverse enteramente europeo. En breve será preciso tener los medios de instaurar una coordinación europea capaz de dirigirse a los medios de comunicación e interesar a los gobiernos. Por el momento, lo más urgente es obtener el mayor número posible de firmas significativas para poder, luego, avanzar. Por eso, si se identifican con este Llamamiento y con los pasos que pretende organizar, les solicitamos que lo firmen y lo hagan firmar por personalidades desconocidas por nosotros y que ustedes consideren necesario establecer contacto.

Asociación Ley de 1901.

Alain Caillé, Presidente de la Junta; Jean-Louis Laville y Roger Sue, Vicepresidentes, Patrick Vivret, Tesorero; Daniel Cefai, Secretario General.

•Llamamiento

Todo el mundo lo ve: por todas partes en Europa, aun donde la economía no funciona mal, la sociedad se deshace. El contrato social que fue elaborado hace unos cincuenta años o más en torno al pleno empleo y al Estado providencia ya no consigue asegurar la cohesión de nuestras sociedades. El aumento continuo de la riqueza, cada vez peor repartida, es acompañado por una fractura social que se vuelve insostenible. Una primera conclusión se impone: las políticas económicas y sociales que desde hace veinte

años trataron de remediar la crisis económica limitándose a esperar el retorno de un crecimiento suficiente para reabsorber el desempleo, han fracasado.

Sobre las causas del desempleo masivo que afecta a Europa es posible interrogarse largamente. ¿Cuánto pue de atribuirse al cambio tecnológico informático, que impide a los trabajadores "liberados" por los beneficios de la productividad obtenidos en un sector distribuirse en otro? ¿Cuánto a los efectos de la globalización? ¿Cuánto a los de la especulación financiera? ¿Cuánto al fin a la timidez de nuestras políticas económicas y a los criterios de convergencia impuestos por el Tratado de Maastricht? Sobre todos estos puntos los firmantes del presente llamamiento pueden tener opiniones divergentes. Pero lo que los une es la certeza de que la crisis del trabajo y el desmoronamiento que afectan a la sociedad salarial son tales que ninguna medida de política económica tradicional estará en relación con el problema planteado. Claramente, ni el ultra-liberalismo ni el conjunto de medidas de reactivación keynesianas bastarán para superar el desempleo y evitar las múltiples fracturas sociales que se intensifican en todas partes, si no se advierte que Europa ingresó en una era nueva y muy diferente de la que aseguró su prosperidad hasta el presente.

Los firmantes del presente llamamiento, economistas, sociólogos, periodistas, filósofos, militantes asociados, etcétera, que por una u otra razón, fueron llevados a reflexionar y escribir sobre la situación actual, consideran frente a su gravedad que urge poner en segundo plano las divergencias, a veces profundas, que los separan, para llamar con alguna solemnidad a todas las organizaciones, partidos, sindicatos o asociaciones, hombres y mujeres de buena voluntad a comprometerse lo más pronto posible, a nivel europeo, en un debate sobre las posibilidades de instaurar una política económica y social decididamente innovadora. Lo cual implica reflexionar tanto en las condiciones de advenimiento de una economía y una democracia plurales como

en las perspectivas de un desarrollo duradero. Según ellos, tal política tiene posibilidades de éxito sólo si se inscribe en la perspectiva de una intensificación de la exigencia democrática y no, como desafortunadamente ocurre cada vez con mayor frecuencia, pidiendo un sacrificio de la democracia en favor de las exigencias de una eficacia tecnoeconómica o económica, a menudo sólo imaginaria. Más específicamente, y aun si cada firmante le otorga una importancia relativa diferente, todos concuerdan en pensar que la construcción de una política económica y social resultemente democrática y capaz de remediar las fracturas ya profundas del cuerpo social, pasa por la exploración conjunta de las tres siguientes, ampliamente interdependientes:

1º Reducción del tiempo de trabajo y participación de los empleos

Es conveniente en primer lugar facilitar una reducción de la duración promedio efectiva del trabajo. Es necesario además redistribuir de manera continua en el conjunto de la población activa un volumen de trabajo regular y los atributos de la ciudadanía que son correspondientes- que está en vías de contracción ineluctable. Si estos principios generales deben ser objeto de una ley-plan, las modalidades de aplicación, que serán sometidas a negociaciones interprofesionales descentralizadas, no pueden asumir una forma única. Es un arsenal de medidas que conviene establecer. Entre ellas: la evaluación de uno o varios años de un tiempo de trabajo que otorgue derecho a un ingreso continuo; la ejecución, donde sea posible, de la semana de cuatro días; la adopción de un "segundo cheque" y los diferentes aspectos de estímulo al tiempo parcial libremente elegido. De todos modos, es conveniente oponerse en firme a todas las formas impuestas del trabajo flexible o a tiempo parcial, así como a la multiplicación de estados intermedios entre trabajo y asistencia que fragmentan los distintos componentes de la población activa.

2º Economía plural y solidaria

Es necesario, en segundo lugar,

reconocer y desarrollar las múltiples iniciativas, surgidas en diversas partes, que mezclan las fronteras establecidas entre economía y sociedad, ya que no competen sólo ni aun principalmente a la economía de mercado o a la solidaridad estatal. Junto al sector comercial y del servicio público, es preciso, en una óptica de economía plural, dar su coherencia y sus reglas a un tercer campo económico -que muchos autores en Francia definen bajo el término de "economía solidaria"- teniendo en cuenta sus finalidades sociales y ecológicas. Todas estas iniciativas requieren una política apropiada que permita sustentar los proyectos a través de nuevas formas de negociación social movilizando a los actores sociales y asociaciones con el fin de atribuir legítimamente financiaciones públicas a todas las actividades de gran utilidad social que no podrán desarrollarse sólo por la lógica comercial. El objetivo es volver la lógica económica menos selectiva, resistiendo tanto la tentación de crear "trabajos insignificantes" como la de instaurar un sector aparte para los desempleados. Se trata, al contrario, de facilitar la hibridación entre la economía privada, la economía pública y la economía asocialia y no monetaria. En la medida en que tal dinámica tienda a asegurar las condiciones que permitan a cada una insertarse voluntariamente en actividades orientadas al bien común, plantea la cuestión de una renovación de formas de la democracia directa que sean susceptibles de complementar y reavivar nuestros sistemas de democracia representativa.

3º Oponerse a todo desvío autoritario y estigmatizante de los ingresos mínimos de solidaridad

Por último, es preciso afirmar que nuestras sociedades se deshorrarán si autorizan a dejar subsistir algunos de sus miembros debajo del nivel mínimo de recursos materiales necesario para la supervivencia económica y social. Deben poner todo en práctica a fin de proporcionar a cada uno los medios de acceso a una identidad social concreta. Además, a esto aspiran tanto la política de redistribución del empleo



asalariado como las medidas de estímulo para el desarrollo de una economía solidaria anteriormente mencionadas.

En el caso de los pobres y desposeídos, este acceso a las fuentes de autoestima no podrá hacerse por medio de la sola coacción ni por medidas de inserción apoyadas en una ficción de contrato. Los ingresos mínimos experimentados en Europa (Minimex, RM, etcétera) fracasaron en parte en la obra de reinserción que se proponían por no haber sabido regular la cuestión de la articulación necesaria entre obligación, contrato y voluntariado, e igualmente el hecho de que sean en principio revocables alisa a sus beneficiarios en el corto plazo, así como la prohibición de acumular el ingreso mínimo con otros recursos les impide buscar de manera eficaz un empleo y los encierra en la trampa del desempleo.

Es menester en lo sucesivo ir más allá. ¿Pero cómo hacerlo? Los firmantes del llamamiento tienen las mayores discrepancias sobre este tema. Algunos son muy reticentes ante la idea de que un ingreso puro sea distribuido sin contrapartida en trabajo. Por el contrario, otros consideran que una ciudadanía nueva debe fundarse en la asignación de un ingreso mínimo condicional (denominado ingreso de existencia, subsidio universal, etcétera) independientemente del monto de los ingresos, edad, sexo o situación matrimonial. Cualesquier sean las di-

ferencias de perspectiva a mediano o largo plazo, todos están de acuerdo en reconocer que, en lo inmediato y a corto plazo, la sensatez, la humanidad y la equidad, deben conducir a hacer incondicional la atribución de un ingreso mínimo para toda persona que no goce del nivel mínimo de recursos que las acciones de inserción podrían llegar a garantizar. Es necesario también que este ingreso mínimo se convierta en acumulativo (y no sustitutivo) con recursos complementarios, con riesgo de que éstos sean gravados. En cualquier hipótesis, lo más importante es oponerse por todos los medios a los diversos proyectos de trabajo obligatorio (*workfare*) que se multiplican y que sólo nos llevan de nuevo al siglo XIX, haciendo de los excluidos víctimas propias.

Ningún obstáculo moral, económico o financiero importante se opone verdaderamente a la adopción de tales medidas. Lo que preocupa respecto de ellas, es el temor de que al instaurar este ingreso mínimo incondicional, nuestros Estados puedan desinteresarse de los más débiles y abandonarlos a su suerte mediante un miserable oblo de simple supervivencia. Existe allí un riesgo que es preciso no subestimar y al cual debemos resistir, afirmando que aquella medida sólo tiene sentido en conexión con las dos precedentes y permite reorganizar la actividad de los trabajadores sociales en dirección de tareas de estímulo más bien que de control social.

Todas estas medidas son inmediatamente realizables -tanto en el orden financiero como técnico, económico o moral- si se quiere reconocer la urgencia y la necesidad, así como su estrecha interdependencia. Apelamos de esta manera a la apertura inmediata del debate más amplio, a nivel europeo, sobre las orientaciones aquí propuestas. □

Observaciones, críticas, comentarios y adhesiones, enviarlos a: *La Revue du MAUSS*, 3 Avenue du Maine, 75015 Paris, o *Transversales*, 21 Boulevard de Grenelle, 75015 Paris, Fax 01.45783402.

ECONOMÍA

El desempleo a escala mundial*

John Eatwell

Entr 1950 y 1970, los grandes países industriales gozaron, en su mayoría, de pleno empleo o de niveles de ocupación próximos a él. Además, en este período el comercio internacional creció más rápidamente que en cualquier otro equivalente, anterior o posterior, y lo mismo ocurrió con la productividad (o sea, con la absorción del cambio tecnológico). Por otra parte, la inflación era reducida en comparación con lo que sucedió más tarde. Fue la Edad de Oro del capitalismo occidental (Margin y Schor, 1990). En ese mismo período hubo un mejoramiento sostenido del desempeño económico en casi todo el Tercer Mundo, que se mantuvo en gran medida gracias al crecimiento constante de la demanda proveniente de los países industriales.

Alrededor de 1970 tuvo lugar un cambio rotundo y los niveles tendenciales de desempleo aumentaron bruscamente. Este aumento fue máximo en los principales países miembros de la Unión Europea, donde Alemania experimentó un aumento de casi ocho veces en su nivel (a partir de una base muy baja). Sólo en Italia el incremento fue relativamente escaso, pero se produjo a partir de lo que era, para la década del 60, una base alta. Tanto Canadá como Estados Unidos, países que en dicha década sufrieron un desempleo comparativamente alto, tuvieron "apenas" un aumento de 50 y 130 por ciento, respectivamente, de sus niveles de desempleo promedio. La experiencia de Japón fue excepcional, ya que a partir de un nivel muy bajo de desempleo en la década de 1960 sólo experimentó un aumento de 120 por ciento (véase el Cuadro 1).

Puede considerarse que las alteraciones económicas generadas en la década del 70 por los shocks petroleros, junto con las medidas deflacionarias adoptadas por los países del Grupo

de los Siete (G7) en relación con el aumento del precio del petróleo, fueron el origen del deterioro del desempeño económico de estos países. Las estimaciones de la OCDE indican que 20 por ciento de la pérdida del ingreso real de las naciones que la integran a mediados de la década del 70 se debió al efecto del aumento del precio del petróleo sobre los términos del intercambio, y el 80 por ciento restante a las políticas deflacionarias concertadas que caracterizaron la reacción de largo plazo con los factores cíclicos asociados a la presente recesión en Europa y Japón. Bien podría ser, incluso, que la actual recesión no sea sino otro escalón ascendente del nivel de desempleo a largo plazo. Esto indica que hoy no puede abordarse el nivel de desempleo de los países del G7 mediante las políticas anticíclicas corrientes. Se requiere un nuevo enfoque.

Llamaron particularmente la atención ciertos aspectos comunes de la experiencia de desempleo en todos estos países, cuyo efecto sobrepasa al de la buena o mala fortuna económica de cada uno. Por supuesto, las circunstancias concretas de cada país afectan la distribución del desempleo entre todos ellos, pero la experiencia común sugiere que las causas del alto desempleo han de buscarse en factores que gravitan de una manera más o menos similar en todos los países del G7, más que en las circunstancias individuales de cada cual. Así, pues, para generar una serie de políticas capaces de hacer frente al aumento del desempleo en el G7 es preciso identificar tales factores comunes.

Los candidatos probables a ser el origen común del aumento del desempleo son los siguientes: 1º) el ritmo de cambio tecnológico, que genera ahorro de mano de obra; 2º) los cambios estructurales en las relaciones comerciales internacionales asociados con la creciente movilidad del capital y el rápido aumento de las exportaciones manufactureras del Tercer Mundo, es-

pecialmente de China y de los países de la costa del Pacífico, y 3º) los cambios producidos en el medio financiero internacional y, por consiguiente, en las políticas macroeconómicas de los países del G7, que a su vez afectaron el crecimiento de los países en desarrollo, sobre todo por el menor índice de aumento del comercio internacional y los bajos precios de los productos básicos.

Especialmente de China y de los países de la costa del Pacífico, y 3º) los cambios producidos en el medio financiero internacional y, por consiguiente, en las políticas macroeconómicas de los países del G7, que a su vez afectaron el crecimiento de los países en desarrollo, sobre todo por el menor índice de aumento del comercio internacional y los bajos precios de los productos básicos.

El ritmo del cambio tecnológico

Desde comienzos del siglo XIX es habitual considerar que el cambio tecnológico constituye una amenaza para el empleo. En las décadas del 50 y del 60, el peligro fundamental era la "automatización"; en cuanto a las dos décadas siguientes, se ha aludido a menudo al impacto potencialmente destructivo de la informática y de la electrónica.

No obstante, cualesquier hayan sido los efectos los cambios tecnológicos en la composición del empleo, no hay pruebas de que el aumento del desempleo en el G7 obedezca a la velocidad del cambio tecnológico. Si así fuera, en los 80 y 90 se habría producido una aceleración del aumento de la productividad, ya que las nuevas técnicas reducen drásticamente el insumo de mano de obra requerido por unidad de volumen de producción. De hecho, sucedió lo contrario: hubo un brusco retardo del aumento de la productividad, máximo en Japón y mínimo en Estados Unidos y el Reino Unido (en estos dos últimos países, el aumento de la productividad había sido comparativamente reducido en el período previo). En verdad, en todas partes el retardo del aumento de la productividad fue mayor que el retardo en el aumento general de la demanda, lo cual implica que aquél contribuyó a la creación (o al menos a la preservación) de los empleos, en lugar de contribuir a su destrucción (véase el Cuadro 2).

En todos los países del G7 el retardo del aumento de la productividad fue menos pronunciado en la industria manufacturera que en la economía en su conjunto. En la medida en que también

disminuyó el aumento de la demanda de manufacturas, el hecho de que el aumento de la productividad en la industria manufacturera fuese relativamente vigoroso diría por resultado una pérdida sustancial de puestos de trabajo en ese sector, sobre todo en el Reino Unido. Una excepción a la regla fue el nivel de empleo en la industria manufacturera alemana, que hacia fines de los 80 retomó una (leve) tendencia ascendente, aunque fue revertida por el viraje producido en los últimos tiempos (véase el Cuadro 3).

La pérdida de puestos de trabajo en la industria se vio exacerbada por el cambio en la relación existente entre el aumento de la demanda y el del empleo. En la década del 60, el aumento de la demanda estuvo asociado a un aumento de los puestos de trabajo; en los 80, aquél se acusó (con creces, incluso) merced al aumento de la productividad y hubo pérdida de empleos.

No resulta claro en qué medida la imposibilidad de la industria manufacturera de crear nuevos puestos de trabajo como en el pasado se debió al retardo de la demanda y en qué medida el cambio en la relación entre el índice de aumento de la demanda y el índice de progreso técnico.

Sea como fuere, parece conceivable que un mayor índice de aumento de la demanda de manufacturas, por más que probablemente acarree también un mayor ritmo de aumento de la productividad, al menos podría frenar la pérdida de puestos de trabajo. Y sin duda existen posibilidades para un mayor

aumento de la demanda de manufacturas. Aun en los países del G7 más avanzados hay cuantiosos sectores de la población que no tienen acceso, en cantidad y calidad, a los productos manufacturados que sus ciudadanos estiman necesarios para mantener un nivel de vida normal.

Cambios estructurales en la economía mundial

Una cuestión que reviste cada vez mayor importancia es si el aumento de la competencia de los países de industrialización reciente, en especial los de la costa del Pacífico, no puede poner en peligro la creación de empleos en los sectores de bienes comercializables de los países del G7. La posibilidad de alcanzar el pleno empleo gracias a un aumento de la demanda interna se vería notablemente mermada si las virtudes competitivas de la industria de los países del G7 fueran superadas por la potente combinación de los bajos salarios imperantes en los países del Tercer Mundo y la movilidad cada vez mayor del capital.

En lo concerniente a la penetración de las manufacturas de los países en desarrollo en los mercados del G7 se ha asistido a una neta aceleración. En 1968, apenas 1 por ciento de la demanda interna de manufacturas del G7 se satisfacía con importaciones provenientes del Tercer Mundo; en 1980, esa proporción había aumentado a 2 por ciento; en 1988, a 3,1 por ciento; y en 1993, a 4 por ciento. Actualmente, las manufacturas

Cuadro 1
Desempleo en los países del G7, 1964-1973 y 1983-1992

	A. 1964-1973	B. 1983-1992	B/A
Alemania occidental	0,79	6,03	7,63
Francia	2,23	9,70	4,35
Italia	5,48	10,13	1,85
Reino Unido	2,94	9,79	3,33
Estados Unidos	4,46	6,69	1,50
Canadá	4,23	9,64	2,28
Japón	1,22	2,71	2,22

Fuente: *OECD Main Economic Indicators*.

Nota: Índices anuales de desempleo estandarizados como porcentaje de la fuerza laboral, promediados por períodos de diez años.



de los países en desarrollo corresponden a 10 por ciento del total de manufaturas importadas por el G7.

Esta competencia del Tercer Mundo ha provocado sin duda una pérdida de puestos de trabajo en determinados sectores (típicamente, en los de bienes comercializables que sólo exigen un bajo nivel de calificación de la mano de obra), ya sea en forma directa, por la pérdida de mercados, o indirecta, cuando las innovaciones generadas como reacción ante dicha competencia llevan a adoptar técnicas menos intensivas en mano de obra, particularmente en mano de obra poco calificada (Wood, 1994). Pero si pese a estos efectos sectoriales la balanza comercial global no se modifica, el efecto neto sobre la demanda agregada será nulo. Que la relación global surfa o no algún impacto entre la demanda agregada y el empleo depende de la estructura de la demanda en la economía, incluida la demanda de bienes no comercializables, así como de la escala del intercambio comercial con los países del Tercer Mundo y del contenido y ritmo del cambio tecnológico en diversos sectores de la economía.

De hecho, si se dejá de lado la repercusión del aumento en los precios del petróleo, tendió a haber un superávit de la balanza comercial entre los países del G7 y los países más dinámicos del Tercer Mundo, que constituyen los mercados de más rápido crecimiento en todo el globo. Esto fue particularmente cierto en la década del 70. Des de entonces, el comercio global del G7 con este grupo de países se ha aproximado a una situación de equilibrio y esta tendencia decreciente bien puede



dar origen, más avanzada la década del 90, a un déficit en la balanza comercial de los países del G7.

El efecto de la competencia de los bajos salarios en los países de industrialización reciente no difiere del efecto que tuvo, a fines de los 50, la competencia de los países europeos meridionales en los septentrionales. Esta llevó, por ejemplo, a que la participación de Italia en el comercio mundial de manufacturas aumentase de menos de 2 por ciento a más de 6 por ciento en veinte años, pese a lo cual en el norte de Europa el desempleo no aumentó. Por el contrario, durante el período en que dicha competencia fue más inten-

sa, los países de Europa septentrional sufrieron escases de mano de obra; alrededor de 10 por ciento de la fuerza laboral de Alemania occidental y Francia estaba compuesta por inmigrantes. Los cambios estructurales asociados al desarrollo de Italia tuvieron lugar en el contexto de índices de crecimiento en general altos. Si los ajustes estructurales que presagia el veloz crecimiento de las exportaciones manufactureras de los países en desarrollo parece hoy amenazador, ello se debe a la persistencia del retraso en el crecimiento de los países del G7.

Si, en efecto, la competencia de los países de industrialización reciente origina, en la década del 90, déficit crecientes en las balanzas comerciales de los países del G7, esto podría abordarse (hasta cierto punto) mediante el método tradicional de modificar el tipo de cambio entre los países superavitarios y deficitarios. Desde luego, la eficacia de esta modificación cambiaria se verá limitada si la penetración de los mercados del G7 obedece a la superioridad tecnológica de las importaciones. Por ejemplo, es característico atribuir el efecto que tuvo en el mercado norteamericano el aero importado desde Corea a la superioridad tecnológica de dicho producto en una industria en la cual el costo de la mano de obra constituye una proporción ínfima del costo total. Sea cuál fuere la índole de la competencia del Tercer Mundo, la perduración del crecimiento y la prosperidad de los países del G7 descansa en el mantenimiento de su vitalidad tecnológica, tanto en lo que hace a la calidad de las investigaciones e innovaciones como a la calidad de la mano de obra.

Los cambios en el medio financiero internacional y su efecto en las políticas macroeconómicas y de empleo en los países del G7

La clave para entender el aumento del desempleo en los países del G7 parece radicar, pues, en el tercer elemento común: el retraso en el índice tendencial de aumento de la demanda (Cuadro 4). Este retraso comenzó al-

rededor de 1970 y persistió desde entonces.

El aumento del PBI real en los países en desarrollo exhibe una pauta similar. No obstante, esta similitud disimula el hecho de que en el período intermedio el crecimiento de los países en desarrollo se mantuvo en un nivel relativamente alto. Desde 1973 hasta 1982, el crecimiento real de los países en desarrollo fue en promedio de 4,7 por ciento anual, en comparación con 1,9 por ciento en Estados Unidos, 2,4 por ciento en la Comunidad Europea y 3,9 por ciento en Japón. Por otra parte, las cifras globales sobre los "países en desarrollo" enmarcan diferencias significativas en el crecimiento (sobre todo del PBI *per cápita*) en distintos lugares. En 1983-92, el PBI *per cápita* disminuyó en América Latina (a un ritmo de -0,1 por ciento anual), África (-0,9 por ciento), Asia occidental (-3,3 por ciento) y los países en desarrollo de la región del Mediterráneo (-1,5 por ciento), en tanto que aumentó en el Sur y el Este asiáticos (+3,8 por ciento) y en China (+7,9 por ciento).

La persistencia del lento aumento de la demanda en la década del 90 parece deberse predominantemente al cambio en la estructura del financiamiento internacional y sus consecuencias en la estructura de las políticas macroeconómicas internas. En diversas ocasiones, este retroceso ha sido atribuido a varios factores, como la creciente reducción de las utilidades a fines de los 60, el agotamiento de las oportunidades accesibles para "ponerse a tono" con Estados Unidos en materia tecnológica, y, por supuesto, el impacto del aumento de los precios de las materias primas, sobre todo del petróleo, en el crecimiento de la demanda. Sin embargo, ninguno de estos elementos parece tener un poder explicativo comparable con el de los cambios sobrevenidos en las relaciones financieras internacionales.

Dos cambios institucionales fundamentales marcan una clara quebra en el contexto internacional: 1º) el colapso del tipo de cambio fijo establecido en Bretton Woods a comienzos de los 70 llevó a que en las décadas

del 70 y del 80 prevalecieran los tipos de cambio fluctuantes; 2º) los mercados financieros regulados de la década del 60 fueron sustituidos en la década del 80 por los mercados mundiales desregulados.

Se ha estudiado ampliamente la imposibilidad del sistema comercial y de pagos posterior a Bretton Woods para hacer frente a los desequilibrios del comercio internacional, salvo mediante la deflación y el creciente empleo de los países más débiles -y este impulso deflacionario demostró ser contagioso-, pero no se ha prestado la misma atención al hecho de que dicha presión deflacionaria se vio intensificada por la desregulación de los mercados mundiales y el enorme crecimiento de las corrientes de capital de corto plazo.

Hoy, los mercados financieros están dominados por flujos de corto plazo que basan sus ganancias en las variaciones de precios de los activos o, dicho de otro modo, en la especulación. El aumento de escala de la especulación respecto de otras transacciones ha particularmente acusado en los mercados de divisas durante los últimos veinte años. Se ha estimado que en 1971, justos antes de que se produjese el colapso del sistema de tipo de cambio fijo de Bretton Woods, alrededor de 90 por ciento del total de transacciones en moneda extranjera estaban dirigidas al financiamiento del comercio y las inversiones de largo plazo, y sólo alrededor de 10 por ciento eran especulativas. En la actualidad esos porcentajes se han invertido, y bastante más de 90 por ciento del total

de transacciones son especulativas. Las corrientes especulativas diarias suelen exceder en nuestros días la totalidad de las reservas de divisas combinadas de los países del G7.

Este aumento explosivo de los flujos especulativos de corto plazo tuvo su origen en una mezcla poderosa: al atractivo de la ganancia se le sumó el afán de escapar al riesgo financiero.

En una importante medida, la especulación es un resultado inevitable del abandono de los tipos de cambio fijos. Cuando regía el sistema de Bretton Woods, la especulación no dejaba mucha ganancia, ya que las monedas sólo variaban dentro de márgenes muy estrechos, aparte de los ocasionales cambios de paridad. Por ejemplo, las principales monedas del Sistema Monetario Europeo, que quedaron asociadas entre sí en la década del 80 merced al llamado Mecanismo de Tipos de Cambio (Exchange Rate Mechanism, ERM), gozaron de mayor estabilidad reciproca en la época de Bretton Woods que la que tuvieron de ahí en más. Teniendo en cuenta la estabilidad del sistema de Bretton Woods, no valía la pena mantener grandes reservas de divisas para el intercambio con las que estamos familiarizados hoy, aunque las estructuras reguladoras contemporáneas no levantan barreras significativas al desplazamiento de las corrientes de capital de corto plazo.

Pero una vez que se derrumbó el sistema de Bretton Woods y la gran fluctuación de las monedas se volvió cosa corriente, proliferaron las oportunidades para obtener ganancias; las estructuras reguladoras destinadas a

Cuadro 2
Aumento de la productividad global: PBI por persona empleada

	A. 1961-1970	B. 1981-1990	B/A
Alemania occidental	4,3	1,9	0,45
Francia	5,0	2,0	0,40
Italia	6,2	1,9	0,31
Reino Unido	3,3	2,0	0,60
Estados Unidos	1,9	1,1	0,58
Japón	9,1	3,0	0,33

Fuente: European Economy, informes económicos anuales.

Cuadro 3
Aumento de la productividad en la industria manufacturera de los países del G7

	A. 1964-1973	B. 1983-1992	B/A
Alemania occidental	4,0	2,4	0,60
Francia	5,3	2,6	0,49
Italia	5,1	2,6	0,51
Reino Unido	4,2	3,6	0,85
Estados Unidos	3,1	2,8	0,90
Canadá	4,0	2,6	0,65
Japón	9,6	5,7	0,59

Fuente: OECD Main Economic Indicators.

controlar los flujos de capital fueron tildadas de "ineficaces" y "contrarias al interés nacional" y se fue creando la infraestructura adecuada para la especulación. Por último, en 1973 se abandonó dicho sistema y en enero de 1974 Estados Unidos anunció la eliminación de todos los controles al capital.

El estímulo para desregular los flujos internacionales de capital general por el abandono de los tipos de cambio fijos se vio reforzado en forma decisiva por la necesidad de resguardarse de los costos que imponían al sector privado los tipos de cambio fluctuantes. Bajo el sistema de Bretton Woods, el riesgo del manejo de las divisas recaía en el sector público; con el derrumbe de ese sistema, el riesgo se privatizó.

Esta privatización del riesgo impuso grandes tensiones a los sistemas bancarios nacionales e internacionales. La necesidad de absorber los riesgos cambiarios o de ponerse a cubierto de ellos exigió crear nuevos instrumentos financieros, los que a su vez requirieron suprimir muchas de las barreras reguladoras que limitaban las posibilidades de reducir el riesgo, y reestructurar las instituciones financieras.

Combinado con otras presiones, de orden interno, tendientes a la remoción de los controles financieros, el derrumbe de Bretton Woods fue un factor significativo que contribuyó a la desregulación de los sistemas financieros de todo el mundo. Se abolieron los controles cambiarios y se descartaron las limitaciones nacionales impuestas

Cuadro 4
Crecimiento del PBI real: el “retardo”

	A. 1964-1973	B. 1983-1992	B/A
Alemania occidental	4,5	2,9	0,64
Francia	5,3	2,2	0,42
Italia	5,0	2,4	0,48
Reino Unido	3,3	2,3	0,69
Estados Unidos	4,0	2,9	0,72
Canadá	5,6	2,8	0,50
Japón	9,6	4,0	0,42
Países desarrollados	5,6 ¹	3,7	0,66

Fuentes: OECD *Main Economic Indicators*; UNDO *Industry in the 1980s*; ONU, *World Economic Survey*, 1993.



tas a las instituciones financieras para acceder a todos los mercados; asimismo, se eliminaron los controles cuantitativos del aumento del crédito y la política monetaria pasó a ser dirigida predominantemente mediante la fijación de las tasas de interés en el corto plazo. Se creó un mercado mundial de instrumentos monetarios.

junto con la disponibilidad de crédito con fines especulativos, hace que se conviertan sumas enormes, en especial por lapsos breves. Con anterioridad a la corrida sobre la libra esterlina de setiembre de 1992, el gobierno británico se jactaba de disponer de 15.000 millones de dólares, negociados en marcos alemanes, con el fin de defender la paridad de la libra. Cuando estalló la tormenta especulativa, la venta de esterlinas de un solo participante prominente en el mercado de divisas fue equivalente a esa suma.

La magnitud abrumadora de tales flujos potenciales de capital implica que hoy como nunca los gobiernos deban mantenerse muy atentos a la necesidad de conservar la "credibilidad del mercado". En la década del 90, la credibilidad ha pasado a ser la piedra de toque de la política económica. Un gobierno creíble es aquel que emprende políticas "amistosas con respecto al mercado", vale decir, acordes con lo que los mercados entienden que es "sensato". Especialmente favorcidas resultan las medidas destinadas a cumplir con "prudentes" objetivos monetarios, como el de mantener una cierta paridad cambiaria o un determinado índice de aumento de la oferta monetaria. Los gobiernos que no persiguen estas políticas "sensatas" y "prudentes" se ven obligados a pagar una suma adicional en materia de intereses en el costo de financiamiento de sus proyectos. Una grave pérdida de credibilidad origina una crisis financiera.

La determinación de lo que resulta creíble, y la forma en que los gobiernos pierden credibilidad, son el resultado del modo cómo operan los mercados especulativos.

En su *Teoría general*, John Maynard Keynes comparó el funcionamiento del mercado especulativo con un concurso de belleza. No se refería, desde luego, a los concursos que se realizaban en la década del 30 para elegir a Miss Universo, sino más bien a los organizados por los suplementos

a los organizados por los suplementos dominicales de los periódicos sensacionalistas británicos, que a la sazón gozaban de popularidad. En ellos, se les pedía a los lectores que clasificaran

las fotografías de una cantidad de mujeres jóvenes en el orden en que, a su juicio, lo haría un "grupo de personas famosas". Para ganar, el participante debía expresar, no sus propias preferencias, sino las que él suponía que podrían manifestar los miembros de ese panel de celebridades. Del mismo modo, la clave para participar en los mercados no es lo que el inversor individual entiende que son las virtudes o defectos de una política en particular, sino lo que supone que pensaron todos los demás participantes.

Dado que los mercados operan movidos por la opinión promedio sobre cuál será la opinión promedio, se asigna enorme importancia a cualquier información o señal que ofrezca un indicio acerca de las variaciones en la opinión promedio y del modo en que esta reaccionará frente a los cambios acometidos. Estas señales deben ser simples y bien definidas. Una interpretación demasiado elaborada de los datos económicos no proporciona una guía clara. Por lo tanto, los mercados de capital y de divisas terminan siendo dominados por **axiomas simples** -v.g., que un mayor déficit fiscal genera mayores tasas de interés, que el aumento de la oferta monetaria causa mayor inflación, que el gasto público es malo y el gasto privado es

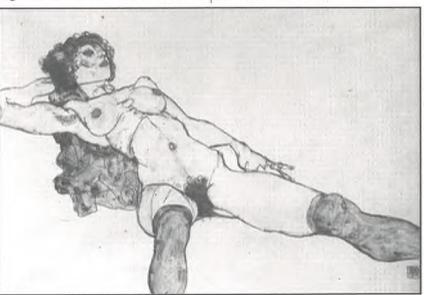
único es mío y el gasto privado es suyo», aun cuando estos axiomas sean constantemente refutados por los hechos. A estas reglas de juego harto simplistas se les añade la exigencia de que los gobiernos den a publicidad sus objetivos financieros, para demostrar que sus políticas se encuadran dentro de un marco financiero sólido. El propósito primordial de insistir en esta "transparencia" gubernamental y un compromiso en la fijación de metas financieras es ayudar a la opinión promedio para que advine cómo la opinión promedio espera que un gobierno responda ante las circunstancias económicas cambiantes y cómo reaccionaría la opinión promedio cuando el gobierno no cumpla con sus objetivos.

Las exigencias vinculadas con la credibilidad han impuesto en general estrategias macroeconómicas deflacionarias a los países del G7. En la década

el 60, el marco financiero internacional regulado permitía la aplicación de políticas de pleno empleo expansivas, que se difundían por contagio, tanto en el plano interno, donde alentaban la inversión privada, como en el plano internacional, donde favorecían el crecimiento del comercio mundial. En la década del 80, el marco financiero desregulado ha estimulado la adopción de medidas que otorgan mayor primacía a la estabilidad financiera que al empleo. Esto elevó las tasas de interés reales, lo cual a su turno redujo la inversión interna y retardó el crecimiento del comercio internacional.

La inestabilidad financiera tiene graves repercusiones en la capacidad de las empresas para invertir con confianza y hasta en su posibilidad de sobre vivir. La globalización de los mercados financieros ha significado que si en el pasado los desequilibrios internacionales se manifestaban en las variaciones del tipo de cambio, en la actualidad influyen en las tasas de interés de los mercados monetarios nacionales. La inestabilidad de las tasas de interés nacionales implica que no sólo las grandes compañías que operan en el plano internacional, sino también las pequeñas y medianas empresas que operan en el mercado interno, sufren las presiones nacionales e internacionales.

Estas nuevas presiones que gravitan en las pequeñas empresas tienen serias consecuencias para cualquier programa tendiente a la creación de



nuevos puestos de trabajo. Entre 1979 y 1992, el nivel de empleo de las 500 compañías seleccionadas por la revisión Fortune en Estados Unidos cayó de 116,2 millones a 12 millones. En contraste con ello, la Oficina de Estadísticas Laborales estima que del total neto de 18,5 millones de puestos de trabajo creados en la década del 80, 12 millones fueron creados por nuevas empresas, principalmente pequeñas. Las pequeñas y medianas empresas son los promotores de la creación de puestos de trabajo en los países del G7 y son precisamente ellas las más severamente afectadas por la inestabilidad financiera que se transmite a través de los mercados monetarios mundiales.

La inestabilidad tiene otro efecto negativo en las políticas públicas. Ella derrota seriamente los alcances de la cooperación en materia fiscal que los países del G7 tan desesperadamente necesitan para lanzar un ataque concertado contra el desempleo. Con tipos de cambio fluctuantes, la distribución de los beneficios de una estrategia concertada de esa índole son sumamente inciertos. Y si el "réido" es incierto, a un gobierno cualquiera le resulta difícil adherir a una estrategia de cooperación, en particular si con ella corre el peligro de perder credibilidad. □

¹ Fragmento del capítulo 1 de *Global Unemployment. Loss of Jobs in the 90s.* John Eatwell (Ed.) M.E.Sharpe, NY, Armonk, 1996. Tradujo Leandro Wolfson.

ENTREVISTA

Las coaliciones son el futuro de la política

Conversación con Gianfranco Pasquino

Franco Castiglioni, Edgardo Mocca, Jorge Tula

Pasquino estuvo en Argentina en el mes de setiembre, invitado por la Universidad de Buenos Aires en el marco de su 175° aniversario. Dictó una serie de conferencias sobre "La democracia exigente" y "La clase política y la antipolítica". Pasquino a su calidad de catedrático -es profesor de Ciencia Política en la Universidad de Bolonia, una de las del polemista activo como editorialista del diario *L'Unità* y del compromiso político directo, que lo llevó a ser por tres legislaturas senador de la izquierda independiente. Entre sus libros más recientes están *L'Opposizione e Mandato Popolare e Governo*. En español, recordamos su *Manual de Ciencia de la Política* y el *Diccionario de Política*, compidiendo junto a Norberto Bobbio y Niccolò Matteucci.

Durante su estada porteña sostuvo esta conversación con la redacción de *La Ciudad Futura*.

Teniendo en cuenta su experiencia política y su análisis acerca de las oposiciones en sistemas parlamentarios y presidenciales, ¿cómo cree que se construye una oposición con posibilidades de ser alternativa en un sistema político multipartidista como el argentino?

No hay una respuesta única. Hay distintas tareas que los grupos de oposición pueden y deben hacer. En primer lugar, encontrar espacios de colaboración, de discusión y de propuesta alternativa en el Congreso. Paralelamente, seleccionar candidatos comunes. La oposición debe demostrar su capacidad de concordar sobre algunos principios y puntos programáticos y luego elegir candidatos comunes.

Y, en segundo lugar, lograr movi-

lizar energías en el nivel de las administraciones locales, porque si el problema de la oposición argentina es que el presidente Menem tiene llegada a los sectores populares, las oposiciones deben poder demostrar a esos mismos sectores su capacidad para ofrecer derechos y también trabajo; eso implica arraigarlos en el territorio, en las administraciones provinciales y municipales. No se cuál es la presencia de la oposición argentina en el territorio. Pero este es un tema crucial para dirigirse sobre todo a los sectores populares, los cuales necesitan ver que sus dirigentes se preocupan por ellos.

De todos modos, ésta es una estrategia de largo alcance.

En el corto plazo, la tarea de la oposición es lograr ganar y no ser sólo testimonial. Por lo tanto lo principal es buscar los candidatos ganadores. El problema del gobierno vendrá después.

Però ¿cómo pueden las coaliciones elegir candidatos comunes en particular cuando -como sucede en muchos países, Italia incluida- conviven



partidos estructurados con nuevas formas políticas de baja implantación territorial? ¿Qué opinión le merecen las primarias?

Yo no creo mucho en las primarias para las coaliciones, porque allí gana el partido más estructurado. Además, el partido estructurado no necesariamente produce el mejor candidato. Creo que las coaliciones deben saber encontrar a los candidatos que sean los mejores y más competitivos. Es decir, que los dirigentes de los partidos que conforman las alianzas deben tener la madurez para generar un amplio debate público, sentarse luego a una mesa y resolver, distrito por distrito, cuáles son los candidatos ganadores y así convencer a los demás miembros de la coalición de que esos son los mejores candidatos sin necesidad de pasar por una primaria.

La experiencia demuestra que muchas veces los mejores candidatos no son funcionarios ni afiliados de los partidos, sino personalidades externas. Eso ocurre con gran frecuencia en las elecciones para alcaldes y no sólo en Italia. Además estoy convencido que los candidatos ganadores se crean. Por ejemplo, leyendo en las paredes de Buenos Aires que Duhalde es ya candidato para 1999 y estamos en 1996, me parece que, más allá de saber si es o no el mejor candidato peronista, creo que también la oposición debe preparar su candidato presidencial por lo menos dos años antes. Eso da el tiempo para eventualmente cambiar al líder en el caso de que no demuestre ser el mejor candidato. Si se ha resuelto su candidatura con suficiente antelación habrá tiempo también para cambiarlo.

Una primaria abierta, como se discute en Argentina, creo que puede ser sólo implementada para elegir el candidato presidencial, a gobernador o a intendente. Es decir para cargos úni-

cos. Y naturalmente debe ser con doble vuelta, para que el que es candidato lo sea luego de obtener la mayoría absoluta, con lo cual resulta altamente legitimado. Además, la primaria abierta así pensada puede generar interés público, movilizar energías y adhesiones de personalidades no afiliadas. En cuanto a los legisladores, es mejor que se haga por una discusión en la coalición a nivel local, involucrando a los partidos, asociaciones vecinales, profesionales y de intereses cercanas a la coalición de oposición.

En Argentina hay fuerzas políticas de oposición emergentes, nuevas. Se han constituido en un momento en el que en todo el mundo hay crisis en torno a la forma partida tradicional. ¿Qué estructura deberían darse para enfrentar la complejidad política moderna?

Es difícil construir partidos nuevos, puesto que los que ya están tienen, por lo general, origen en alguna fractura social verdadera. El peronismo, por ejemplo, la tuvo, pero hoy logra cortar transversalmente a toda la sociedad y abarcar más sectores y no sólo grupos sociológicamente homogéneos.

Para construir una organización alternativa no hay pensar en partidos centralizados. Es más, creo que el futuro de la política son las coaliciones, habrá siempre nuevos grupos portadores de exigencias distintas que llegarán a electorados distintos. Así, de vez en vez, de ciudad a ciudad, de zona a zona habrá instrumentos para alcanzar a personas y electores distintos.

Desde luego, donde ya hay organizaciones partidarias hay que aprovecharlas y apoyarse en ellas. Pero donde no las hay se debe entender qué tipo de situación existe en esa zona y promover, por ejemplo, clubes que organicen debates o actividades de enseñanza, asociaciones de encuentro para las mujeres, para la formación profesional, de derechos civiles, de defensa de consumidores y hasta simples comités de apoyo a los candidatos a cargos únicos. Los partidos de la coalición pueden constituirse en anillos de conjunción entre estos clubes y asociaciones,

darles publicidad y voz en las instancias parlamentarias. Creo que hay que tener imaginación para mostrar que se pueden encontrar espacios distintos a la estructura de un partido cuando ésta no existe.

¿Cuál es la situación de los partidos en Europa?

Algunos partidos están en crisis, sobre todo, algunas modalidades de su funcionamiento. Pero el partido como estructura de representación de intereses goberna toda Europa occidental. Hasta en Europa oriental se formaron nuevas organizaciones y otras brotaron de las viejas estructuras.

Lo que sí está en crisis es la forma de hacer política dentro de los partidos. En los locales partidarios ya no va la gente a "encontrarse". No es un espacio ni siquiera para los afiliados. Las asambleas rituales ya no le interesan a nadie. Y mucho menos a los jóvenes. Actualmente, los afiliados interesados en la política obtienen la información leyendo la prensa. Por lo tanto lo que hay que discutir no es tanto la forma partido en Europa sino la forma de hacer política: los partidos deben buscar formas más atractivas, deben constituir espacios donde se decide en serio, donde se hacen cosas, donde se eligen los candidatos, donde se focalizan los problemas, donde se producen cosas visibles. Y hacerlo con fantasía. Creo que en ese sentido los socialdemócratas alemanes tienen una

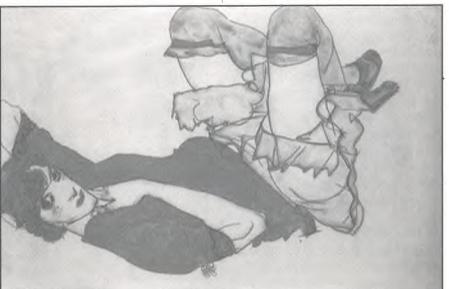
intensa vida de partido.

Como estudioso de las instituciones, ¿piensa que ante la complejización del sistema político de los países latinoamericanos, donde, como se dijo, aparecen nuevos partidos, no sería tal vez conveniente abrir un debate en torno al sistema de gobierno, introduciendo aspectos más actualmente parlamentarios?

Como yo veo, el presidencialismo tiene un serio defecto: que el presidente no tenga mayoría parlamentaria. Para algunos esto no es un defecto, porque de esta manera no puede excederse ni abusar. Sin embargo, la experiencia latinoamericana demuestra que el presidente abusa de forma extralegal, por decretos. El presidencialismo aparezca como excesivo cuando el presidente tiene mayoría e inadecuado cuando no la tiene, porque puede llevar a bloques e inestabilidad.

Creo, igualmente, que es equivocado hacer, como hacen algunos políticos, entre ellos Juan Linz, la apología del parlamentarismo. El parlamentarismo puede ser pésimo, como lo fue durante la IV República francesa y en Italia. No es casual que en ningún país de Europa oriental se crearan sistemas parlamentarios a la italiana. Todos introdujeron correctivos para dar mayor fuerza al gobierno, con sistemas semi-presidenciales.

Yo sugiero, para los sistemas parlamentarios, un punto de equilibrio:



que el primer ministro sea directamente elegido por los ciudadanos, porque de esa manera se bipolariza. Habrá dos alianzas que se enfrentan. Al primer ministro, cuando gana, se le debe garantizar, a través de mecanismos electorales, la mayoría parlamentaria. Mientras tanto, el presidente continúa siendo elegido por el Parlamento pero con una mayoría más amplia, haciendo de éste el garante de la constitucionalidad, una suerte de control sobre el primer ministro. A diferencia, entonces, del presidentialismo, el primer ministro, que surge el también de una elección directa, encuentra sin embargo un presidente por sobre las partes que garantiza que no haya demasiadas divisiones y conflictos.

De todas formas para el presidentialismo tal como existe en América Latina lo mejor tal vez sea buscar la manera de atenuarlo reforzando la independencia de la Justicia, para evitar los abusos extraconstitucionales, y generando a través de la opinión pública presión sobre el Congreso, para que no se admita el abuso del veto o de los decretos. Pero el respeto del Estado de derecho es una cuestión de cultura, de oposición, de sociedad, que no puede imponerse de la noche a la mañana.

Una alternativa sería pensar en fórmulas semipresidenciales a la francesa, como de hecho existen en Polonia, Finlandia, Portugal, lo cual implica que un primer ministro obtenga mayoría parlamentaria. Pero depende de las circunstancias y de las características del sistema de partidos. En Argentina, donde no hay un sistema muy fragmentado, el semipresidencialismo puede ser útil para incentivar coaliciones y facilitar la gobernabilidad.

Las sociedades contemporáneas tienden a dar más fuerza a las personas, por lo tanto si la personalización es inevitable, mayor debe ser la visibilidad en los mecanismos de selección para los ciudadanos y mayor el control de parte del Congreso y de la Justicia.

Pasemos a la experiencia italiana. ¿Qué ha representado el triunfo de la coalición de centroizquierda, el Olivo?

Circula una idea que dice que los partidos son todos iguales. Está claro que entre los conservadores británicos y los laboristas hay un abismo. Y no es verdad tampoco que las políticas, aunque se parezcan, sean iguales. Para los ciudadanos cuenta el estilo de hacer política. Puede haber ajuste pero moderado, con solidaridad, con criterios de igualdad. La derecha es dura, tiene un instinto penalizador, de castigo.

Entre Berlusconi y Prodi hay diferencias esenciales.

Hay respuestas económicas que el gobierno del Olivo debió dar: bajar la inflación, reducir la deuda pública. El Estado debe lograr emparejar sus cuentas. Pero para hacerlo el Olivo puede seguir el camino de reducir las tasas de interés y golpear a los rentistas. La receta de los conservadores, en cambio, es aumentar los impuestos a los sectores bajos.

Creo que, a pesar de que no haya un pensamiento socialista fuerte, la izquierda existe. Como dice Bobbio, izquierda es aquella idea que busca la igualdad. A mi entender, la izquierda no debería buscar la igualdad sino las **igualdades**, es decir, que tiene que haber igualdad de oportunidades en la escuela, igualdad de retribución para el mismo tipo de trabajo, etcétera. La izquierda debe poder mostrar que vale la pena conseguir tales igualdades.

La derecha por tradición es jerár-

quica. Aceptando el mercado acepta inevitablemente todas sus desigualdades de modo acrítico. Y muchas veces desde la política favorece a algunos sectores más que a otros.

Ante la crisis del Estado de bienestar. ¿Qué tipo de correcciones debe imaginar una fuerza de izquierda que busca, como dice, las igualdades?

Ojalá pudiera responder fácilmente. Pero hay distintos tipos de Estado de bienestar. Hay algunos Estados clientelares. Comé en Italia, donde sería igualitario eliminar las pensiones de invalidez puesto que eran todas falsas, dirigidas a alimentar el clientelismo. Pero hubo también estados de bienestar universales, como los escandinavos. Son sociedades que hoy tienen menor necesidad de protección y por lo tanto pueden permitirse aligerar al Estado.

Y también hubo Estados de bienestar muy bien administrados, como el alemán, pero hoy insostenibles porque son muy costosos. Por lo tanto, no hay una receta única para remodelar el Estado de bienestar. Pero en algunos países europeos se puede pensar en principios de colaboración entre el Estado y estructuras privadas o semipúblicas, como las asociaciones voluntarias. El Estado puede sostener estas asociaciones. Hay muchas energías disponibles en el voluntariado, sólo que necesitan coordinación. Por ejemplo, los ancianos pueden ser ayudados en sus domicilios y no en asilos. Algunas intenciones italianas ya lo hacen y con éxito.

Se trata, entonces, de pensar un Estado flexible en relación con las estructuras de servicios, capaz de entrar en nuevos territorios rápidamente y con la misma rapidez salir de los antiguos. La justicia social estará ligada entonces a la flexibilidad, a la rapidez y la eficiencia. Se necesita, para ello, una sociedad exigente, así como administradores y políticos con gran capacidad. Aunque parezcan pequeñas reformas requieren eficiencia e imaginación.

Para un Estado justo es también aquel que persigue intensamente el

trabajo para todos sus ciudadanos. Claro que ya no habrá, con las nuevas formas organizativas, empleo vitalicio. Nuestros hijos cambiarán de trabajo muchas veces. Y esos cambios deben ser aterradoros para un salario mínimo para todos cuando no trabajan y por mayor formación profesional. No representará un mal cambiar de trabajo cinco o seis veces en la vida, siempre que haya una red de seguridad y de formación por parte del Estado.

Un tema que preocupa mucho en nuestros países y que ha afectado fuertemente a Italia es el de la corrupción. ¿Cuál es para Ud. la vinculación de la corrupción con la presencia estatal en la economía y con los procesos de privatización?

En Italia todavía la corrupción mayor reside en las empresas públicas y en las licitaciones a nivel local. Donde no hay normas claras y precisas y cuando los políticos deciden demasiadas cosas, la corrupción encuentra espacio para producirse. Pero el tema es, con qué rapidez la corrupción puede ser identificada. Si el político sabe que puede no ser identificada entonces no habrá límites a la corrupción.

Però la corrupción se puede producir durante el proceso de privatizaciones. Aunque no al final de ellos, porque los privados deberían tener el máximo interés en que los otros empresarios no soboren, dado que el corruptor obtendrá más que el resto. Les es conveniente que la corrupción sea controlada. Lo que pasaba en Italia es que los empresarios no tenían ninguna confianza en los jueces, porque temían que denunciando la corrupción no iban a poder participar más en una licitación.

Però lo más grave de la corrupción, como sucedía en Italia, se verifica cuando el político roba para el partido, lo que provoca una distorsión del sistema democrático. Efectivamente, el dirigente corrupto, a cambio de la financiación ilegal que ofrece al partido obtiene cargos públicos, postulaciones, etcétera. De tal forma este político corrupto hace carrera en su partido y desplaza a otros. Corre con ventaja en la lucha interna.

¿Esto implica incapacidad de los partidos en la selección de sus candidatos? ¿Por qué se dio el fenómeno de la corrupción en la izquierda europea, teóricamente dotada de valores para impedir su degradación moral?

Hay que decir que los partidos de derecha tienen por lo general muchos recursos sin necesidad de corrupción, como los conservadores ingleses. Lo cual no está bien pero no es grave, puesto que los sindicatos apoyaban a los laboristas.

La diferencia esencial está en la estructura del partido: si ésta es o no sensible a la corrupción. Por ejemplo, en el Partido Comunista Italiano, a diferencia del Socialista, había un importante control social. Había en el PCI un modelo de moralidad colectiva que no existía en el PSI. En este último, el que lograba procurarse dinero era bien visto y si era tan capaz se suponía que lo sería también haciendo política.

Los socialistas buscaban adquirir rápidamente recursos porque competían con los demócratas cristianos, los cuales desde hacía tiempo estaban en un nivel medio de corrupción. Otros partidos socialistas cuando llegaron al poder, como los españoles y los franceses, buscaron dinero para mantenerse en el poder.

Però eso no sucedió en los grandes partidos socialdemócratas del norte europeo, porque allí los afiliados observan y valoran cómo los dirigentes y los parlamentarios viven su vida, hay

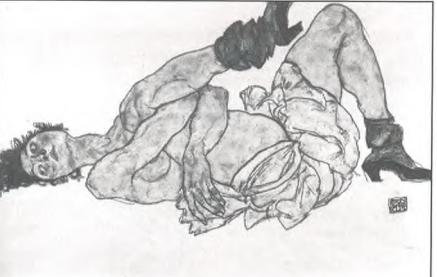
control social, partidario sobre la corrupción. El Partido Socialdemócrata Alemán no puede ser conquistado por algunos candidatos, porque hay una estructura que decide y observa cómo uno se comporta. En el Partido Comunista Italiano los militantes hacían la campaña electoral de sus dirigentes y éstos no debían, por lo tanto, procurarse dinero, como en el Partido Socialista.

Ese control social, convengamos, está basado en grandes principios morales.

¿Cuál es el peligro de que el rechazo a los políticos corruptos, a las instituciones que no funcionan y a partidos que se alejan de los ciudadanos pueda estimular actitudes antipolíticas que abren el campo a soluciones neautoritarias?

Es sin duda una posibilidad. Pero primero distinguimos. La antipolítica tiene dos caras: una sistemática y otra individual. La cara individual es la abstención, la crítica a la política. Quien abandona la actividad política sabe que el mundo de lo privado no lo hará nunca del todo feliz. Cuando está en política no está del todo convencido, pero estando afuera siente nostalgia por ella. Es una situación ambigua. Esto desarrolla muchas veces posiciones antipolíticas, pero, paradójicamente, también pueden ser positivas, porque tienen una carga crítica capaz de promover cambios.

La antipolítica sistemática, en cam-



bio, se expresa en la tecnocracia. Es la idea de que los técnicos no sólo saben más sino que también evitan los conflictos que generan los políticos. Ellos serían quienes saben cuáles son las decisiones buenas a favor del sistema, mientras los políticos buscarían sólo satisfacer sus intereses personales.

Es una posición ingenua porque obviamente los técnicos tienen preferencias políticas. Y es equivocada porque no hay solamente una decisión justa; a menudo hay muchas decisiones aproximativamente correctas que para funcionar requieren estar acompañadas por un consenso previo a la decisión o por una aceptación posterior. Los técnicos son rígidos en la producción de decisiones, no tienen capacidad de convencer a los ciudadanos y no tienen consenso electoral, son irresponsables.

Esta antipolítica es peligrosa porque crea la ilusión de la decisión justa, mientras no la hay. Las decisiones son aproximativas; hay algunas mejores que otras. Es una idea basada en la concepción del bien común que según los técnicos existe. El bien común, en cambio, es producto del consenso, del diálogo, algo que se construye vez por vez, que nunca se logra acabadamente, sino que se persigue por aproximaciones sucesivas. Creo que la corrupción y el anquilosamiento de los partidos pueden fomentar el elitismo implícito en las actitudes antipolíticas, cuya manifestación se ha visto en Italia y en otros países europeos y latinoamericanos.

Para concluir, ¿cómo viví el haber sido un político práctico, parlamentario, y al mismo tiempo un teórico de la política?

Creo que aprendí mucho como politólogo de mi actividad política. Creo que pude ser un mejor politólogo porque hice política. Hay un libro que tal vez nunca tendría que haber sido escrito, un texto de Di Palma: *Sobrevivir sin gobernar*. Está totalmente equivocado. El Parlamento italiano no funciona como él cree. Pero sólo estando dentro se puede entender cómo funciona, cómo funcionan los lobbies. Aprendí también que la política es una

actividad delicada, que requiere paciencia, tiempo y sacrificios. Aprendí que muchos políticos son esclavos de los mecanismos y que a veces hay inercia de esos mecanismos, que todos saben que una decisión será equivocada pero que no logran frenar las mecanismos que las hacen andar. No es maldad, sino incapacidad de bloquear.

Como político, como parlamentario, creo que he hecho bastante en el tema de la reforma electoral en Italia. Pienso que contribuyó a cambiar la cultura institucional del Partido Comunista, en buena medida, conservadora. Estoy satisfecho, pero la política tampoco me produjo frustraciones.

¿Cuáles?

Entendímoslo: el poder es atractivo. Pero creo que no podría haber pagado el precio privado del poder. Destruye la vida privada. Pero más en general creo que las frustraciones las he vivido cuando me daba cuenta de que no podía entender quién tomaba las decisiones ni el lugar donde se pergeñaban. Muchas veces no era en el bloque parlamentario al que pertenecía.

¿Dónde se tomó entonces la decisión? Decisiones importantes son pro-

ducto de una serie de fuerzas que intervienen y desplazan el punto de equilibrio de tal decisión. Me frustraba saber que esa decisión era equivocada, pero no entendía en qué momento podía intervenir para modificarla, hasta pensar que nada era posible. Todos terminábamos votando decisiones equivocadas y a nadie le quedaba claro lo que se estaba haciendo. A veces algunas personas toman decisiones justas y hechos casuales producen decisiones equivocadas en el camino.

Un problema frustrante también es cuando uno pelea por medidas que no obtienen consenso dentro del propio partido. Yo he dado opiniones acerca del Parlamento y de su vida institucional; expresé mi opinión personal y lo hice en disidencia con el partido. Como politólogo sostengo que lo óptimo es buscar la disciplina partidaria, pero como intelectual comprometido en la actividad política, al mismo tiempo, he tenido dudas acerca de los planteos del partido y del bloque parlamentario al que pertenece.

Cuando tuve posiciones personalistas tajantes, como en casos de reforma del Parlamento, voté a conciencia y no por disciplina. □



LIBROS

Libros e ideas del ahora

Perú en busca del sujeto perdido

La violencia de las horas. Un estudio psicoanalítico sobre la violencia en Perú, César Rodríguez Rabanal. Nueva Sociedad, Caracas, 1995. (Librería Prometeo).

Hay un bullir creciente en distintos campos del conocimiento científico de la sociedad, cercano a lo que Thomas Khun resumiría como un momento de crisis de paradigmas. Yo he dado opiniones acerca del Parlamento y de su vida institucional; expresé mi opinión personal y lo hice en disidencia con el partido. Como politólogo sostengo que lo óptimo es buscar la disciplina partidaria, pero como intelectual comprometido en la actividad política, al mismo tiempo, he tenido dudas acerca de los planteos del partido y del bloque parlamentario al que pertenece.

asentadas en el latifundio, la Iglesia católica y el ejército. No las catégorias que aluden a las estructuras económicas de explotación y la superestructura política del autoritarismo oligárquico ni el foco puesto sobre los actores centrales de un sistema en proceso de radical descomposición en los últimos diez años. Lo que se encuentra aquí es un original abordaje desde la teoría psicoanalítica de la relación entre la violencia y la pauperización, y de ambas con las formas que tomó el orden político del Perú en el imaginario colectivo reciente.

En la línea de su anterior obra, *Cicatrices de la pobreza* (1989), Rodríguez Rabanal explica que la investigación

ción psicoanalítica pude de evidenciar los entrelazamientos entre la violencia política, externa, y la realidad intrapsíquica, mostrando a través de ello la significativa forma en que aquella impregna a ésta, perpetuándose inconscientemente. Las redes de relación interpersonales, las vivencias traumáticas de pobladores de asentamientos pobres, la experiencia de los trabajadores de ONG en las "zonas grises", donde han desaparecido la legalidad estatal y el lazo social, los sueños y las ansias de los afectados; todo este caudal afluente pasa a un primer plano como recurso analítico e interpretativo de las pulsiones agresivas y destructivas de una sociedad y sus expresiones políticas.

El providencialismo de un líder salvador, con características propias de las idolatrías ancestrales viene a compensar, como figura transferencial, la pérdida de referencias estructurantes en las instituciones estatales. De igual modo que Sendero Luminoso aparece como una instancia ejecutora de los "deseos talíofícos" individuales. Una y otra variante polar, llámense anarquía y tiranía, mesianismo terrorista y autocaricia plebiscitaria son emergentes de una misma trama psicosocial caracterizada por una ten-

sión entre el par pulsivo-nalibido-agresión como fuente de estímulos somáticos que fluyen de manera ininterrompida.

"Lo que se escenifica es el pensamiento y la acción casi religiosa de los residuos de un sistema social totémico interesado en la dramatización de la necesidad real y no en su superación", señala el estudio al constatar que las acciones y omisiones del gobierno actual obstruyen los intentos de "autocuración" esti- mulando las tendencias de disolución de las organizaciones autogestoras. Los descuidos y abandonos por el Estado se concentran exclusivamente en la autoafirmación de la so- brevivencia mientras la ausencia de canales de encauzamiento reproduce, en este contexto, la falta de contención de los deseos omnipotentes de una élite dirigente y actualizan, en el grueso de la población, sentimientos infantiles de exclusión con sus

n PROMETEO

LIBROS

Corrientes 1916
(1045) Buenos Aires
Tel./Fax 953-1165

EDICIONES INTERNACIONALES

Director: Alfredo Bravo

Todos los meses, información y análisis sobre el país y el mundo desde una perspectiva de izquierda democrática.

Suscripción anual (12 números) \$ 36.-
Casilla de Correo 188, Sucursal 1, Capital Federal.
Tel.: 954-1113 int. 3337

NOMBRES REVISTA DE FILOSOFÍA

Publicación del área de Filosofía
del Centro de Investigaciones
de la Facultad
de Filosofía y Humanidades

Universidad Nacional de Córdoba

concomitantes impulsos de venganza.

El trabajo de campo se desarrolla con grupos terapéuticos de niños y adultos, habitantes de una población situada en el noreste de Lima. Sesiones de dinámica grupal con dirigentes del asentamiento y miembros de una ONG y una entrevista con un miembro de Sendero Luminoso transcripción del equipo de investigadores con la misma originalidad de abordaje psicoanalítico completan el diagnóstico: "las actitudes defensivas -negación del pasado, la idealización compensatoria del presente y del futuro, la ausencia de un mínimo nivel de conciencia de conflicto, la sobrevalorización de la propia persona como extensión de la imagen de Sendero Luminoso, así como convicciones fanáticas- le confieren a Juan y a personas estructuralmente similares un aparente poder, una supuesta invulnerabilidad".

La presentación del material clínico y su interpretación final permite, finalmente, subrayar la idea de que los cambios sociales sólo

resultan factibles cuando son acompañados por un fortalecido nivel de conciencia de los afectados. Las transformaciones intrapsíquicas construtivas son un prerequisito para el desarrollo de la solidaridad y la convivencia pacífica, concluye sosteniendo este psicoanalista convertido en sociólogo y lanzado, casi sin mediaciones, a la tarea de demostrarlo en la recuperación de la política democrática en su país.

Ocurre que, barridas las cascadas de la representación política tradicional en el Perú, la multiplicidad y multisectorial nucleada en el Foro Democrático emergió como principal polo opositor de fondo al régimen político fundado por Fujimori a partir de su segundo mandato. Le tocó a César Rodríguez Rabanal, con un perfil tal vez comparable al de Graciela Fernández Meijide, quedar a la cabeza de este nacimiento que promponía ahora, como principal meta, impedir que el presidente peruano vea allanado el camino

para aspirar a un tercer mandato en el año 2000. Pero esto es parte de

Fabián Bosco

Max Weber y el liberalismo que todavía no pudo ser

Max Weber actual. Liberalismo ético y democracia, Julio Pinto, Colección Temas de Eudeba, Buenos Aires, 1996.

E xponer la actualidad de Max Weber (1864-1920), no sólo como padre fundador de la sociología y adelantado de la ciencia política moderna sino también en el campo de sus postulaciones críticas y su perfil de intelectual sumergido con clarividencia en el siglo XX y sus propios compromisos políticos en la Alemania que se preparaba para el Weimar y su derrocamiento, es una apuesta ya casi oficial. Julio Pinto la encara con solvencia y oportunidad en este trabajo, que dosifica los aspectos fundamentales de la teoría sociológica weberiana poco conocidos de la vida personal y pública del genial autor de *Economía y Socie-*

tro

Weber clásico, el kantiano y aséptico disecionador de las formas de dominación, el Weber explicado y desplegado por Talcott Parsons. Es, además y sobre todo, el Weber que reconoce en Nietzsche y Marx a quienes más influyeron en su pensamiento sobre el "desencantamiento del mundo", el individualismo metodológico, la voluntad de poder y la alienación humana.

El Weber que se re-

conoce hoy en figuras como Dahrendorf o Habermas colocando a las grandes tradiciones teóricas de las ciencias sociales en interacción con

sus revisiones críticas del pensamiento occidental y del conflicto social moderno, como paso necesario de cualquier "autoreflexión emancipatoria".

Tanto para quienes

es familiar la presencia de Weber en las ciencias sociales y en la cultura contemporánea como para quienes

quieren una primera aproximación al tema, para legos como para entendidos, el libro de Pinto brinda la posibilidad de revisitar las distintas in-

terpretaciones y escuelas que se nutrieron en su obra. Citas extrañas con buen tino y comentarios breves ilustran con lenguaje coloquial el clima de época que envolvió al personaje.

El trabajo consta de tres capítulos. El primero describe la Alemania bismarkiana en la que crece Weber, las difíciles circunstancias que atraviesa en su vida familiar y la incidencia decisiva que esto tendrá en su trayectoria académica y en su obra política.

El

segundo capítulo analiza la ambivalente relación que tuvo Weber con la política partidaria y rescata su amistad y sus discusiones con Friedrich Naumann, los intentos por impulsar un liberalismo nacionalista de base ciudadana, sus reflexiones sobre la burocratización irresistible de las instituciones estatales y su defensa de un parlamentarismo que, acompañado de un liderazgo político fuerte, neutralice las tendencias destructoras de la legitimidad democrática".

Sí

de lo que se trata es de recomponer nuestras sociedades sin determinar el impulso de la modernización y sin renunciar a los ideales iluministas de la modernidad, se rescata aquí, en el pensamiento de Max Weber, a un liberalismo político, económico y ético para el cual la competencia de una economía se evidencia

rriendo los distintos itinerarios que tuvo su influencia en su obra. Citas extrañas con buen tino y comentarios breves ilustran con lenguaje coloquial el clima de época que envolvió al personaje.

El trabajo consta de tres capítulos. El primero describe la Alemania bismarkiana en la que crece Weber, las difíciles circunstancias que atraviesa en su vida familiar y la incidencia decisiva que esto tendrá en su trayectoria académica y en su obra política.

El Weber que nos presenta Pinto termina encarnando así, el mismo, un tipo ideal, el del

Fabián Bosco



NUMERO 65

Del gobierno a la oposición, José Antonio Gómez Yáñez

El terrorista, alienación del héroe romántico, Francisco Javier Ugarte Pérez; Urbanización, designidad y desarrollo, Mario Pérez Antolín

Perfiles jurídicos de la transición chilena, Pedro Bermúdez Marín

La honestidad en política, Niklas Luhmann

La libertad como artificio, José Antonio Marina

El vigor de la ceguera, Manuel Corrao

El feminismo y la transición democrática, Inés Alberdi

LIBROS

El poder y la racionalidad sistémica, Niklas Luhmann,

(Asunción Herrera Guevara)

La sociedad del malestar, Victoria Camps. (Santiago Sánchez Torrado)

Ante una prueba democrática para los ejércitos, Martina Fischer,

(Jorge Aspízua Turrión)

Inmersos en un mundo científico-tecnológico, María I. González García,

José A. López Cerezo y José L. Luis López, (José Manuel de Cárdenas)

Religión y política en Oriente Medio, Fred Halliday, (Carlos de la Serna)

Suscripción 4 números: 2.400 pts.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:

Monte Esquinzo, 30, 2º dcha. Tel.: 310 46 96 Fax: 319 45 85 28010 Madrid

LA CIUDAD FUTURA
incluye los sumarios de sus ediciones en la base de datos Latbook (libros y revistas)

Disponible en INTERNET
en la siguiente dirección:
<http://www.latbook.com>

Espacios de crítica y producción

PUBLICACION DE LA
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS - UBA

Comité de Redacción:
Jorge Dotti, José Saizbon,
Gladys Palau y Pablo Gentili
Secretario de Redacción:
Carlos Dámaso Martínez

PUNTO DE VISTA

Nº 56 - DICIEMBRE DE 1996

Variaciones sobre la memoria social: Vezzetti /
Álbum de familia: Arfuch / Los dos cuerpos del padre:
Kracauer / Adiós (al cine) a la voluntad de forma: Filippelli /
En torno a Pierre Boulez. Entrevista a Jean-Jacques Nattiez:
Monjeau / La duda y el pentimento: Sarlo / Viajeros
ingleses, criollismo popular, literatura nacional: Gramuglio /
La censura: Francia 1789, Alemania 1989: Darton



REFLEXIONES

Cazadores de utopías y la violencia en los 70

Con motivo del 20º aniversario del golpe que llevó al poder a la dictadura más siniestra que tuvo Argentina en su historia, 1996 ha sido testigo de una suerte de recreación del debate sobre los acontecimientos de los 70.

Sebastián Etchemendy

En marzo de este año tuvo lugar una multitudinaria manifestación en repudio a la dictadura. Se estrenaron documentales como *Mala Junta*, confeccionado por el periodista Eduardo Aliverti, donde se describe la devastación moral, cultural, económica (además de la física) que llevó a cabo el "Proceso" sobre la sociedad argentina. Creo, sin embargo, que a gran parte de los sectores progresistas argentinos les cuesta todavía hoy plantear el problema de la violencia en los 70. Esta cuestión incluye, para decirlo sin tapujos, la violencia "propia", la ejercida por la propia izquierda. En este sentido, hay que recordar que el golpe del 76 se diferencia de, por ejemplo, la caída de la democracia chilena en setiembre de 1973. La toma de La Moneda significó el quiebre de una larga tradición democrática que por supuesto incluía a la izquierda, mientras que en la Argentina, el golpe del 76 es un elemento más de una historia de alternancias cívico-militares y pretorianismo. Los militares y las bandas parapoliciales no eran los únicos grupos no democráticos en la Argentina de 1976. El debate, en el interior de los sectores progresistas, sobre la violencia de izquierda en los 70 (en sus diferentes variantes, peronista, trotskista, guevarista, etcétera) ha sido por lo menos escueto, con pocas excepciones. Com-

prensiblemente, la naturaleza y metodología del régimen militar, la instauración del terrorismo de Estado, tendió a inhibir las reflexiones acerca de la etapa pre-76. Cualquier tipo de autocritica o revisión de la actuación de la izquierda armada y política implicaba la posibilidad de "igualar" los bandos en pugna y enfrentar a la sombra de la "teoría de los dos demonios".

La película *Cazadores de utopías*, estrenada este año, invita a repensar el tema de la "violencia propia" a partir de la lectura que hoy hace de esa experiencia un grupo de militantes de lo que podría llamarse "izquierda peronista". Es cierto, como dice Carlos Altamirano,¹ que el film de Blaustein no está hecho para que sea un instrumento de reflexión, que es una película de duelo hecho por ex Montoneros para ex Montoneros. La película empieza con una advertencia que es toda una declaración de principios: "La recuperación de nuestra memoria no puede ser desapasionada ni imparcial". Y aquí comienzan, en mi opinión, los problemas. porque también es cierto que la película se plantea como una crónica, un relato histórico de un movimiento político y del país que lo incuba. *Cazadores de utopías* no se para frente al espectador simplemente como la interpretación de los 70 por parte de algunos de sus protagonistas. Se presenta con formato casi documental, aportando por momentos material valioso, poniendo fechas y rescatando hechos, relatando la historia del país. Y sucede que la historia es una, probablemente indiscernible, en última instancia, en forma "pura" y quizás sujetá siempre a interpretaciones diversas. No obstante, el formato elegido supone inexorablemente, aunque no se lo diga, una tacitamente, una patina de pretensión de objetividad que trasciende el mero hecho de la experiencia personal, un mensaje de que así fue la historia argentina. Lo

que se contradice, aun con la advertencia al principio, con la explícita intención de contar "nuestra experiencia"

Se podrían decir varias cosas acerca de la forma en que la película cuenta la historia. Que, por ejemplo, se muestran los cadáveres propios y muy poco se dice acerca de los provocados en el bando ajeno. Que por supuesto fueron muchos más que los renombrados Aramburu, Mor Roig, Villar, etcétera, que incluyeron decenas de dirigentes sindicales, matones de la derecha, empresarios y, por supuesto, militares. Una excepción es el asesinato de Rucci, que surge en el relato más como símbolo del momento político de la relación con Perón y se lo critica en función de eso, como desacerto "político". Se siguen usando los eufemismos de la época, las propias son acciones políticas, o a lo sumo actividades "político-militares"; los enemigos matan y asesinan. Pero estas cuestiones esconden una de índole más profunda que afecta a la película y de la que en realidad me quiero ocupar. Que tiene que ver, insistir, con la forma de contar la "crónica", con una suerte de "filosofía de la historia" que subyace al filme.

El relato confunde todo el tiempo, sin un mínimo encuadre al espectador, la historia de los Montoneros con la del peronismo.

La historia se cuenta más o menos así. Desde 1955 el país tiene dos "bandos" fundamentales, el pueblo (el peronismo) y la oligarquía y los grupos a ella ligados. La rebelión pos-55, la Resistencia, los primeros grupos armados y el retorno de Perón, el apogeo de los Montoneros, la reacción contra el Rodríguez, el gobierno de Isabel, el golpe del 76 y, más sorprendente, las huelgas contra la dictadura en 1979 y 1981 muestran a dos bandos definidos: la reacción y el sector popular. Este último, por supuesto, aunque la película no lo diga explícitamente, hegemonizado por Montoneros. To-

dos sabemos que la verdadera historia es bastante más compleja, que varias élites políticas y grupos sociales se van cruzando y disputan alternativamente y que un análisis histórico con un mínimo de rigor imposibilita siquiera la distinción de esos bandos.

Por ejemplo, ni rastro de que Envir El Kadri, quien cuenta los primeros pasos de la guerrilla peronista en pos del retorno del líder, tendrá importantes diferencias con los Montoneros al punto de que su sector de las FAP no se integrará con la organización cuando ésta era ya un proyecto de poder con serias diferencias con Perón. Pero quiero detenerme especialmente en cómo la película intenta lidar con el sindicalismo ortodoxo. Es sabido que el sindicalismo que después se conocería como "ortodoxo" fue protagonista fundamental, aunque no único, de la Resistencia. Aparato sindical que, como describe D.James,² alterna "resistencia" con "integración" y el disfrute de algunas prerrogativas que otorgan los diversos regímenes. La misma burocracia sindical que también tuvo su parte en la presión por el regreso del líder (aunque, es cierto, en algunos casos de forma mucho más ambigua), que después termina a los tiros con la izquierda peronista y que por ende en el film se traslada al lado del "antipueblo".

Sorprende aún más cuando un militante de la JTP (rama sindical de los Montoneros) cuenta cómo los obreros realizaron en 1975 la movilización más importante, con huelga incluida, contra el Rodríguez y el gobierno de Isabel. No obstante, sucede que el actor fundamental de esa movilización es claro que no son los Montoneros ni la izquierda peronista (como uno tiende a pensar al ver el filme) y, si hay uno principal, son sus odiados enemigos de la CGT ortodoxa que en ese momento se distancian de Isabel y hacen el famoso primer paro a un gobierno peronista.³

El tema de la JTP en el filme por sí mismo merece un párrafo aparte. En el relato aparecen casi tantos militantes de la JTP como militantes directamente Montoneros, es decir no JUP, UES,

etcétera. Cualquier espectador poco avisado podría perfectamente suponer que la Tendencia tenía una real inserción en la clase obrera y que no era fundamentalmente un movimiento de clase media radicalizada. Dice el investigador R.Gillespie, autor del trabajo probablemente más completo y neutral sobre Montoneros: "El grupo obrero de la Tendencia, la JTP, sólo experimentó un crecimiento espectacular entre los trabajadores no industriales [...] la JTP nunca llegó a tener verdadera influencia sobre los trabajadores industriales [...] Ninguna estimación razonable del conjunto social de la Tendencia podría atribuir al elemento obrero más de un 20-30%, con un 50% de estudiantes y el resto a otros participantes de la clase media."⁴

Claro que no se trata de una cuestión meramente cuantitativa, el problema es que los relatos de los militantes de la JTP, y la película en general, describen la historia de las movilizaciones obreras como si fueran obra de aquel único sector popular hegemonizado por Montoneros. Este fenómeno



Primer Concurso de Ensayo "José Aricó"

Sociedad, política e instituciones, 1986-1996

Con motivo de su 10º aniversario, *La Ciudad Futura* invita a los alumnos de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA a participar de un concurso de ensayo sobre el tema "Sociedad, política e instituciones, 1986-1996".

Los trabajos serán inéditos, con una extensión de entre 20 y 25 carillas de 25 líneas por 70 espacios y presentados antes del 10 de marzo de 1997, en la sede de Bartolomé Mitre 2094, piso 1º, (1039) Buenos Aires. Cada participante podrá concursar con un trabajo, debiendo presentar tres copias impresas y, en lo posible, una en diskette. Los concursantes firmarán con seudónimo, indicando el nombre y demás datos del autor en sobre cerrado, en cuyo exterior sólo figurará el seudónimo elegido.

El ganador recibirá la mención "José Aricó" y su trabajo será publicado en la edición de *La Ciudad Futura* de invierno de 1997. El jurado estará integrado por Juan Carlos Portantiero, Ricardo Sidiario y Jorge Tula y el resultado del concurso será dado a conocer en el número de *La Ciudad Futura* de otoño de 1997.

tién que ver en su desenvolvimiento central ni con los Montoneros ni con sus protagonistas, como insinúa o directamente proclama la crónica. Por más que un militante diga, casi melancólicamente: "El peronismo de la década del 70 fuimos nosotros, el resto simplemente estaba...". Con todo, esta mimetización Montoneros-peronismo, que sin dudas llegó a su esplendor hacia 1973, no es compartida por todos los entrevistados. J.M. Abal Medina señala el carácter no hegemónico de Montoneros en el peronismo, aun en la etapa de apogeo y su pretensión de imponerse sobre grupos que también habían luchado con perseverancia por el regreso del líder.

Finalmente, en cuanto a la evaluación de la violencia y de la experiencia en general, el film no resulta menos ambiguo que en sus distorsiones históricas. Teniendo en cuenta la oscura noche vivida, uno podría esperar de los protagonistas una mínima revalorización de la democracia política, de la tolerancia, de la puesta en marcha de mecanismos pacíficos para resolver el conflicto político. Tal línea de argumentación está ausente excepto en un caso. Sin embargo, en este punto hay que ser claros. Sería ingenuo situarse en un plano absurdamente censor y pretender que miembros de una generación que entendía, por varias razones, la violencia propia como parte del sentido común (concepción, por otro lado, en modo alguno ajena a sectores dominantes vernáculos),⁵ reniegue absolutamente de la opción emprendida. Pero lo grave es que pareciera que se sigue pensando la violencia propia de entonces de igual modo en 1995 que en 1973, que se proclame que "valió la pena". En otros términos, como subraya Raúl Beceyro,⁶ la gran mayoría habla como si el tiempo no hubiera pasado, con los mismos esquemas de razonamiento de entonces. Decir hoy algo tan simple como que la violencia no es un camino legítimo, al menos cuando existe una democracia, no significa abjurar de la memoria propia sino entender lo que enseñaron los últimos veinte años. Y como dice el único militante que revaloriza la democracia-

cia, la evaluación crítica de los costos "...no debería echar ningún como de sombra sobre los muertos. Los muertos quedaron en los 70, no pueden ver el mundo desde acá...". Sin embargo, detalle no menor, los vivos sí están, **inxorablemente**, viendo el mundo desde el otro lado del túnel. Por ende, es legítimo esperar algún tipo de reflexión crítica que nunca llega.

En cambio, se relega la responsabilidad mayúscula en la Conducción Nacional, se protesta porque no se tendrían que estar dando tantas explicaciones. Parecería que por fin se asume el carácter inequívocamente anti-montonero del Perón del 73, aunque generalmente con una sonrisa, con un dejo de ironía, "y bueno, era el Viejo...". El halo de tragedia se reserva para las acciones del enemigo. Se resata la voluntad de transformación pero no se dice **hoy**, en los 90, sin pretender traspoliar el razonamiento a entonces, que esa voluntad no puede ser independiente de los medios para cristalizarla. Un militante de la JP-Capital critica el tiempo presente, que no va acorde con su sentido común porque impera la insolardad, "porque se pone valor a la vida, se comercializa la vida". Lo que no deja de ser curioso viiniendo de un militante de aquellos años, donde la vida valía tan poco. Los protagonistas no disimulan la comprensible nostalgia y hasta el regocijo que genera el recuerdo de los primeros 70. Con todo magnetismo que esa época emana, aun a alguien como yo que no la vivió, a mi juicio el país de hoy es, en muchos sentidos, **mejor** que el de los 70: impresa mayor tolerancia, hay menos miedo, la sociedad se acostumbra a vivir sin el espectro de la violencia política, tan común en nuestra historia. No hay muertes por razones políticas, tan engañosamente simple como eso.

La década del 70 no debe ser recordada solamente por el terrorismo de Estado. Creo inmejorable justificar aquí por qué la memoria de esa metodología perversa es indispensable. Pero también es indispensable, pensando en el futuro, el recuerdo de los primeros 70, cuando buena parte de la izquierda

política y cultural avalaba directa o indirectamente la violencia política, cuando despreciaba los mecanismos "formales" de la democracia y propone el "cuanto peor, mejor" para "desenmascarar" el fascismo. Uno de los entrevistados dice en la película que la utopía es como el horizonte, que está allí y que sirve para avanzar aunque no se llegue. Conviene no olvidar que nadie tiene el derecho de arrogarse la vida del otro en pos de la utopía propia. Conviene no olvidar, en definitiva, que cuando el camino de la utopía comienza a sembrarse de cadáveres, ese horizonte pierde sentido. □

Notas

¹ Carlos Altamirano, "Montoneros", *Punto de Vista*, agosto de 1996.

² Daniel James, *Resistencia e Integración*, Sudamericana, 1990. Para distinguir las diferentes variantes de la izquierda peronista, es útil del mismo autor "The peronist left", *Journal of Latin American Studies*, Nº 28, 1976.

³ Es cierto que la CGT se ve presionada por las bases antes de lanzar el paro, pero difícilmente se pueda atribuir ese estado de las bases sindicales a las huestes montoneras. Escribe J.C. Torre "La crisis política concluyó así, con la victoria de los líderes sindicales..." y señala cómo en la práctica una coalición de políticos y sindicalistas se hace cargo del gobierno después de la crisis de julio del 75. Véase de este autor "El movimiento obrero y el último gobierno peronista", *Critica y Utopía* Nº 6, 1982, especialmente pp.117-121.

⁴ R. Gillespie, *Soldados de Perón*, Sudamericana, 1987, p.176. El carácter predominante de clase media no es propio de Montoneros sino de otros frentes guerrilleros sudamericanos, a diferencia de la guerrilla centroamericana, donde el componente de clase baja y campesino es mucho mayor. Sobre esta cuestión véase J. Castañeda, *La utopía desnudada*, Ariel, 1993, especialmente cap. 4.

⁵ Es más, Gillespie (*op.cit.*, pp.317-319) narra cómo la huelga de 1979 es dirigida por el grupo gremial "Comisión de los 25" y cómo la clase obrera y sus agrupaciones sindicales se muestran reacias a la movilización montonera, que en ese año desarrolla la "contaminativa".

⁶ No es ocioso recordar, por otra parte, que tantísimos existieron en la época sectores progresistas y combativos que rechazaron la opción de las armas.

⁷Raúl Beceyro, "Fantasmas del pasado", *Punto de Vista*, agosto de 1996.

John Rawls y su nuevo Liberalismo Político

En este escrito me ocuparé de presentar brevemente las líneas fundamentales del último libro de John Rawls, *Political Liberalism (PL)*, un libro que -como el primero escrito por este autor, su *Teoría de la justicia*- comocionó a la filosofía política y jurídica contemporánea.¹

Roberto Gargarella

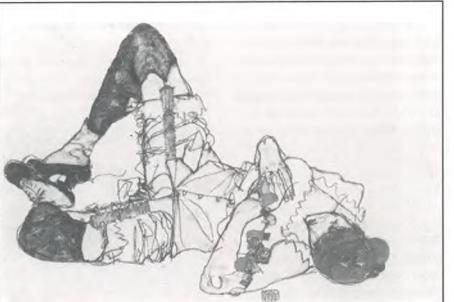
En *PL*, una de las preguntas ponder al filósofo norteamericano es la siguiente: "¿cuándo es que los ciudadanos, a través de su voto, pueden ejercer adecuadamente su poder coercitivo sobre los demás, estando en juego cuestiones fundamentales?".² En su opinión, "nuestro ejercicio del poder político es plenamente adecuado sólo cuando se ejerce de acuerdo con una Constitución cuyo contenido esencial es razonable esperar que todos los ciudadanos suscriban, como libres e iguales, a la luz de principios e ideales aceptables en términos de su razón humana común".³

Con esta respuesta, ante todo, Rawls quiere mostrar su rechazo a los ordenamientos institucionales de tipo "hobbesiano", donde el Estado compromete la fuerza pública detrás de una particular concepción de la justicia. Que Rawls rechace este tipo de soluciones no debe sorprender a nadie: toda la "teoría de la justicia", en última instancia, estaba basada en el obvio rechazo de tal posibilidad. Sin embargo, este "nuevo" Rawls, en su respuesta, va a sugerir algo más, y es que su trabajo original en realidad parecía requerir este uso indebidamente de la fuerza estatal, ya que iba a ser incapaz de asegurar las bases de su propia estabilidad. La teoría de la justicia, de acuerdo con el modo en que estaba formulada, aparecía como inca-

paz de atraer hacia sí la adhesión libre y plena de ciudadanos razonables.

El supuesto "defecto" de la "teoría de la justicia", según su propio autor, tenía que ver con sus presupuestos "iluministas". Esto es, la teoría presupone un ideal "iluminista" conforme al cual era deseable esperar el hallazgo de una doctrina filosófica que fuera capaz de decirnos qué conductas son correctas y cuáles no, y que fuera, a la vez, capaz de ser reconocida por cualquier persona que razonase del modo adecuado. El "nuevo" Rawls rechaza esta aspiración (que considera) ambiciosa y poco realista, de su trabajo inicial, aceptando la tremenda dificultad hoy existente para unificar las sociedades plurales modernas y darles un fundamento justo y a la vez estable.⁴

En definitiva, el planteo y las conclusiones a las que parecía conducir la "teoría" original resultaban inaceptables, si tomamos en cuenta una serie de hechos generales que -conforme con el mismo Rawls- deben tomarse en cuenta a la hora de construir una concepción de la justicia adecuada: la enorme diversidad de "doctrinas abarcativas" existente;⁵ el hecho de que la única doctrina de "doctrinas abarcativas" existente;⁶ el hecho de que la única forma de asegurar el permanente respaldo general hacia una de esas doctrinas abarcativas, es a través del uso operativo de la fuerza estatal; el hecho



cia". un hecho con el que debemos contar y que se deriva de los límites naturales del conocimiento humano.⁸

El principal intento de *PL*, ante lo dicho, es el de mostrar que es posible construir, aun a partir de la citada diversidad, una concepción de justicia compartida y que funcione. Para ello, Rawls se propone sobrepasar los desacuerdos entre la multiplicidad de doctrinas existentes e identificar las bases posibles de un acuerdo suficientemente amplio (como para abarcar principios sustantivos) y profundo (como para incluir concepciones de la persona y la sociedad). Esta sola decisión va a mostrar a Rawls comprometido con una actitud diferente de la que lo distingüía en *A Theory of Justice* (*TJ*).

Ahora, y de modo explícito, Rawls va a procurar definir una concepción "política" de la justicia. Esto es, una concepción basada, tanto como sea posible, en ideas públicamente compartidas y que evite apoyarse en cualquier doctrina abarcadora particular (el kantismo, el utilitarismo, el cristianismo, etcétera). Según Rawls, el contenido de esta concepción, además, deberá expresarse en términos que sean familiares a la ciudadanía, en el sentido de estar basado en ideas implícitas en la cultura política de una sociedad democrática.

La idea de "estabilidad" en *PL*

A través de consideraciones como las hasta aquí señaladas, Rawls pretende afirmar el carácter más "realista" de ésta, y así escapar a las críticas habituales que su "teoría de la justicia" había recibido.⁹ En efecto, de las abundantes críticas presentadas contra su trabajo original, Rawls se reconoce especialmente afectado por aquella según la cual su "teoría" era finalmente inestable -no podía asegurar las bases de su propia estabilidad-.¹⁰ Debido a que estaba basada en una peculiar concepción del bien. Esta crítica, presentada por muchos autores, fue perseguida especialmente por algunos teóricos propios de la corriente (así llamada) "comunitarista", como Michael Sandel.¹¹ Y aunque Rawls, justa y explíci-

tamente, rechaza la "acusación" de haber cedido ante las críticas comunitaristas, lo cierto es que en el punto citado -su revisión de la idea de estabilidad- demuestra cierta atención ante aquéllas.

Ahora bien, ¿cuál es el significado y el alcance de esta revisión que hace Rawls sobre la idea de estabilidad? En primer lugar, corresponde señalar que la cuestión de la estabilidad se vincula con "la existencia de la motivación apropiada para realizar aquello que la justicia requiere".¹² En este sentido, el problema de la estabilidad aparece en la última parte de la "teoría de la justicia". La primera parte de la "teoría", como la primera parte del nuevo trabajo de Rawls, se dirige a defender una concepción justa, entendida como una concepción razonable, y capaz de estar de acuerdo con nuestras convicciones de justicia definidas en equilibrio reflexivo. La última parte de ambos trabajos, en cambio, tratan de mostrar a la concepción defendida como estable, esto es, como una concepción que es racional, que los ciudadanos van a estar motivados a llevar adelante en tanto parte de sus propias concepciones de justicia definidas en equilibrio reflexivo. La última parte de ambos trabajos, básicamente, permanece inalterada;¹³ la "última parte de la "teoría", destinada a mostrar la congruencia entre lo que es razonable y lo que es racional perseguir -la congruencia entre lo justo y lo bueno, ha entrado en crisis, según lo que establece en *PL*.

Especificamente en lo que concierne al problema de la estabilidad, Rawls sostiene que involucra dos cuestiones. Por un lado, una pregunta acerca de la posibilidad de que la gente afirme un cierto sentido de justicia, de modo de respetar, en líneas generales, las instituciones justas definidas por la concepción de justicia ya definida. Por otro lado, una pregunta acerca de la posibilidad de que la concepción de justicia retira sobre sí un consenso general, un consenso que, además, pueda resultar creciente con el paso del tiempo. La primera de tales preguntas no es la que preocupa a Rawls, mayormente. En efecto, Rawls sigue

creyendo que esa pregunta -sobre psicología política- puede responderse afirmativamente: las personas van a tender a desarrollar y mantener un cierto sentido de justicia dado que nuestras defeciones, dentro de dicho contexto, podrían afectar a aquellos que estamos ligados y, además, y por ello, tenderían a provocar sobre nosotros costos psicológicos enormes (nos obligarían al permanente disímulo, nos obligarían a tomar permanentes precauciones y, así, a perder espontaneidad y naturalidad en nuestros actos).

Pero Rawls no crea, como aun no cree, que dicho "sentido de justicia" baste para asegurar la estabilidad de la concepción en cuestión. Por ello, en la "teoría de la justicia" alude a un argumento adicional (que nos remite a la segunda de las preguntas arriba mencionadas), que es un argumento de raíz kantiana. La idea es básicamente la siguiente: la estabilidad de la teoría de la justicia queda asegurada porque las mismas personas reconocen, conforme a lo establecido por la interpretación kantiana de la "teoría", que dice que actuar de modo justo es algo que "todos queremos hacer como seres racionales libres e iguales".¹⁴ Eso es, Rawls asume que la misma ciudadanía acepta que el actuar conforme a la justicia constituye un bien intrínseco, por lo cual es esperable que el ideal de justicia se realice; actuar de acuerdo con la justicia es una forma de realizar nuestra propia naturaleza como seres racionales libres e iguales, una forma de llegar a ser seres moralmente autónomos. Este sería, entonces, el lugar donde se cierra el círculo de la "teoría de la justicia". Aquí es donde se muestra la congruencia entre lo razonable y lo racional, entre lo justo y lo bueno. Aquí es donde queda afirmada la estabilidad de la "teoría". Sin embargo, es justamente allí -en el lugar en el que la "teoría" parecía cerrarse como una doctrina coherente, justa y estable- el lugar en donde *PL* abre sus dudas.

El "consenso superpuesto"

En *PL*, Rawls afirma que la concepción presentada en *TJ* no se autosos-

tenía. Claramente, y por lo que vimos, dicha concepción no se autosostenía al estar basada en una visión filosófica -abarcativa-particular: el kantismo. Esto es, la concepción presentada en *TJ* no estaba en condiciones de ganar apoyo de la diversidad de concepciones abarcativas existentes. Reaccionando frente a tal situación Rawls intenta, en *PL*, mostrar la posibilidad de convertir su visión de la "justicia como equidad" en una concepción públicamente justificable y capaz de generar plenamente su propio apoyo. Para ello, obviamente, necesita modificar el último y citado aspecto sobre la idea de estabilidad, que -ahora- ya no puede ser resuelto por el argumento kantiano. Como forma de proveer a su teoría de la estabilidad de la que (según entiende actualmente) carecía, el Rawls de *PL* opera sobre aquella teoría anterior algunas modificaciones de importancia. Básicamente, Rawls hace referencia ahora -según vimos- a una concepción política y no moral de la justicia y, además -en lo que constituye, seguramente, la innovación más importante destinada a dotar de estabilidad a la teoría-, hace referencia ahora a un "consenso superpuesto" (*overlapping consensus*) que viene a llenar el vacío que aparece al abandonarse los compromisos kantianos asumidos en *TJ*.

¿En qué consiste, entonces, esta idea del consenso superpuesto? Según Rawls, el consenso superpuesto hace referencia a un acuerdo entre personas razonables. Y sólo puede hablarse de la producción de dicho acuerdo cuando las personas "adherieren generalmente a la concepción de la justicia como dando contenido a sus juicios políticos acerca de las instituciones básicas" y cuando, a la vez, "las doctrinas abarcativas irrazonables [...] no obtienen apoyo suficiente como para socavar la justicia esencial de la sociedad".¹⁵ En este sentido, y dado el hecho del pluralismo razonable, el consenso superpuesto aparece como la única forma de permitir que cada individuo, desde su concepción particular del bien, pueda adherir a la concepción pública de la justicia: dicho consenso se alcanza sólo cuando la concepción pública en cues-

tiones se toman decisiones, dentro de una sociedad. La razón pública, en cambio, aparece como la razón de los "ciudadanos democráticos" siendo "pública" de tres modos diferentes: es razón "pública" i) en cuanto al sujeto que tiene como propio: cuestiones que tienen que ver con el bien público en asuntos fundamentales de justicia, y iii) en cuanto a su naturaleza y contenido, el cual se vincula con ideales y principios expresados por la concepción política de justicia de la sociedad.¹⁶ De algún modo, y tal como sostiene Peter de Marneffe, la idea de razón pública viene, simplemente, a desarrollar "el familiar criterio liberal de acuerdo con el cual un gobierno no democrático no debería justificar sus políticas apelando a valores religiosos".¹⁷

Un primer servicio que brinda esta idea de razón pública es que nos permite distinguir las razones "no públicas", que serían aquellas razones propias de asociaciones de la sociedad civil, como las iglesias o universidades. Y aquí aparece un punto central de *PL*: la defensa de la idea de "razones públicas" viene a sugerirnos cuál es el tipo de razones al que puede apelarse y cuál es el tipo de razones al que no puede apelarse cuando se pretende, por ejemplo, apoyar una cierta ley o interpretar la Constitución de un cierto modo. La idea sería que, cuando lo que está en juego son cuestiones tan básicas como las citadas, no corresponde que los ciudadanos, o los distintos grupos y partidos políticos, invocuen razones que los demás no puedan suscribir razonablemente. Estos es, en la discusión y resolución de tales asuntos, no corresponde que se invoquen razones que no sean razones públicas. Lo contrario implicaría violar el "principio de legitimidad", que nos habla acerca de cuándo se ejerce adecuadamente el poder político y cuándo no, cuándo se ejerce la coerción de modo apropiado y cuándo no. Según Rawls, y tal como hemos visto, sólo puede decirse que el poder político se ejerce de modo apropiado -y así, sólo se respecta el principio de legitimidad- cuando se ejerce "de acuerdo con una Cons-



titución cuyo contenido esencial es razonable esperar que todos los ciudadanos suscriban, como libres e iguales, a la luz de principios e ideales aceptables en términos de su razón humana común.²⁰ Así, por ejemplo, si alguien quisiera interpretar la idea de libertad incorporada en la Constitución, a partir de razones no públicas, como las que le provee su propia religión, para decir, por caso, que la Constitución prohíbe las prácticas homosexuales, estaría violando el principio de legitimidad. Esto, al pedir que la Constitución se interprete y aplique a partir de razones no públicas, esto es, apelando a convicciones que otros pueden, razonablemente, rechazar.²¹

Un breve comentario final

Es posible decir que muchos de los cambios introducidos por Rawls en su teoría original, a través de *PL*, tienen importancia: al no reclamar "verdad" para su teoría -presentándola como una concepción política de justicia- no aparece entrando en directo conflicto con doctrinas comprehensivas razonables respecto de qué es lo verdaderamente justo o debido; al basarse en ideas que provienen de la cultura pública, la teoría no requiere tampoco la previa aceptación de alguna doctrina abarcativa particular, etcétera. Al mismo tiempo, el consenso superpuesto no resulta tan fino como para resultar prácticamente insignificante. Más bien, exige la aceptación de ciertas libertades básicas, así como de un mínimo de recursos para cada uno.²² De todos modos, las virtudes de *PL* no han sido suficientes para detener una avalancha de comentarios críticos sobre la obra. En efecto, y desde su aparición, *PL* ha sido revisada críticamente por muchos de los mejores analistas de la filosofía política moderna. La revisión de estos innumerables comentarios críticos, de todos modos, debe quedar para una próxima oportunidad. □

Notas

¹ *Political Liberalism* (Columbia U.P., 1993). Conviene señalar que *PL*

cuenta ya con dos traducciones al español.

² *Political...*, p.217.

³ *Ibid.*, p.137.

⁴ Véase, por ejemplo, *Political...*,

p.XXIII. Jean Hampton, sin embargo, dice que Rawls, aún hoy, sostiene una visión esencialmente similar a la de su "teoría", algo que, de por sí, no resulta inadecuado, conforme a Hampton. Véase, Jean Hampton, "The Common Faith of Liberalism", en *Pacific Philosophical Quarterly* 75 (1994), p.186. Véase, también, sus trabajos "Should Political Philosophy Be Done Without Metaphysics?", en *Ethics*, vol.99, pp.791-814 (1989), y "The Moral Commitments of Liberalism", en *The Idea of Democracy*, ed. por D.Copp, J.Hampton, y J.Roemer (Cambridge, Cambridge U.P., 1992), pp.292-313.

⁵ Rawls considera que una cierta concepción "abarcativa" cuando ella "incluye concepciones acerca de lo que es valioso dentro de la vida humana, así como ideales de virtud y carácter personal", -como suelen hacerlo, por ejemplo, las doctrinas religiosas y filosóficas. *Ibid.*, p.175.

⁶ *Ibid.*, pp.36-38.

⁷ *Ibid.*, p.XVI.

⁸ *Ibid.*

⁹ Harvard U.P. (1971).

¹⁰ El mismo Rawls afirma que *Political* fue escrito, ante todo, tenien-



do en cuenta la necesidad de remediar la "idea irreal de una sociedad bien ordenada que aparece en *Teoría de la Justicia*". *Ibid.*, p.XVI.

¹¹ Según Rawls, existen efectivamente diferencias muy importantes entre *A Theory* y *Political*, y para entender "la naturaleza y extensión" de ellas, es necesario reconocer que surgen del "tratar de resolver un serio problema interno a la idea de justicia como equidad, como lo es el hecho de que la noción de estabilidad incluida en la parte III de *Teoría* no es congruente con la visión completa [de ella]".

¹² Michael Sandel, *Liberalism and the Limits of Justice* (Cambridge U.P., Cambridge, 1982).

¹³ Así, según Barry, *Ibid.*, p.875.

¹⁴ Aunque ahora se procura enfatizar que la concepción de justicia se encuentra vinculada con ideas propias de la cultura política de las sociedades democráticas modernas (ideas tales como que las personas son libres e iguales, etcétera).

¹⁵ Véase, por ejemplo, Samuel Freeman, "Political Liberalism and the Possibility of a Just Democratic Constitution", en *Chicago-Kent Law Review*, vol.69 (1994), p.637.

¹⁶ *A Theory...*, p.572.

¹⁷ *Political*, p.139.

¹⁸ *Political*, p.213.

¹⁹ Peter de Marnette, "Rawls's Idea of Public Reason", en *Pacific Philosophical Quarterly*, vol. 75, N°3 y 4, setiembre/diciembre de 1994, p.233.

²⁰ *Ibid.*, p.137. El respeto al principio de legitimidad es entonces, en definitiva, el que viene a promover en la ciudadanía "un deber que no es legal, sino moral", que es el deber de apelar a razones públicas, cada vez que se discute el "contenido esencial de la Constitución". A este deber Rawls lo llama el "deber de ciudadanía". Este deber involucra también nuestra disposición a escuchar a los otros y determinar cuándo corresponde que nos adaptemos a sus puntos de vista.

²¹ Este ejemplo es analizado en S. Freeman, *op.cit.*, p.650.

²² Véase, al respecto, Thomas Hill, Jr., *op.cit.*, pp.340-341.

Intelectuales, lugar y experiencia

El pasado en el presente

If you hold a stone, hold it in your hand
If you feel the weight, you'll never
be late to understand

Caetano Veloso

Marián Plot

El lugar que los intelectuales ocupan en sus propias sociedades ha sido largamente tratado en la literatura teórica pero, como casi siempre en las ciencias humanas, la discusión parece ser interminable. De todas maneras, es posible identificar dos importantes y opuestos puntos de vista en la historia de la discusión. El primero de ellos sostiene una concepción de los intelectuales como descubridores de la historia o de la cultura, como portadores de la memoria, de la tradición, de la cultura, de la memoria colectiva. El segundo, en cambio, sostiene que los intelectuales, en tanto que sujetos socialmente situados, capaces de ejercer la crítica de las propias sociedades sin la necesidad de abandonar la mundana compañía de los otros en el mundo compartido. Examinar brevemente los procesos de transición democrática de las últimas décadas -el argentino y el polaco- con la adopción de muy distintas formas en cada experiencia local, nos permitirá ver cómo los intelectuales desarrollan la socialmente situada actividad de interpretar y comprender su propio mundo.

Veamos lo que Adam Michnik, intelectual polaco y director del diario *Gazeta Wyborcza*, dice acerca del debate en torno a la conveniencia, o no, de someter a juicio a los miembros del pasado régimen en Polonia: "La idea de un pacto social para los tiempos de transformación estaba cerca de nuestro propio pensamiento sobre los conflictos sociales y el modo de resolvélos".²³ En esta cita es posible ver la pretensión de fundamentar las opiniones de los intelectuales en reglas de aplicación general. **Porque** tenemos una idea general acerca de cómo los conflictos sociales deben ser resueltos, **pensamos que** el pacto social es la mejor alternativa para el caso polaco. El punto es que la probablemente justificada empresa del pacto -no es esto lo que estamos analizando, sino el modo en que los intelectuales, como los políticos, ejercen la capacidad del discernimiento- durante la transición a la democracia en Polonia, no se funda realmente en ideas generales acerca de los "conflictos sociales y los modos de resolvélos", sino en la concreta y típica evaluación de las condiciones sociales y políticas de la Polonia posautoritaria. El proceso de transición a la democracia en nuestro país, por ejemplo, se desarrolló en el marco de una profunda ruptura simbólica y no negociada con el pasado autoritario -y los juicios a los militares fueron probablemente el aspecto central de aquella ruptura-, pero esto no significa que pueda deducirse de esta particular experiencia una opuesta noción general antipactista acerca de los "conflictos sociales y los modos de resolvélos".

Esta manera de defender una particular concepción acerca de la resolución de conflictos sociales -a través de la invocación de concepciones generales- es, de todas formas, una práctica social habitual. Así y todo, con independencia de las pretensiones esgrimiidas por quienes dicen ejercer la crítica social mediante el descubrimiento o la invención de principios generales,²⁴ estas concepciones usualmente encuentran su raíz en bien definidas tradiciones sociales y políticas. Quizás, aunque la posturapacista sostenida por Michnik pretenda ser la contracara natural de la totalitariedad excluyente del otro, lo que éste argumente está haciendo sea, a la vez, continuar con una idea firmemente desarrollada durante muchos años de armonía: la de que los conflictos sociales deben ser evitados porque una vez ex-

puestos conducen al inevitable anquilamiento del otro. Quizás, sólo intelectuales provenientes de sociedades abiertas, con sus tradiciones plurales y democráticas -si es que hay algo como esto en el mundo-, puedan tolerar el completo despliegue de los conflictos sociales en el espacio político. Más aun, quisiera agregar una duda que sólo el tiempo será capaz de resolver: probablemente sea experimentando una ruptura simbólica radical con las sociedades totalitarias el único modo de construir una democracia abierta: quizás, en oposición a las ideas de Michnik, una ruptura radical con un pasado de silencio como sinónimo de consenso y de ausencia, de conflicto social fundado en la ausencia de espacio público -que no es precisamente una mesa de negociación sino, por el contrario, un espacio de alteridad abierta- donde expresarse y constituirse, sea la mejor manera de construir una democracia radical y plural como la mencionada, especialmente cuando ésta no está internada en la tradición comunitaria de lo que estos estamos hablando.

De todas maneras es comprensible que durante la experiencia de dejar atrás una forma de sociedad que se consideraba a sí misma radicalmente construida, nos veamos empujados a adoptar la concepción opuesta. Ese puede ser un buen motivo para que pensemos que las sociedades democráticas no son construcciones colectivas, que son el resultado natural de la caída del totalitarismo y que, precisamente por esa razón, lo mejor que podemos hacer es no incrementar las tensiones de una sociedad que, como un río recuperando su cauce normal, se acomodará por sí misma a una existencia democrática. Pero ocurre que la consolidada democracia de las postranieras -me niego a tomar demasiado en serio la tesis de la consolidación automática a partir de la segunda renovación presidencial- no es el resultado natural de dejar en el pasa-

do las así llamadas sociedades radicalmente construidas. El pasado nunca es simplemente dejado atrás. El pasado está siempre presente en el presente. Está presente en nuestros cuerpos, en la forma de *habitus*; está presente en nuestras mentes, en la forma de recuerdos; está presente en nuestras prácticas, en la forma de moralidad compartida; y está presente en nuestras almas, en la forma de miedos. Por lo tanto, el pasado está siempre ahí y la forma misma de esa presencia es lo que se encuentra abierto en proceso de transformación profunda, como los abiertos por las transiciones democráticas. De esta apertura, y de sus potenciales modos de resolución, es de lo que estamos hablando.

Pero sigamos con Michnik. Más adelante, en este mismo artículo agrega: "nosotros no apreciamos el [...] poder de la nostalgia por una época que para nosotros era de cautiverio -pero que para muchos era un tiempo de seguridad social- [...] Para millones de personas la República Popular de Polonia era la única Polonia que ellos tenían. [...] Yo lo único que quiero es enfatizar que una Polonia democrática, si es que va a ser establecida, tendrá que ser construida por ambos tipos de personas [...] De otro modo, ideas acerca de ansiedades comunes y responsabilidades comunes serán remplazadas por una nueva guerra fría civil, en este caso, una guerra civil por la memoria colectiva; pero si esto ocurre no estaremos en condiciones de construir un orden democrático". Y, tratando de sintetizar lo expuesto, Michnik concluye: "Esta es la razón por la que quiero pelear, pero también la razón por la cual no quiero arrojar piedras, a nadie".

Pero, entonces, ¿es que hay una oposición entre la existencia de un debate profundo y abierto en torno de la memoria colectiva y la consolidación a la democracia? Más aun, ¿es que es posible juzgar -en juicios criminales como los llevados a cabo en los primeros años de la transición argentina, que es, en realidad, el verdadero sentido de la metáfora de las piedras- a los responsables de crímenes pasados en las transiciones a la democracia?

La primera pregunta tiene sólo una



posible respuesta: no hay oposición sino necesidad entre el desarrollo de un abierto debate en torno a la memoria colectiva y la consolidación de la democracia, especialmente una radical y plural. Y esto no por razones causales sino, digamos, gestálticas: la ausencia de límites a la deliberación pública no es un "elemento" de las democracias, es constitutiva de sí mismas en tanto que formas de sociedad donde la indeterminación es asumida como el ser de lo social. La segunda pregunta, en cambio, es el tipo de interrogación que, mediante la exposición de una completa imposibilidad de ser respondida sin tomar profundamente en cuenta la particularidad de la situación -y, con ella, las profundas diferencias entre distintas experiencias colectivas-, nos muestra el inevitable carácter situado de la práctica intelectual.

Proponiendo el caso argentino -en realidad, sólo hasta el momento en que los Juicios fueron interrumpidos y los indultos otorgados- como alternativa a la postura de Michnik es posible contrastar dos concepciones opuestas de cómo juzgar institucionalmente el pasado autoritario. Pero esas diferencias no enfrentan un modo correcto y otro errado de relacionarse con el pasado durante las transiciones a la democracia, lo que hacen es mostrarnos que el ejercicio de la práctica intelectual no consiste en la aplicación de leyes generales a casos particulares sino en la evaluación de cada situación en su irreductible especificidad y, a la vez, quizás inevitablemente, hacerlo con juicios constituidos en la propia tradición social y política. La postura de Michnik es

la de no revisar judicial e institucionalmente el pasado; en Argentina, el pasado fue públicamente revisado en juicios y en la CONADEP, y en ambos casos los países estaban, al mismo tiempo, continuando y dejando atrás el pasado.

¿Ser qué es posible entender los procesos de profundo cambio social y político -esto es lo que son las transiciones a la democracia, si es que realmente emprenden el camino de un cambio de forma de sociedad- como experiencias colectivas de autortransformación en las que la ruptura con el pasado se da contemporáneamente con la puesta en acto de tradiciones de la propia comunidad? Parecería ser que sí. Por un lado, y en el mismo acto, la postura de Michnik está **encarnando una tradición** reactiva a los conflictos, a la vez que se dispone a contribuir a la **construcción** de una democracia abierta fundada en la idea de tolerancia. Por el otro, en cambio, la

tradición social y política de radicalización de los conflictos se hizo presente en la transición argentina, permitiendo así la producción de una **no pactada ruptura** con el pasado de intolerancia y exclusión -y eliminación- del otro en la vida política. Entonces, ¿están los intelectuales -y los políticos-,⁴ cuando enfrentan la compleja tarea de juzgar el pasado -y actuar en el presente-, aplicando principios generales o están interpretando su época como sujetos socialmente situados?⁵ Debe la experiencia argentina servir de fundamento para una ley general de las transiciones democráticas -el pasado debe ser revisado y juzgado- o debe ser la polaca la inspiración de esta ley general -los juicios deben ser evitados?- Ninguna de las dos. No hay tal ley general para la "resolución de los conflictos sociales". □

Notas

¹Hannah Arendt, *The life of the mind*, Harcourt Brace, Nueva York, 1978.

²Adam Michnik, "Democracy's troublemaker", en *Gazeta*, artículo no publicado.

³Michael Walzer, *Interpretation and Social Criticism*, Harvard University Press, 1993.

⁴Isaiah Berlin, "Sobre el discernimiento político", publicado en este número, pp.41-47.

ENSAYO

Sobre el discernimiento político*

Isaiah Berlin

¿Qué significa en política tener un buen discernimiento? ¿Qué significa ser políticamente inteligente, o talentoso, o genial, o por lo menos ser políticamente idóneo, saber cómo hacer las cosas? Tal vez una manera de abordar la respuesta sea examinar qué queremos decir cuando declaramos que los estadistas no poseen tales cualidades o cuando los compadecemos por ello. A veces, nos lamentamos de que están cegados por el prejuicio o la pasión, pero... ¿cegados con respecto a qué? Decimos que no comprenden la época en que viven, o se resisten a tener en cuenta "la lógica de los acontecimientos", o "tratan de hacer volver atrás las aguas del río", o que "la historia está en su contra", o que revelan ser ignorantes de los hechos o incapaces de aprender de éstos, o que son idealistas, visionarios carentes de sentido práctico, utopistas, o están hipnotizados por la fantasía de algún pasado fabuloso o de algún futuro irreversible.

Todas estas expresiones y metáforas parecen presuponner que hay algo que debe saberse y (o lo cual el crítico en cuestión tendría alguna idea) pero que estos seres infelices no han podido captar, ya se trate del movimiento inexorable de un tiempo cósmico que ningún hombre es capaz de modificar, o de algún esquema temporal o espacial de las cosas, o de cierta entidad más misteriosa aún -"el reino del Espíritu", "la realidad última"-, que debe comprenderse antes que todo lo demás si uno quiere evitar la frustración.

Ahora bien: ¿en qué consiste ese saber? ¿Existen verdaderamente leyes que describir, reglas que aprender? ¿Es posible enseñar a los estadistas algo denominado "ciencia política"? -La ciencia de las relaciones de los seres humanos entre sí y con su medio-, que, al igual que las otras ciencias, se componga de sistemas de hipótesis verificadas, ordenadas en leyes, y que habiliten a alguien a descubrir nuevos hechos y verificar nuevas hipótesis mediante ulteriores experimentos y observaciones?

Esa era, sin duda la idea, manifiesta o latente, que sostener tanto Hobbes como Spinoza, cada cual a su manera, y sus seguidores, idea que se volvió cada vez más influyente en los siglos XVII y XIX, cuando las ciencias naturales fueron cobrando un enorme prestigio y se pretendió que nada que no pudiera reducirse a la ciencia natural podría ser llamado conocimiento. Los deterministas científicos más ambiciosos y extremos, como Holbach, Helvécio y La Mettrie, solían pensar que, dado un conocimiento suficiente acerca de la naturaleza humana universal, de las leyes del comportamiento social y de la situación de determinados seres humanos en un momento determinado, podría calcularse científicamente de qué modo se comportarían esos individuos, o al menos grandes grupos de ellos -sociedades o clases enteras- en ciertos conjuntos de circunstancias. Se aducía, y a la sazón se lo consideraba razonable, que así como para los ingenieros, arquitectos o inventores era indispensable el conocimiento de la mecánica, para cualquiera (un estadista, por ejemplo) que quisiera lograr que grandes grupos de individuos hicieran tal o cual cosa era indispensable el conocimiento de la mecánica social. De lo contrario, ¿en qué podía basarse si no era en impresiones casuales, recuerdos a medias no verificados, conjeturas, reglas puramente prácticas, hipótesis no científicas? Si uno carece de un método científico apropiado, tendrá que arreglárselas con eso; pero en tal caso debería entender que no le lleva ventaja a las inconexas adivinanzas sobre la naturaleza propias de los pueblos primitivos o de los habitantes de Europa durante la época del oscurantismo, que operaban con instrumentos groseramente inadecuados, superados por los primeros avances de la ciencia auténtica. Aun en las instituciones de enseñanza superior hay quienes han creído así o siguen creyéndolo en nuestros días.

Otros pensadores menos ambiciosos, influídos por los padres de las ciencias biológicas de comienzos del siglo XVIII, concibieron a la ciencia de la sociedad más bien como una suerte de anatomía social. Para ser un buen médico es necesario, aunque no suficiente, conocer la teoría anatómica; pero también debe sabérsela aplicar a casos concretos, a pacientes particulares que sufren de variedades particulares de una enfermedad particular. Esto no se adquiere totalmente ni en los libros ni de los profesores, sino que exige una cuantiosa experiencia personal y una aptitud natural. Sin embargo, ni la experiencia ni las dotes naturales pueden sustituir por completo el conocimiento de una ciencia desarrollada, la patología, digamos, o la anatomía. Saber sólo la teoría puede no bastar para curar enfermos, pero desconocerla es fatal. Por analogía con la medicina, deficiencias tales como la carencia de un buen discernimiento político, la falta de realismo, el utopismo, la tentativa de detener el progreso, etcétera, eran corrientemente concebidas como el resultado de la ignorancia o de la resistencia ante las leyes del desarrollo social, las leyes de la biología social (que entiende a la sociedad como un

organismo más que un mecanismo) o de la correspondiente ciencia de la política.

Los filósofos del siglo XVIII con inclinaciones científicas creían apasionadamente en tales leyes y procuraron dar cuenta de la conducta humana sólo en función de los efectos discernibles de la educación, el medio natural y las consecuencias calculables del juego de apetitos y pasiones. No obstante, este enfoque resultó en explicar tan mal el comportamiento real de los seres humanos en los momentos en que esa explicación fue más necesaria (antes y después del Terror jacobino), falló tan notoriamente en predecir o analizar ciertos fenómenos importantes (como el nacimiento y la violencia de los nacionalismos, la singularidad de las diversas culturas y los conflictos entre éstas, los sucesos que provocaban guerras y revoluciones), exhibió una comprensión tan endeble de lo que en líneas generales puede llamarse la vida espiritual o emocional (ya sea de los individuos o de pueblos enteros) así como de la forma imprecisa en que actúan los factores irracionales, que inevitablemente entraron en juego nuevas hipótesis, cada una de las cuales pretendía desalojar a las anteriores y constituir la última y definitiva palabra en la materia.

Predicadores o profetas mesiánicos como Saint-Simon, Fourier, Comte, pensadores dogmáticos como Hegel, Marx, Spengler, los pensadores teológicos estudiantes de la historia desde Bossuet hasta Toynbee, los divulgadores de Darwin, los adaptadores de tal o cual escuela dominante de sociología o psicología: todos ellos procuraron salvar la brecha dejada por el fracaso de los filósofos del siglo XVIII en construir una adecuada y exitosa ciencia de la sociedad. Cada uno de estos nuevos apóstoles del siglo XIX afirmó estar en posesión exclusiva de la verdad. Lo que todos ellos tienen en común es la creencia en que hay un gran esquema universal y un método único para aprehenderlo, cuyo conocimiento le habría ahorrado muchos errores a los estadistas y muchas abominables tragedias a la humanidad.

No era que se negase que estadistas como Colbert o Richelieu o Washington o Pitt o Bismarck parecieron haberse arreglado bastante bien sin dicho conocimiento, así como se construyeron puentes antes de descubrirse los principios de la mecánica y se curaron enfermedades gracias a la acción de individuos que no parecían saber nada de anatomía. Se admitía que mucho se podía lograr, y de hecho se había logrado, merced a las conjecturas inspiradas de ciertos individuos de genio y a su habilidad intuitiva; pero, se agregaba (sobre todo a fines del siglo pasado), no había por qué esperar que surgiese una fuente de luz tan precaria. Algunos sociólogos optimistas sostuvieron que los principios en que se habían fundado esos grandes hombres, por más que ellos no lo hubiesen advertido, podían reunirse y reducirse a una ciencia exacta, más o menos como antaño se había

hecho con los principios de la biología o de la mecánica. Según esto, el discernimiento político ya no tenía por qué ser una cuestión de instinto, de sagacidad y de iluminación súbita o de raptos de genio imposibles de analizar; más bien, a partir de entonces debía construirse sobre la base de un saber indudable. Las opiniones podían diferir en cuanto a si ese nuevo saber era empírico o *a priori*, su autoridad si derivaba de los métodos de la ciencia natural o de la metafísica; pero de cualquiera de las dos maneras, equivalía a lo que Herbert Spencer denominó las ciencias de la estática social y la dinámica social. Quienes las aplicaran serían los "teóricos sociales"; el misterioso arte de gobernar dejaría de ser misterioso; podfa enseñárselo, aprenderse, practicárselo; era una cuestión de competencia profesional y de especialización.

Esta tesis habría sido más admisible si las nuevas leyes descubiertas no hubiesen resultado, como en general sucedió, antiguas perogrulladas, como la de que la mayoría de las revoluciones son sucedidas por reacciones (lo cual equivale, más o menos, a enunciar la virtual tautología de que la mayoría de los movimientos se detienen en algún momento y luego son seguidos por alguna otra cosa, por lo común un movimiento en sentido contrario), o bien fueron permanentemente contradichas, y en forma rotunda, por los acontecimientos, dejando los sistemas teóricos en ruinas. Tal vez nadie hizo tanto por minar la fe en una ciencia confiable de las relaciones humanas como los grandes tiranos de nuestros días: Lenin, Stalin, Hitler. Si la creencia en las leyes de la historia y en el "socialismo científico" realmente les fue útil a Lenin o a Stalin, la ayuda que les brindó no derivó de que fuera una forma de conocimiento, sino del hecho de que una fe fanática en casi cualquier dogma puede ser útil para determinados hombres, al justificar su proceder implacable y eliminar todas sus dudas y escrúpulos.

Stalin y Hitler no dejaron casi ninguna piedra sobre piedra del otroro espléndido edificio de las leyes inexorables de la historia. Hitler casi logró, después de todo, su propósito confeso de anular los resultados de la Revolución Francesa. En cuanto a la Revolución Rusa, sacó violentamente a la sociedad occidental de lo que hasta entonces les había parecido a la mayoría de los observadores un curso bastante ordenado de los acontecimientos, introduciendo un derrotero irregular, seguido por un colapso dramático, tan poco pronosticado por los marxistas como por cualquier otro profeta "científico". Ordenar el pasado en forma metódica y simétrica no es tan difícil -el célebre epígrama cínico de Voltaire en el sentido de que la historia es una serie de bromas sucesivas que se les hacen a los muertos no es tan superficial como parece-, pero una verdadera ciencia no sólo debe ser capaz de reordenar el pasado sino además de predecir el futuro. No basta, para constituir una ciencia, con

clasificar los hechos y ordenarlos en esquemas nitidos.

Se dice que el fuerte terremoto que destruyó Lisboa a mediados del siglo XVIII convocó la fe de Voltaire en el inevitable progreso humano. Análogamente, los feroces catáclismos políticos de nuestro tiempo han inculado terribles dudas acerca de la factibilidad de una ciencia confiable de la conducta humana capaz de servir de guía a los hombres de acción, ya se trate de industriales, asistentes sociales o estadistas. Sin lugar a dudas, el tema debe volver a examinarse; el supuesto de que alcanzar una ciencia exacta del comportamiento social era sólo cuestión de tiempo y de ingenio ya no parecía evidente. ¿Qué método debería aplicar esta ciencia? Por cierto, no un método deductivo, pues no existían axiomas aceptados de los cuales pudiese deducirse, mediante reglas lógicas establecidas, toda la conducta humana. Ni siquiera el teólogo más dogmático sostendría eso. ¿Leyes induktivas, entonces, basadas en el estudio de una gran recopilación de datos empíricos? ¿O métodos hipotético-deductivos, cuya aplicación a los complejos asuntos humanos no era nada sencilla?

En teoría, sin duda tales leyes podrían descubrirse, pero en la práctica esto no resultaba tan promisorio. Si soy un estadista que, en medio de una situación crítica, debo efectuar una angustiante elección entre distintos cursos de acción posibles, ¿de qué me serviría emplear a un equipo de especialistas en ciencia política (suponiendo que pudiera esperar su respuesta) a fin de que reina, de toda la historia del pasado, los casos análogos al que yo enfrento, tra los cuales oyo pudriéramos extraer lo que esos casos tienen en común, para así derivar de este ejercicio leyes significativas sobre la conducta a seguir? Dada la enorme variedad de la experiencia humana, los casos válidos para esa inducción -o para la formulación de hipótesis tendientes a sistematizar el saber histórico- no serían demasiados; y si a estos casos los despojáramos de todo lo que es singular y sólo retuvieramos lo común, nos quedaría un residuo general muy tenue, demasiado poco específico como para sermos de ayuda ante un dilema práctico.

Como es obvio, lo que importa es comprender una situación particular en toda su singularidad: los hombres, sucesos y peligros particulares, los particulares temores y esperanzas que operan en un momento determinado en un lugar determinado: en París en 1791, en Petrógrado en 1917, en Budapest en 1956, en Praga en 1968 o en Moscú en 1991. No necesitamos examinar sistemáticamente qué es lo que estos sucesos tienen en

común con otros sucesos y situaciones, lo cual puede asemejarlos en ciertos aspectos, pero quizás carezca exactamente de aquello que los convierte en algo diferente ocurrido en un particular momento y lugar. Si mientras conduzco mi automóvil en una situación desesperada llego a un puente desvencijado y tengo que atravesarlo, y entonces me pregunto si aguantaría el peso del vehículo, sin duda pude serme de alguna utilidad el conocimiento de los principios de la ingeniería, pero aun así no puedo darme el lujo de detenerme a examinar el lugar y hacer cálculos. Para servirme en esa situación de crisis, dicho conocimiento tiene que haber creado en mí una especie de habilidad semiinstintiva, como la capacidad de lectura que muchos tienen sin una conciencia simultánea de las normas lingüísticas.

Es cierto, empero, que si ingeniería es dable formular leyes vinculadas a la construcción de puentes, aunque yo no necesite tenerlas siempre presentes. Pero en el ámbito de la acción política las leyes son realmente escasas y distantes: la habilidad lo es todo. Lo que hace triunfar a los buenos autoinvictos, es que no piensan en términos generales, no se preguntan fundamentalmente en qué aspectos una cierta situación se parece o no a otras, tomadas del largo derrotero histórico de los seres humanos (que es lo que les gusta hacer a los sociólogos historicistas o a los teólogos que se ponen ropaje histórico, como Vico o Toynbee). Su mérito consiste en captar la singular combinación de características que componen esa situación particular: ésa y no otra. La capacidad que se les atribuye es la de comprender un movimiento particular de un individuo particular, o un estado peculiar de cosas, una atmósfera determinada, cierta particular mezcla de factores económicos, políticos y personales. Y no debe suponerse con ligereza que esta capacidad pueda enseñarse, literalmente.

Hablamos, verbiigracia, de una sensibilidad excepcional para ciertas clases de hechos. Recurriendo a una metáfora, decimos que algunas personas poseen antenas, por así decir, que las comunican con el perfil y la trama específicos de una determinada situación política o social. Decimos que hay gente que tiene muy buen "ojo" político, u "oído", u "olfato": hablamos de un "sentido" político que el amor, el odio o la ambición pueden poner en marcha, un sentido que se agudiza (o, por el contrario, se atrofia) en situaciones de crisis o de peligro y con respecto al cual la experiencia es decisiva; un don especial, posiblemente no muy distinto del que



poseen los artistas o los creadores literarios. No queremos significar con esto nada oculto o metafísico; no nos referimos a una visión mágica capaz de penetrar en aquello que la mente ordinaria puede captar; aludimos a algo perfectamente corriente, empírico y casi estético en cuanto a su forma de operar.

El don que a aludimos entraña, sobre todo, la capacidad de integrar una vasta amalgama de datos constantemente cambiantes, multicolores, evanescentes, que se superponen en forma constante y son demasiado abundantes, fugaces, entremezclados para atraparlos e immortalizarlos como hace el entomólogo con las mariposas. Integrar, en este sentido, es ver los datos (los identificados por el conocimiento científico tanto como los identificados por la percepción directa) en su condición de elementos de una pauta única, con todas sus implicaciones; verlos como síntomas de posibilidades pasadas y futuras; verlos pragmáticamente, esto es, en términos de lo que uno mismo u otros pueden o quieren hacer consigo mismos o con sus semejantes. Para aprehender una situación así, se necesita ver, mantener una especie de contacto directo, casi sensual, con los datos pertinentes y no meramente reconocer su característica general o clasificarlos o razonar sobre ellos o analizarlos o llegar a conclusiones y formular teorías al respecto.

A mi juicio, ser capaz de hacer esto exige un don similar al de ciertos novelistas; es lo que hace que escritores como Tolstoi o Proust transmitan la sensación de tener familiaridad directa con la textura de la vida; no un mero sentido del flujo caótico de la experiencia, sino una discriminación muy elaborada entre lo que importa y lo que no importa, ya sea desde el punto de vista del escritor o de sus personajes. Sobre todo, es un agudo sentido de qué cuadra con qué, qué tiene su origen en qué o conduce a qué; de cómo parecen diferir las cosas para distintos observadores y cuál puede ser el efecto de esa experiencia en cada uno; de cuál es, en una situación concreta, el resultado probable de la interacción de los seres humanos y las fuerzas impersonales, ya sea geográficas, biológicas, psicológicas o lo que fuese. Es un sentido de lo cualitativo más que de lo cuantitativo, de lo específico más que de lo general; es un género especial de familiaridad directa, a diferencia de la capacidad para la descripción, la inferencia o el cálculo; es lo que ha sido denominado, de diverso modo, inteligencia, comprensión imaginativa, *insight*, sagacidad o, en forma algo más equivocada, intuición (palabra que sugiere peligrosamente alguna facultad casi mágica), por oposición a las virtudes, muy diferentes, aunque muy importantes también, del conocimiento o la formación teórica, la erudición, la capacidad de razonamiento y de generación, el genio intelectual.

La calidad que procura describir es esa especial comprensión de la vida pública (o de la privada, para el caso de lo mismo) que poseen los grandes estadistas, ya

sean benévolos o malévolos; la que tenía Bismarck (sin duda un ejemplo notorio, en el siglo pasado, de un estadista dotado de un alto grado de discernimiento político), o Talleyrand o Franklin Roosevelt, u hombres como Cabour o Disraeli, Gladstone o Ataturk, en común con los grandes novelistas psicológicos; algo que falta notoriamente en hombres de genio teórico más puro como Newton, Einstein o Russell o, incluso, Freud. Y esto es válido aun para Lenin, pese al enorme fardo teórico que cargó sobre sus hombros.

¿Cómo llamaremos a este tipo de capacidad? Sabiduría práctica, razón práctica, quizás el sentido de lo que pude "funcionar" y lo que no. Es, en primer lugar, una capacidad para la síntesis más que para el análisis, para el conocimiento en el sentido en que los domesticadores de animales los conocen a éstos, o los padres a sus hijos, o los directores de orquesta a sus músicos, en oposición al conocimiento que tienen los químicos del contenido de sus tubos de ensayo o los matemáticos de las reglas que rigen sus símbolos. Quiénes carecen de dicha capacidad, no importa qué otras cualidades posean -no importa cuán inteligentes, cultos, imaginativos, nobles, benévolos, atractivos o bien dotados en otro sentido sean-, serán apropiadamente considerados ineptos desde el punto de vista político, en el sentido en que lo fue José II de Austria (quien en lo moral fue sin duda mejor que sus contemporáneos Federico el Grande y Catalina II de Rusia, los cuales, por su parte, tuvieron mucho más éxito que aquél en la consecución de sus objetivos y una disposición más benevolente hacia la humanidad) o en el sentido en que los puritanos, o Jacobo II o Robespierre (o, para el caso, Hitler o incluso Lenin, en definitiva) demostraron serlo en cuanto al logro de sus propósitos.

¿Qué es lo que sabían el emperador Augusto o Bismarck, y no sabían el emperador Claudio o José II? Es muy probable que José II fuese intelectualmente más destacado e instruido que Bismarck y que Claudio contara con mucha más información que Augusto. Pero Bismarck, o Augusto, tuvieron la capacidad de integrar o sintetizar los fluctuantes, inconexos, infinitamente variados fragmentos y vestigios que componen la vida en cualquier nivel, así como todo ser humano debe, en alguna medida, integrarlos si pretende sobrevivir, sin detenerse a analizar cómo hace lo que hace y si existe o no una justificación teórica de su actividad. Todos se ven obligados a hacer esto, pero Bismarck lo hizo en un campo mucho más amplio, frente a un horizonte más vasto de posibles cursos de acción, y contando con un poder mucho mayor, a punto tal que merece ser llamado genio. Además, los trozos y piezas que deben integrarse (o sea, cuyo ajuste a otros trozos y piezas e incompatibilidad con unos terceros trozos y piezas debe verse, tal como de hecho se ajustan o no se ajustan en la realidad), estos elementos básicos de la vida nos son tan familiares, pasamos tanto tiempo rodeados por ellos, nos resultan

tan próximos, que forman la textura de los planos semiconscientes e inconscientes de nuestra vida y portal motivo sinudar resistirse a una clasificación prolífica.

Desde luego que no hay que dejar de separar, analizar e inspeccionar lo que pueda serlo. No es preciso volverse oscuroso. No es mi intención decir ni insinuar, como lo hacen algunos pensadores románticos, que algo se pierde en el acto mismo de investigarlo, de analizarlo y de sacarlo a la luz; que la oscuridad posee en sí misma cierta virtud, que las cosas más importantes son demasiado profundas para volcarlas en palabras y debe dejárselas intactas, que el solo hecho de enunciárlas es una blasfemia.² Creo que esta doctrina es falsa y, en general, nociva. Todo lo que pueda ser iluminado, articulado, incorporado a una ciencia propiamente dicha, por supuesto que debe serlo. "Para discar matamos", escribió Wordsworth.³ Si, a veces lo hacemos; pero en otras ocasiones la disección revela la verdad. Hay amplias regiones de la realidad que sólo pueden revelarse, explicarse y aun controlarse merced a los métodos, hipótesis y verdades establecidas de la ciencia. Debe recibirse con beneplácito todo lo que la ciencia pueda lograr. En el campo de los estudios históricos, de los estudios clásicos, de la arqueología, la lingüística, la demografía, el examen del comportamiento colectivo y en muchos otros ámbitos de la vida y la actividad humanas, los métodos científicos pueden brindar una información indispensable.

No estoy de acuerdo con los que afirman que la ciencia natural, y la tecnología que se basa en ella, deforman de alguna manera nuestra visión y nos impiden tomar contacto directo con la realidad (el "ser") que los griegos presocráticos o los europeos medievales vieron cara a cara. Me parece que ésta es una absurda ilusión nostálgica. Lo que sostengo es que en la práctica no todo puede ser captado por las ciencias; más aun, que hay muchas cosas que no pueden serlo. Porque, como nos enseñó Tolstoi hace ya mucho tiempo, las partículas son demasiado minúsculas y heterogéneas, se suceden unas a otras demasiado rápidamente, se dan combinadas con una complejidad demasiado grande, son en demasiada parte integrante de lo que nosotros somos y hacemos como para someterlas al grado requerido de abstracción, a ese grado mínimo de generalización y formalización, de idealización, que debe alcanzar toda ciencia. Después de todo, si bien Federico de Prusia y Catalina la Grande fundaron academias científicas (toda vez famosas e importantes) con ayuda de científicos franceses y suizos,

no acudieron a ellas para aprender a gobernar. Y aunque el padre de la sociología, el eminente Auguste Comte, conocía sin duda muchos más datos y leyes que cualquier político, sus teorías no son hoy más que un enorme, triste y desproporcionado fósil en la corriente del saber, una suerte de curiosidad de museo, en tanto que el talento político de Bismarck (si se me permite volver a ocuparme de este hombre que estaba lejos de ser admirable, pero que fue quizás el más eficaz de los estadistas del siglo XIX) nos sigue siendo bien conocido; ¿qué duda cabe! No hay una ciencia natural de la política, como no hay una ciencia natural de la ética. La ciencia natural no puede responder a todas las preguntas.

Lo que me interesa es rechazar, o al menos poner en tela de juicio, la verdad de la máxima de Freud según la cual aquello que la ciencia no es capaz de explicar, nada más puede explicar. Bismarck conocía algo que Darwin o James Clerk Maxwell, digamos, no necesitaban conocer, algo relativo al medio público en el que se desenvolvía, y lo conocía a la manera en que los escultores conocen la arcilla o la piedra; vale decir, conocía las reacciones potenciales de un conjunto significativo de alemanes o franceses o italianos o rusos y, por lo que sabemos, las conocía sin una inferencia consciente o sin tener debidamente en cuenta las leyes de la historia o de cualquier otro campo y sin recurrir a ninguna otra clave o panacea concretas, ni las recomendadas por Maistre, Hegel, Nietzsche, Bergson o Alain o sus sucesores irracionalistas modernos, ni tampoco las recomendadas por sus enemigos, los seguidores de la ciencia. Tuvo éxito porque contaba con el don particular de aplicar su observación y experiencia para conjecturar sagazmente cuál sería el desenlace de los hechos.

Los científicos, al menos en cuanto tales, no precisan de este talento. Por el contrario, su formación a menudo los vuelve singularmente inhábiles en este aspecto. Los individuos de formación científica adhieren con frecuencia a concepciones políticas utópicas precisamente porque creen que los métodos o modelos que funcionan bien en su campo particular se aplicarán asimismo a todas las actividades humanas, y si es ese particular método o modelo, algún otro semejante será. Si los especialistas en ciencias naturales son a veces ingenuos en materia política, tal vez ello obedezca a la influencia de su equiparación sutil, pero equívoca, de lo que funciona bien en las disciplinas formales y deductivas, o en los laboratorios, con lo que funciona bien en la organización de la vida humana.



Repto: negar que los laboratorios o los modelos científicos puedan brindar algo (a veces mucho) de valor para la organización social de la acción política es puro oscurocismo, pero sostener que pueden enseñarnos más que cualquier otra forma de experiencia es una variedad igualmente ciega de fanatismo doctrinario que en ocasiones llevó a la tortura de inocentes por maníacos obsesivos pseudocientíficos en busca del Paraíso futuro. Cuando decimos que en la Francia de 1789 y en la Rusia de 1917 había hombres excesivamente doctrinarios, que confiaban demasiado en las teorías, ya fuesen las de Rousseau en el siglo XVIII o las de Marx en el XIX, no queremos significar que esas teorías eran deficientes pero que en principio podrían descubrirse otras mejores, las que por fin lograron volver felices, sabios y libres a los hombres, de modo tal que ya no necesitarían depender tan desesperadamente de la improvisación de dirigentes dotados, dirigentes que escasean, aparecen aisladamente y son propensos a la megalomanía y a cometer terribles equivocaciones. Lo que queremos decir es lo contrario: que, en este sentido, las teorías no son apropiadas en tales circunstancias. Es como si quisieramos buscar una teoría de la degustación del té o una ciencia de la arquitectura. Los factores que deben evaluarse en estos casos son demasiados, y sea cuál fuere nuestro credo o nuestra finalidad, ya seamos utilitaristas o liberales, comunistas o teócratas místicos, o seres que han perdido el rumbo en algún tenebroso bosque heideggeriano, todo dependerá de nuestra habilidad para integrarlos. Ciertos es que las ciencias y teorías ayudan en algunos casos, pero no son sustitutos ni siquiera parciales de la capacidad perceptiva, de la aptitud para captar la pauta total de una situación humana o el entrelazamiento de las cosas, talento éste que parece tanto más ajeno (por no decir hostil) al poder de abstracción y de análisis cuanto más fino es, cuanto más extrañamente agudo.

Por supuesto, un observador científicamente adiestrado puede siempre analizar un determinado abuso social, o sugerir un remedio particular, pero poco es lo que puede hacer como científico para predecir los efectos generales que tendrá, sobre otros sectores del sistema social total (especialmente sobre los más remotos), la supresión de una fuente determinada de desdicha o injusticia o la aplicación de un remedio particular. Empezamos tratando de modificar lo que venimos, pero los temblores que nuestra acción provoca recorren a veces la sociedad en toda su hundura; se agitan planos a los que no prestamos atención consciente y sobrevienen toda clase de desenlaces no previstos. Un elemento indispensable del buen discernimiento político es este conocimiento semiintuitivo de tales hunduras, de las intrincadas conexiones entre la capa superficial y otros estratos más remotos de la vida social o individual (que Burke fue el primero en poner de relieve, aunque sólo

fuerza para volcar su percepción en favor de sus propios propósitos tradicionales).

Tenemos con razón a los osados reformadores que están demasiado obsesionados por su propia visión como para atender al entorno en que operan y pasan por alto los imponentes (Juan de Leiden, los puritanos, Robespierre, Lenin, Hitler, Stalin), pues en cierto sentido literal de la expresión, no saben lo que hacen (ni tampoco les importa). Y con igual razón confiamos más en los empíricos no menos osados (Enrique IV de Francia, Pedro el Grande, Federico de Prusia, Napoleón, Cavour, Lincoln, Lloyd George, Masaryk, Franklin Roosevelt), suponiendo que coincidimos en algo con ellos, porque advertimos que conocen el material con que trabajan. ¿No es esto lo que se quiere decir cuando se habla de tener "genio político"? No se trata del contraste entre el conservadurismo y el progresismo, o entre la cauta y la audacia, sino entre distintos tipos de talento. Así como hay diferencias de talento, así también hay diferentes tipos de necesidad, dos de los cuales se hallan en abierta contradicción, y de un modo curioso y paradójico.

La paradoja es la siguiente: en el reino de las ciencias naturales se admite que ciertas leyes y principios han sido establecidos mediante métodos apropiados, o sea, recomendados como válidos por los especialistas científicos. Quienes niegan o cuestionan esas leyes o métodos (quienes creen, digamos, que la Tierra es plana o que no existe la gravedad) son lógicamente considerados locos o lunáticos. Pero en la vida corriente, y tal vez en algunas de las humanidades, la historia, la filosofía, el derecho, que difieren de las ciencias por cuanto no establecen ni pretenden establecer generalizaciones cada vez más vastas sobre el mundo, los utopistas son los que depositan excesiva fe en las leyes y métodos derivados de campos ajenos, principalmente de las ciencias naturales, y los aplican con plena confianza y algo mecánicamente.

Las artes de la vida, y entre ellas, sobre todo la política, así como algunos de los estudios humanísticos, demuestran poseer sus propios métodos y técnicas especiales, sus propios criterios de éxito y fracaso. El utopismo, la falta de realismo, el discernimiento equivocado consisten, en este caso, no en desear la aplicación de los métodos de la ciencia natural, sino en pretender aplicarlos en todos los campos. El fracaso deriva de resistirse a lo que funciona mejor en cada ámbito, ignorarlo u oponerse a ello ya sea prefigurando algún método o principio sistemático que se arrogue validez universal, como los métodos de la ciencia natural (según hizo Comte) o la ecología histórica o el desarrollo social (como hizo Marx), ya sea inclinándose por desafiar todos los principios, todos los métodos, y por defender simplemente la fe en un astro afortunado o en la inspiración personal, o sea, el mero irracionalismo.

En cualquier esfera, proceder en forma racional, exhibir un buen discernimiento, es aplicar los métodos que mejor han funcionado en ella. Lo racional en un científico es con frecuencia utópico en un historiador o un político (vale decir, falla sistemáticamente en la obtención del resultado deseado), y viceversa. Esta perogrullada pragmática entraña consecuencias que no todos están realmente dispuestos a aceptar. ¿Deben los estadistas ser científicos? Debe asignarse a los científicos los cargos de autoridad, como querían Platón, Saint-Simon o H.G.Wells? Podríamos también preguntar: ¿deben ser científicos los jardineros o los cocineros? Conocer la botánica puede ayudar a un jardiner, como conocer las leyes de la nutrición a un cocinero, pero si uno u otro confiesen demasiado en esas ciencias, tanto ellos como sus clientes estarían sentenciados. La excelencia de los jardineros y de los cocineros sigue dependiendo, aún hoy, principalmente de sus dotes artísticas y, como los políticos, de su capacidad para la improvisación. La mayoría de las sospechas que se abrigan contra los intelectuales dedicados a la política parte de la crenencia, no del todo errónea, de que a raíz de su intenso deseo de ver la vida de un modo simple y simétrico, tienen excesiva fe en los resultados positivos de aplicar directamente a la vida conclusiones extraídas en algún campo científico.

Y el corolario de esta hipérbole en la teoría, corolario que hará a menudo es corroborado por la experiencia, es que si los hechos -o sea, la conducta de los seres humanos vivientes- muestran recalcitrantes frente a tales experimentos, el experimentador se fastidia y procura modificar los hechos para amoldarlos a la teoría, lo cual significa, en la práctica, una suerte de vivisección de las sociedades hasta convertirlas en lo que, según la teoría original, tendría que haber hecho de ellas el experimento. Por cierto que así se "salva" la teoría, a un costo enorme en materia de sufrimiento humano innútil; pero como en principio se la aplica, al menos ostensiblemente, para salvar a los hombres de las penurias que, según se dice, les causarán otros métodos más aleatorios, el resultado es autodestructivo. En la medida en que no haya a la vista una ciencia de la política, los intentos de sustituir el discernimiento individual por una ciencia fraudulenta no llevarán al fracaso y en ocasiones provocarán grandes catástrofes, sin que además desacreditarán a las ciencias reales y minarán la fe en la razón humana.

La defensa apasionada de ideales inalcanzables, por

más que sea utópica, puede quebrar las barreras de la ciega tradición y transformar los valores humanos, pero la defensa de medios pseudocientíficos y de otros tipos de procedimientos falsamente certificados (como los métodos que promocionan los folletos metafísicos u otras clases de falsas propagandas) sólo puede hacer daño. Se cuenta, y no sé hasta qué punto será cierto, que cuando al primer ministro Lord Salisbury le preguntó en qué principio se había fundado para recordar que su país entrara en guerra, contestó que para decidir si tenía o no que usar paraguas, miraba el cielo. Tal vez fue demasiado lejos. Si existiese una ciencia confiable del pronóstico de los tiempos políticos, sin duda se condenaría este procedimiento por considerarlo demasiado subjetivo;

pero los motivos que he tratado de exponer, aunque esa ciencia no sea en principio imposible, aún está muy lejos. Y obrar como si realmente existiese o estuviese a la vuelta de la esquina es una enorme y gratuita desventaja para todo movimiento político, cualesquiera sean sus principios y finalidades, desde los más reaccionarios hasta los más violentamente revolucionarios, y habrá de generar padecimientos evitables.

Exigir o predicar la precisión mecánica, aunque sólo sea por principio, en un campo en que ésta es inalcanzable equivale a actuar ciegamente y a descaminar a los demás. Por otra parte, siempre hay que tener en cuenta el papel que cumple la suerte, y, por alguna razón misteriosa, los hombres de buen discernimiento parecen tener buena suerte con mayor frecuencia que los otros. Tal vez valga la pena también reflexionar sobre esto. □

Notas

¹ Tomada en *The New York Review*, vol.XLIII, N°15, 3 de octubre de 1996, pp. 26-30. Se trata de un avance del libro *The Sense of Reality. Studies in Ideas and their History*, editado por Henry Hardy y de inminente publicación por Chatto & Windus, en Londres, y por Farrar, Straus & Giroux, en Nueva York, en marzo de 1997. Traducción Leandro Wolfson.

² Un historien est un babbillard qui fait des tracasseries aux morts! [Un historiador es un charlatán que importuna a los muertos]. *The Complete Works of Voltaire*, University of Toronto Press, 1968, vol.82, p.452.

³ En este espíritu escribió Keats: "No desaparece todo encanto / ante el mero toque de la fría filosofía? [...] La filosofía cortará las alas del ángel / y someterá al misterio [...] con la regla y la lina...". (*Lamia*, 1820).

⁴ En "The Tables Turned" (1798).



La polarización cultural y el centro político

Martín Plot (en Nueva York)

La revista *The New Yorker* se caracteriza, entre otras cosas, por poseer una semanañamente esperada última página, "Gritos y susurros" -ese es el nombre de la sección- cierra la revista con un comentario-ensayo-juego difícilmente catalogable bajo un único género. En la semana que siguió a las elecciones del 5 de noviembre, la sección incluyó un curioso test. En él se hacían afirmaciones que el lector debía responder como verdaderas o falsas y empezaba así: "a) Bill Clinton planea registrarse como Demócrata en las elecciones de 1997; b) Bob Dole planea hablar de sí mismo en cuarta persona" y seguía hasta el final navegando entre la ironía y la crítica, en la misma tesitura. Lo interesante aquí resulta del hecho de que así como la afirmación acerca de Bob Dole apuntaba a su insistencia algo autista a hablar de sí mismo en tercera persona, al mejor estilo de los primeros años de Menem o del eterno Maradona; la primera, en cambio, lo hacia de lleno al aspecto aparentemente más significativo de las últimas elecciones americanas: la imposibilidad de distinguir entre las propuestas demócrata y republicana, fundada en una supuesta disolución de la especificidad democrática.

Pero la política de los Estados Unidos es una cosa curiosa, especialmente si consideramos lo que podría mencionarse como un segundo aspecto significativo de estas elecciones, apatía y escasa participación electoral. ¿Pero por qué permitiría esto considerar a la vida política en los Estados Unidos algo curioso si el fenómeno de la apatía pública es recurrentemente mencionado en todo el mundo? Por su contraste con la variada gama de discursos políticos que atraviesan muchas de sus producciones culturales y sus movimientos de opinión no partidarios: discusiones en favor y en contra del aborto, en favor y en contra de la legalización del consumo de la marihuana, en favor y en contra del Estado de bienestar, etcétera. Spike Lee, por ejemplo, hace explícita, en su

Get on the Bus, lo que él considera una abierta incompatibilidad entre la identidad afroamericana y la identificación con el Partido Republicano. Este tipo de presencia de la argumentación política en los productos culturales asume, por lo general, formas menos obvias que las normalmente usadas por Spike Lee, pero eso no alcanza para desmentir la extensión y recurrencia del fenómeno.

Sin embargo, la razón por la cual menciono el ejemplo de Spike Lee es porque, a la vez que resulta útil como ilustración de la presencia de discursos políticos en la vida cultural -el ejemplo de *The New Yorker* es, por otra parte, igualmente válido-, también nos conduce directamente a un importante tercer aspecto a la hora de sorprenderse, o no, por las elecciones de noviembre: la sólida identidad exhibida por ambos partidos en los extremos ideológico-culturales de la sociedad.

Todos los liberales se quejaron de la deracialización del Partido Demócrata, pero pocos de ellos votaron otra cosa que Clinton; muchos conservadores se quejaron de la debilidad de la oposición republicana y de lo impresentable de su candidato, pero pocos votaron otra cosa que Dole.

Acaso donde esta "polarización indistinguible" entre el Partido Demócrata y el Partido Republicano se manifestó con una claridad inimaginable fue en los resultados electorales de aquellos distritos donde el carácter étnico y/o cultural resulta definitoriamente identitariamente. En el Estado de Nueva York, Clinton obtuvo 60 por ciento de los votos y Dole 30 por ciento y en Massachusetts, Clinton 62 por ciento y Dole 28 por ciento; en el Estado de Kansas, en cambio, Clinton obtuvo sólo 37 por ciento de los votos contra 54 por ciento de Dole y en Nebraska, 35 por ciento con-

tra 52 por ciento de Dole. Pero, ¿es ésto tan notorio? ¿No es este fenómeno más o menos parecido a la dificultad que encuentra el menemismo para ganar en ciudades como Buenos Aires o Rosario? Sí, es más o menos parecido, pero en algunos distritos de Estados Unidos su envergadura alcanza magnitudes exorbitantes: en el Bronx, Clinton obtuvo 237.558 votos y Dole 31.703; en Brooklyn la cosa fue 402.507 contra 79.159 y en Manhattan 352.301 contra 63.125. En la carrera por el Congreso, los resultados fueron, por ejemplo, en el Bronx, 96 por ciento para el candidato demócrata, 3 por ciento para el republicano; 91 por ciento a 5 por ciento en el Harlem y 82 por ciento a 17 por ciento en el distrito electoral que toma todo el West side de Manhattan y parte de Brooklyn. ¿Qué conclusiones pueden sacarse de esta extraña mezcla de tendencia a la indiferenciación programática, lúdicamente denunciada por *The New Yorker*, y aquella polarización identitario-cultural expuesta en *Get on the Bus* y en los resultados electorales? Primero que mientras ambos partidos conserven tal fidelidad electoral las propuestas programáticas tenderán a confundirse, básicamente porque las elecciones se resolverán siempre en la franja mutuamente disputable del electorado. Y, segundo, que estos virtualmente inquebrantables "votos cautivos" de ambos partidos no parecen verse amenazados por nuevas fuerzas pero si lo están, por un lado, por lo que mencionamos como el segundo aspecto significativo de las elecciones, la apatía electoral, y, por el otro, por la persistente crítica ejercida desde los sectores más activos de la cultura: los *liberals* y la derecha conservadora, que, por ahora, no han constituido expresiones políticas independientes de relevancia. □

